

LAURA
MÁRQUEZ
GARCÍA

DE LAS
CENIZAS
RENACERÁS

Letrame
Grupo Editorial

© Derechos de edición reservados.
Letrame Editorial.
www.Letrame.com
info@Letrame.com

© Laura Marquez Garcia

Diseño de edición: Letrame Editorial.

ISBN: 978-84-17818-28-9

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso previo del editor o del autor.

Letrame Editorial no tiene por qué estar de acuerdo con las opiniones del autor o con el texto de la publicación, recordando siempre que la obra que tiene en sus manos puede ser una novela de ficción o un ensayo en el que el autor haga valoraciones personales y subjetivas.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)».

Agradecimientos

Porque sin ti, Madrid, esto no hubiera pasado. Por tus caros alquileres que hay que pagar de alguna manera, por esos largos paseos para hacer horas extras en que tú, Marta, mi protagonista, apareciste en mi cabeza.

Por ese viaje interminable de tren entre Madrid y Barcelona que me dio las fuerzas para empezar a escribir.

Por esos tres años que, entre trabajo, amigos, familia, salidas, máster, emprender negocios, un embarazo, un dalmata loco, mi bebé, lo más bonito del mundo, y tú, mi amor, tu paciencia y tu confianza en mí, creció en mí toda esta historia, todos sus personajes y sus vidas que hice tan míos cada vez que me metía en la cama y los soñaba, cada vez que me tomaba un café sola en una cafetería y los imaginaba allí conmigo, cada vez que pasaba por una calle y sentía sus pasos tras de mí.

Por todos aquellos que han hecho esta historia posible, hayan sabido antes o después de la existencia de la misma, pero que con su luz, su fe en mí, su apoyo y su ánimo, me han dado la fuerza para acabarla.

No sé cuántas horas pasé en aquel baño. Mis piernas estaban entumecidas, no solo por la postura, sino por la gélida temperatura de las baldosas del suelo. Me dolía el cuello. Había quedado recostada sobre mi brazo derecho, y este a su vez sobre la taza del váter. El contenido de la taza, intuí, era el resultado de los excesos que debía haber cometido aquella noche. El hedor era insoportable, una mezcla de bebidas alcohólicas y algún tipo de comida *fast food* que, lejos de nutrirme, debía haber provocado un enorme cráter en mi estómago.

Algún resto de este vómito seguía incrustado en las puntas de mi cabello, así que cuando poco a poco conseguí levantarme del suelo, apoyándome en la cisterna y después en el lavamanos abrí el grifo, me mojé la parte en la que pude comprobar que tenía restos, me enjuagué la boca para deshacerme del mal sabor que una complicada noche te deja, y me lavé la cara.

Al levantarme, contemplé mi rostro en el espejo, un espejo de marco dorado con dos grandes tulipanes de cristal glaseado a ambos lados. Estaba pálida, la máscara de ojos negra corrida por toda la cara, el pintalabios se extendía hacia nariz y barbilla y hacia más allá de las comisuras en ambas direcciones.

Miré a mi alrededor. No había caído en la cuenta hasta ese preciso momento de que no tenía ni idea de dónde estaba. Era un baño grande, techos altos, con suelo hidráulico, por lo que entendí que se trataba de una casa antigua. La grifería del baño así también me lo dio a entender. No había nada a mi alrededor que me resultara familiar. Me sequé la cara con una toalla blanca que había colgada junto al lavamanos, dejando en ella el rastro de una imagen de mi cara desfigurada, y quité el pestillo de la puerta. Intenté salir sin hacer demasiado ruido, no sabía lo que me esperaba tras ella, pero comprobé que al final de un largo pasillo y tras una puerta de madera y cristal, se intuían las sombras de diferentes figuras que andaban entre una mezcla de música y

voces, algunas más altas que otras. Debía de tratarse de una fiesta, pero no llegaba a recordar de quién ni qué hacía allí ni cómo había llegado.

Atravesé el pasillo con un nudo en el estómago, en parte debido al malestar provocado por la cantidad de alcohol que debía haber ingerido y que probablemente todavía no había acabado de expulsar, y en parte por una extraña sensación que recorría mi cuerpo. El pasillo era muy largo y la distancia entre ambas puertas me pareció eterna. ¿Cuánto tiempo debía haber estado en el baño? ¿Habría extrañado alguien mi ausencia? ¿Cuál sería la reacción de los invitados al verme aparecer por la puerta?

Giré el pomo y entré en el gran salón. En él había por lo menos 30 personas, algunas de ellas sentadas en el sofá, otras de pie hablando por parejas, otras vociferando en grupos, bebiendo, sirviéndose copas... Anduve entre ellas, sorteando sillas, vasos de plástico en el suelo y, perpleja, recorrí la estancia con la mirada. Ninguna cara me resultaba familiar y pareció que mi cara tampoco lo era para ninguno de ellos. Decidí dar media vuelta, salir de la estancia y recorrer el largo pasillo hacia el otro lado en busca de la puerta de salida. Un mareo me sobrevino justo ya en la puerta. El estómago me empezaba a bailar de nuevo, no pude esperar la llegada del ascensor y bajé las escaleras aferrada a la barandilla con un paso decidido pero temeroso. La cabeza me daba vueltas y temía caer rodando por ellas. Parecía estar dando vueltas sin parar en la barra de un show de striptease. Me crucé con un chico que debía dirigirse, si no a esa fiesta, a otra que hubiera en la finca. No pude fijarme en su cara, pero sí recuerdo su olor. Llevaba un perfume dulce que en cualquier otro momento me hubiera parecido sexy y provocador, pero que entonces no hizo más que acabar de revolverme el estómago y allí mismo volví a vomitar.

Cuando conseguí salir a la calle, el frío intenso y seco de Madrid me caló el cuerpo enfermizo y un escalofrío lo recorrió de arriba abajo. Haciendo un gran esfuerzo mental recordé que era diciembre. Debí haber olvidado el abrigo en el piso y había salido a la calle en tirantes. La puerta se había cerrado tras de mí, así que alcé la mirada para intentar averiguar en qué piso debía ser la

fiesta, pero en la antigua fachada, recientemente rehabilitada, había más de 40 ventanas, de las cuales unas diez tenían la luz encendida y en más de cinco se veía gente pasar a doquier y fumar en los balcones. ¿Cómo saber a cuál de ellos ir si no sabía de quién era la fiesta ni si alguien me conocía allí?

Decidí avanzar hasta la esquina más cercana para comprobar en qué calle me encontraba. Calle General Varela. No me sonaba de nada la calle, pero por el tipo de calle y edificio, parecía estar muy lejos de casa como para llegar andando, y con el viento frío cada vez más intenso que azotaba mi cuerpo como un látigo castigador, sería mejor coger un taxi. Entonces caí en la cuenta de que no llevaba dinero encima. El abrigo se había quedado en aquel piso o en cualquier otro lugar donde hubiera estado antes y tampoco recordara. No estaba segura de ello, pero de lo que sí que estaba segura es de que con él se habrían quedado tanto las llaves de mi casa como mi monedero.

El vuelco en el estómago volvió a hacer estragos, pero esta vez mezclado con un intenso dolor de cabeza que me martilleaba las sienes y la frente. Tuve que vomitar en el alquerque de un árbol, bajo la mirada desconfiada y lacerante de los transeúntes que a esas horas paseaban por la calle. No llevaba reloj, así que no tenía muy claro la hora que debía ser. Había cantidad de locales y restaurantes cerrados y taxis circulando por la calle, gente luciendo palmito de fiesta, por lo que intuí que al menos debían ser las 3 o las 4 de la mañana.

Era completamente imposible que mi cerebro atinara con una solución viable para mi situación en aquel momento, y un rayo de cordura me dijo que lo más importante era sin duda guarecerme del frío para así poder pensar con lucidez.

Me metí en un cajero automático que había al final de la calle, cerré la puerta con pestillo y me senté cerca de la máquina que desprendía calor. Intenté darle vueltas a la cabeza para lograr entender qué narices estaba sucediendo esa noche, pero el cansancio, el frío y el dolor ganaron la batalla a mi cuerpo, que sin darme cuenta se rindió ante el sueño.

No pasó demasiado tiempo hasta que unos jóvenes golpearon

insistentemente la puerta de cristal. El sobresalto fue importante, el corazón se aceleró de tal manera que casi podía oírlo a través de la camiseta, y los ojos casi salieron de sus órbitas. Eran unos jóvenes de no más de veintipocos años, con vaso de plástico de cubata en la mano y aspecto bastante inocente. Me pidieron por favor que abriera la puerta, que necesitaban sacar dinero para coger un taxi y sus palabras parecieron tan sinceras que no me lo pensé dos veces. Quizás por la vergüenza que sentía de mi situación, no pensé en ningún momento en poder estar corriendo peligro al encontrarme sola y física y psicológicamente desprotegida ante cuatro chicos.

Me incorporé y les abrí el pestillo. Mi aspecto debía ser lamentable porque, a pesar de llevar los cuatro un considerablemente perjudicado estado beodo, no pudieron evitar mirarme disimuladamente por el rabillo del ojo con estupefacción y curiosidad. Uno de ellos, el más alto y también destacadamente más guapo, se atrevió por fin a preguntarme qué hacía en un cajero yo sola. No les quise contar toda la historia, supongo que inconscientemente me di cuenta de que de esa manera hubiera quedado desprotegida por completo, así que preferí decirles que me habían robado el abrigo con todo dentro en un bar y que estaba lejos de casa. Muy amables y bastante preocupados por mi situación, me ofrecieron su ayuda. Primero me propusieron compartir taxi con ellos y llevarme a casa, pero de nada serviría llevarme a una casa de la que no tenía llaves. Se brindaron también a llevarme a la comisaría más cercana, pero tampoco serviría de nada ya que estaba indocumentada y no podría explicarles lo que había sucedido esa noche, porque ni yo misma lo sabía. La idea de pasarme la noche sentada en una silla viendo delincuentes, borrachos y putas pasillo arriba pasillo abajo mientras el sonido insistente de las emisoras acababa de martillearme el cerebro tampoco fue de mi agrado, pero se lo agradecí de todas maneras. Así que la mejor ayuda con la que me pudieron obsequiar fue con un trozo de empanada de atún y pimienta que uno de ellos iba comiendo.

Aproveché para cerciorarme de la hora haciéndome la despistada

por la cabezadita que había pegado antes de que llegaran. Eran las 2 de la madrugada del jueves. Demasiado pronto para todo lo que parecía haberme sucedido hasta el momento. No me atreví a preguntar en qué jueves vivíamos a pesar de su estado de embriaguez; hubiera sido demasiado, pero mi cerebro no alcanzaba a recordar ni el mes ni el año en el que estábamos. Quizás si les hubiera hecho esa pregunta hubieran pensado de mí que era una yonky o una vagabunda.

Salieron del cajero despidiéndose de mí y deseándome suerte, mientras mi cabeza le daba vueltas a una idea que de repente me sobrevino. Si al siguiente día era viernes, ¿debía ir a trabajar? ¿Tenía trabajo actualmente? Recordaba mi trabajo en la revista, pero no estaba segura de que siguiera allí, el recuerdo era claro de años anteriores, pero todos mis recuerdos recientes parecían haberse esfumado de mi memoria.

Empecé a trabajar en la revista en el año 2004. A los 17 años tenía muy claro que me quería inscribir en la facultad de Derecho, que quería acabar trabajando en el importante despacho de abogados que trabajaba mi padre, de nueve a nueve en el mejor de los casos, pero vivir cómodamente como había vivido siempre, seguir con el estilo de vida que me habían dado mis padres a mi hermano y a mí: vivir en un estupendo ático en el mejor barrio de Madrid, vacaciones alrededor del mundo, una casa en la sierra para pasar los fines de semana y un apartamento en la playa para los veranos. Buenos colegios, caprichos y mejores amistades.

Pero ese mismo año, antes de mis exámenes de selectividad, la leucemia se llevó a mi madre en menos de 4 meses y después de su muerte todo cambió. Mi padre se volvió una persona huraña, retraída y asocial a la que nada importaba. Yo siempre había estado muy unida a mi padre, mucho más que a mi madre, y su actitud ante la vida me afectó también a mí. Mi hermano adoraba a mi madre, y su pérdida le cambió la vida. Dejó sus estudios apartados y empezó a suspender todas las asignaturas, ante lo cual mi padre no supo reaccionar, y mi casa se convirtió en una pesadilla.

Yo tenía muy claro que la vida debía continuar, y algunos me

tacharon de insensible y fría; así que una buena amiga de la familia le recomendó a mi padre que asistiéramos a terapia, que exteriorizáramos nuestros sentimientos, que parecía estábamos llevando cada uno de una manera muy diferente, y que intentáramos volver a la normalidad lo antes posible para que todo aquello no desembocara en problemas mucho más graves.

Asistimos a unas sesiones durante cerca de un año, año en el que a mi hermano le tocó repetir curso, mi padre tuvo que pedir la baja por depresión en el trabajo y yo, que había empezado a estudiar derecho sin demasiado éxito, decidí cambiar de carrera y mi futuro.

Surgió en mí un gran interés por la mente humana, por sus misterios, por estudiar todos los recovecos de los pensamientos y actos, y decidí estudiar psicología, y pasar aquellos años de mi vida en un piso compartido. Las comodidades no iban a ser las mismas, pero yo iba a aprender mucho de la experiencia, y sabía perfectamente que alejarme de aquella casa y sus problemas por un tiempo me vendría muy bien.

Me fui a vivir con Lucía, una compañera de clase que trabajaba en la cafetería de la facultad para poder pagarse las clases y el piso. Su familia era de Albacete y no le llegaba para mantenerla viviendo en Madrid y estudiando una carrera. Muchos de mis compañeros tenían que trabajar mientras estudiaban en la universidad para poder mantenerse, así que yo sabía muy bien la suerte que tenía por vivir como lo hacía. Ella me hacía la vida feliz, más de lo que lo había sido el último año de mi vida, por eso a mí no me importaba compartir con ella lo que mi padre me daba, con la persona que fue mi primera gran amiga, un espíritu totalmente distinto al mío y al de las chicas que había conocido hasta entonces.

Nunca fui demasiado popular en el colegio. Estudié durante más de doce años en el mismo colegio de monjas solo para chicas. Me pasaba los fines de semana en la sierra o en la playa con mi familia, por lo que nunca asistí a fiestas o quedé para ir al cine o a la discoteca con mis compañeras de clase. No tuve oportunidad de conocer a más chicos que a los críos de la clase de mi hermano, dos años menores que yo, así que compartir un piso con una compañera de clase y todo lo que conllevó esos cuatro años de facultad en

general, fueron para mí la mejor escuela de la vida.

Perdí mi virginidad el primer año de psicología, con 19 años, con mi profesor de psicología del desarrollo, Tomás Ugarte. Por aquella época todavía no teníamos internet en casa y pasaba muchas horas en la biblioteca de la facultad buscando información para mis trabajos, leyendo, o simplemente pasando el rato. Me encantaba sentarme en aquellas mesas con sus lámparas verdes de escritorio antiguo, me sentía como en una película americana transportada en el tiempo. Él era muy joven y atractivo y cada tarde se paseaba tanto por la cafetería como por la biblioteca, sabiéndose observado y deseado, para relacionarse con sus jóvenes estudiantes.

Lucía me había advertido de que se comentaba por los pasillos que tenía fama de conquistador, tanto de mujeres como de hombres, que era un bohemio de la vida y que no se casaba con nada ni con nadie, pero, aun con toda esa información, me enamoré, o me creí enamorar de él. Siempre me había considerado una niña bastante mona, todos mis familiares y conocidos me habían hecho creer eso desde pequeña: «Pero qué guapa eres Marta», me decían. Como nunca había tenido la necesidad de comprobarlo, yo me lo había creído, hasta el punto en que el día que quise que él se fijara en mí, pensé que sería lo más fácil del mundo y que no tendría rival, pero no fue así. No sabía qué hacer para que me mirara, para llamar su atención. Nunca había tenido que hacerlo y el hecho de tener que intentarlo una vez tras otra sin respuesta me estaba causando una gran frustración. Un día en la biblioteca lo vi en una mesa no muy lejana a la mía. Me hubiera acercado a hablar directamente con él, o al menos ese era mi plan, pero perdía las fuerzas al tenerlo tan cerca y decidí cambiar de estrategia. Desprendí el cartón que recubría mi goma de borrar, y en él escribí mi nombre y el número de teléfono de mi móvil. Me acerqué hasta su mesa, y me armé de valor para dejárselo al lado de la montaña de libros que estaba recopilando mientras tonteaba con la bibliotecaria.

Me alejé antes de poder comprobar si se había dado cuenta siquiera de la existencia del cartón o, peor aún, si había sido la bibliotecaria quien lo había visto y en aquel mismo momento se

estaban muriendo de la risa gracias a esa pardilla que se había comportado como una cría. Estuve nerviosa y avergonzada por lo cómico de la situación durante toda la tarde, pero unas horas más tarde, estando con mi amigo Pedro en una tienda de discos recibí un mensaje de texto de un número totalmente desconocido. Estaba claro que era él. Había visto la nota y había entendido el mensaje oculto en ella. Dos noches más tarde estábamos sentados en la mesa de un restaurante en Malasaña compartiendo unas copas de vino, risas y muchas pero que muchas conversaciones interesantes. Me invitó a tomar unas copas después con unos compañeros del fútbol, porque, al parecer, no solo era un tipo guapo e inteligente, sino también deportista y tenía amigos por todas partes.

Embriaga por aquella situación idílica, por tanta atención y por las copas que había bebido, acabé en su casa en el barrio de la Latina. No me decepcionó la decoración, era tal y como la imaginaba. Libros y libros por todas partes, muebles antiguos dispuestos de cualquier manera, vigas de madera vista que adornaban sus techos, contraventanas de madera desvencijada, azulejos rotos y baño viejo, fregadero repleto de platos y copas sucias. Velas derretidas cubriendo botellas de vino que habrían hecho la vez de candelabros en algún momento y un sofá de piel marrón desgastada hasta tal punto que, con un poco de imaginación, podía llegar a verlo tumbado en la que parecía ser su posición preferida. Un viejo tocadiscos que reposaba sobre una mesa camilla repleta de discos empezó a sonar con una preciosa canción de Bob Dylan, un total desconocido para mí hasta el momento. Nos sentamos en el suelo a su lado con una copa de vino tinto en la mano, inspeccionando uno a uno todos los discos e instruyéndome en el arte de la música, acabó también instruyéndome en el arte del amor. Sin necesidad de que le hablara de mi virginidad, pareció intuirlo desde el principio y me trató como a una delicada rosa que está a punto de perder sus pétalos a cualquier pequeño movimiento.

Me quedé a dormir en su casa, primero unas horas en el suelo del salón, hasta que la última canción de Dylan llegó a su fin, y después en su cama, una vieja cama con cabecero de fornicación con las

sábanas revueltas y ropa sucia por todas partes.

Después de aquella noche, sorprendentemente para mí, todo volvió a la normalidad. Creí que nuestra relación sería especial, que nunca habría tratado a nadie como me había tratado a mí, que su predisposición al cortejo natural con todo ser viviente cesaría, que conmigo habría encontrado a su media naranja y que lo que había vivido conmigo aquella noche no lo habría vivido con nadie hasta entonces, que nunca antes una chica tan joven e inexperta le habría entregado su virginidad. Pero como ya me advirtió Lucía, él no buscaba una relación conmigo ni con nadie.

Me costó mucho verlo, y a pesar de repetirme una y otra vez que no iba a volver a caer entre sus brazos, mi fuerza de voluntad era nula ante su atractivo y persuasión. Una sola mirada suya, un solo acercamiento para comentarme cualquier cosa, y acababa creyendo de nuevo que era el amor de su vida, que él era el amor de la mía, y caía de nuevo en sus brazos.

Fue duro reconocer que mis armas de mujer no funcionaban con él. No había manera de atraerlo hacia mí cuándo y dónde yo quisiera, todo lo contrario de lo que él conseguía conmigo. Pasé meses perdiéndome fiestas universitarias, a las que no asistía si él no se apuntaba, y como obviamente mi círculo no era el suyo, me perdí muchas fiestas. En las que coincidíamos no hacía otra cosa que observarlo y enloquecer al verlo ligando con una y con otro, sucumbir a sus encantos al final de la noche si no había conseguido acabar en la cama con ninguna otra presa, y mentirme a mí misma creyendo que volvía a mí porque no encontraba a nadie como yo.

Fueron unos meses muy duros, dejé de lado los estudios y ello repercutió en mis resultados. Mi padre amenazó con cortarme el grifo si mis notas no mejoraban. Entre lo pésimas que habían sido, el peso que perdí y todo el dinero que le prestaba a Lucía, mi padre empezó a imaginar lo peor, y yo no tuve la suficiente confianza con él como para explicarle lo que me angustiaba, me quitaba el hambre, me tenía absorta y me impedía concentrarme en los estudios.

Afortunadamente, en marzo, el rector de la universidad, junto con el claustro de profesores, decidió que Tomás Ugarte no era apto

para seguir ejerciendo como profesor en su Universidad, por su mala praxis y por sus constantes escándalos, amén de la relación que este mantenía con sus alumnos. Se comentaba por la facultad que había sucedido algún episodio extraño entre la hija del rector y el profesor. Aun así, la noticia cayó como un jarro de agua fría en toda la comunidad de alumnos de psicología, pero sobre todo a él. No porque fuera a pasar hambre, después de todo él apenas cobraba un sueldo mínimo en la universidad; vivía de pasar consulta en diferentes gabinetes, de sus aportaciones en revistas de psicología, de sus tertulias en la radio... Para él fue como quitarle un caramelo a un niño.

Lo sentí mucho cuando me enteré. Intenté hablar con él en muchas ocasiones para consolarlo, para que me viera como una mujer adulta con la que podía contar tanto en los buenos como en los malos momentos, pero, obviamente, tenía mucha gente dispuesta a cederle su hombro y su cama para llorar. Por ello, cuando casi un mes más tarde de que se hiciera pública la noticia y yo me ofreciera a consolarlo tuvo la decencia de quedar conmigo, sus besos no me supieron a gloria como siempre, sus abrazos no me mecieron en un universo paralelo de felicidad como ya hubieran hecho en otras ocasiones, el sexo no me pareció la sensación más dulce probada, ni sus palabras me parecieron las de la persona más inteligente sobre la faz de la tierra. Inesperadamente, me curé. Me curé de una enfermedad llamada amor ciego e incondicional, y decidí dejar de verlo.

Debería haber sido muy fácil, ya que el hecho de que ya no trabajara en la Universidad reducía las posibilidades de cruzarme con él a diario y proporcionalmente aumentaba mis posibilidades de olvidarlo; pero la ley de Murphy entró en juego, e hizo que aquel Don Juan con una lista de amantes inacabable acabara fijándose en mí, quizás por haber sido yo la única que había decidido olvidarlo.

Aprendí de este gran maestro del amor a tratar a los hombres fríamente, a él el primero de la lista, a aprovecharme de ellos y utilizarlos a mi antojo y conveniencia. Fue así como acabé mi primer año en la facultad de psicología. Decidí volver a tomarme en

serio mis estudios, remontar mis notas, pero sin desaprovechar las oportunidades que en mi camino se cruzaran. Me volví una asidua en las fiestas universitarias, una chica con bastante fama dentro de mi facultad, con bastantes admiradores, muchos más que detractores, aunque también los hubiera; con muchos amigos y amigas, y con una capacidad inimaginable para tratar los asuntos del corazón. Básicamente me dediqué a no tratar mi corazón y centrarme en mi cabeza y otras partes de mi cuerpo.

Finalmente, Tomás desapareció de mi vida cuando le ofrecieron un puesto como jefe de departamento de recursos humanos de una importante empresa en Valencia. Durante algunos meses siguió llamándome, mandándome emails, incluso quedando conmigo cuando pasaba por Madrid a visitar a su familia, pero supongo que se dio cuenta de mi desinterés y decidió que no valía la pena seguir intentándolo.

Después de recorrer esa etapa de mi vida sentada en el suelo del cajero, me sentí más serena que en ningún otro momento antes de la noche y pude apreciar como un papel asomaba del bolsillo de mis apretados vaqueros negros. No pude sentir más emoción cuando al sacarlo comprobé que se trataba de un billete de 5 euros. No tenía ni la más remota idea de cómo habían ido a parar allí, no soy de las chicas que suelen meterse el dinero en el bolsillo directamente, pero lo importante es que con ellos la suerte de esa noche cambiaba. Salí del cajero, y de nuevo el viento frío me azotó el cuerpo. No recordaba cuán baja era la temperatura al calor del cajero automático, como si allí hubiera pasado los últimos meses hibernando. Me recogí el cuerpo sobre mí misma, y cual *transformer* encogí hombros, curvé espalda, agarré brazos y empecé a correr. Los tacones se enganchaban con las juntas de las baldosas de la acera y la planta de mis pies sufría los desniveles de esta, causándome un tremendo dolor. En más de una ocasión se quedó el zapato un paso atrás de mis pies. Encontré un bar abierto en el que parecía no haber ya muchos clientes, y decidí entrar en él a pedirme algo de beber. Tenía la boca como la suela de un zapato. En el bar no había más de cinco personas y todas ellas hombres, alguno de ellos de más edad incluso que mi padre. Todos clavaron su mirada en mí en cuanto abrí la puerta, y acto seguido enmudecieron. No tenía muy claro si debía de ser por mis pintas o por ver entrar a esas horas de la madrugada a una chica sola en un bar como aquel. Me acerqué a la barra, aparté un taburete de patas metálicas y piel negra con algún que otro agujero, me acomodé como si hubiera caminado durante horas, y me pedí una Coca-Cola *light*. De buena gana me hubiera pedido un café con leche bien caliente, pero la aspereza de la boca me pedía totalmente lo contrario. Acto seguido pregunté por el servicio. Hubiera quedado bastante mal entrar e ir directamente al baño, no creo que me lo hubieran permitido, y menos después de ver

reflejada mi cara en el espejo del baño. Mi aspecto no pasaba por su mejor momento, pero me sorprendió gratamente el hecho de ver cómo después de lavarme la cara con algo de agua y jabón y atusarme un poco el pelo, dejé de parecer una vagabunda borracha.

Me volví a sentar en aquel taburete alto y le di unos buenos tragos a la Coca-Cola. Los clientes del bar habían vuelto a retomar sus conversaciones con normalidad, con un tono algo más elevado de lo normal, probablemente por haber bebido algunas copas más de lo normal también; pero, aunque sus voces me molestaran, ¿quién era yo, en mi estado, para quejarme? Cogí un periódico que había al fondo de la barra y, al ver la portada, un escalofrío recorrió mi cuerpo. La fecha me sorprendió. Algo estaba pasando en mi cabeza más allá de no recordar cómo había llegado a aquella fiesta. Era 6 de diciembre de 2007. ¿2007? Hubiera jurado que estaba en el 2005. Mi cabeza empezó a dar vueltas de nuevo y tuve que cerrar los ojos para concentrarme y no caerme redonda.

Intenté recordar algo vivido ese año o el anterior: fin de año, un cumpleaños, alguna fecha especial que hubiera quedado grabada en mi memoria, pero no alcanzaba a recordar nada.

De repente mi mente voló de nuevo al 2004, el año en el que empecé a trabajar en la revista. Al acabar psicología, seguía viviendo de la paga que mi padre todavía me tenía asignada después de cuatro años de carrera, paga que me había dado para pagar mi parte del piso, comida y salir mucho muchísimo de bares y discotecas, aunque con el tiempo había acabado conociendo a tanta gente en el mundo de la noche madrileña que entraba gratis en todos los garitos de moda y, lo mejor de todo, en todos bebía gratis. Pero la idea de sentar la cabeza y poder ejercer al fin mi profesión me rondaba por la cabeza, y decidí buscar un trabajo. Durante esos cuatro años de carrera había conocido a mucha gente, sobre todo a chicos, abogados, psicólogos, dentistas, periodistas, veterinarios..., y lo mejor de todo es que todos y cada uno de ellos tenía más amigos que al final tejían una enorme red de contactos que me podía ser útil a la hora de buscar trabajo.

Una tarde, charlando con Lucía entre cerveza y cerveza, elaboré una lista, recordando las experiencias vividas con cada uno de ellos,

para no acabar llamando a alguno con el que hubiera acabado mal la cosa.

Después de muchos cafés por compromiso con algunos de esos chicos, acabé quedando con Daniel. A Daniel lo había conocido en una fiesta universitaria, bueno, más bien en un botellón universitario en el parque del Oeste. Fue una de aquellas fiestas a las que no te apetece ir por nada del mundo, que te da pereza el simple hecho de pensar en qué ropa ponerte, con quién ir o qué hacer una vez allí, pero unos compañeros de clase me acabaron convenciendo, no con demasiada dificultad, ya que esa noche Lucía había quedado con una chica y no podía hacer planes con ella. Nos plantamos Cristian, Raúl y yo en aquel macrobotellón con una bolsa de plástico, unos vasos, una botella de Brugal y una Coca-Cola. No pensábamos alargar demasiado la noche, pero se nos torció la cosa, como suele suceder cuando no planeas nada.

Por aquel entonces yo me mensajeaba con un chico de Periodismo que me había presentado mi amigo Miguel una noche en Malasaña. Habíamos quedado un par de veces, pero no teníamos nada serio. Me pasé media noche sentada en el césped con el móvil en la mano, un cubata con los hielos deshechos a mi lado y gente a mi alrededor que no dejaba de gritar, reír a carcajadas y beber. Alcé la vista en alguna ocasión para cerciorarme de que no me había quedado sola y frente a mí, en una de esas ocasiones, me encontré a mi amigo Raúl hablando con un chico que, aunque a primera vista no fuera un Adonis, tenía un atractivo que me llamó mucho la atención. Me incorporé y me uní a la conversación de forma muy animada. Nada importante, cosas muy banales de la existencia del ser humano; no podía esperar una conversación mejor en un macro botellón. Raúl me lo presentó. Daniel estudiaba Audiovisuales, ya había acabado Periodismo. Era cinco años mayor que yo y a pesar de ello, allí estaba, en la fiesta universitaria por excelencia de todo madrileño.

Empezamos a hablar y me encandiló su espíritu aventurero, sus historias, su sentido del humor, su mirada... Sobre todo su mirada. Una mirada entre tímida y conquistadora que me estaba poniendo nerviosa. No paramos de hacernos bromas durante toda la noche, de contarnos nuestras vidas; siempre las cosas fáciles de contar de

una persona a la que se acaba de conocer, claro. Y llegadas las cinco de la mañana, Raúl y Cristian quisieron marcharse a casa. La verdad es que iban como cualquier universitario suele acabar una fiesta de esas características. A pesar de que se nos había acabado la botella horas atrás, habían tirado de la bebida de otros amigos que habían ido encontrando y habían acabado con sus existencias también. Yo me hubiera quedado horas y más horas con Daniel, pero debía volver con mis amigos, a no ser que Daniel se ofreciera a quedarse conmigo o a llevarme a casa, pero no fue así. Tampoco me pidió el teléfono, y di la noche por finalizada para volver a casa con mis amigos.

Una semana más tarde, nos plantamos Lucía y yo en un concierto gratuito de un grupo que, si mal no recuerdo, se llamaba «The learners» en la sala Sol. El evento no auguraba grandes momentos, pero una ex amante de Lucía iba a estar sirviendo copas y le había pedido que se pasara, y nosotras no pudimos resistirnos a la idea de copas gratis. Nunca me hubiera imaginado que en la barra de aquella sala y escuchando a aquel grupo de desconocidos me fuera a encontrar con aquel chico de mirada tímida. Estaba claro que era cosa del destino, que nuestro encuentro anterior no había quedado bien resuelto y que el fatum nos había vuelto a unir por ello.

No tuve muy claro cómo saludarlo, y desde que me di cuenta de quién era hasta que pude reaccionar pasaron unos eternos minutos en los que me puse muy nerviosa por si acababa girándose y perdiéndose entre la multitud sin haberle dicho nada; pero no hizo falta. En cuanto cruzamos las miradas, fue él el que dibujó una sonrisa en su bonita boca y pude ver el brillo en su mirada a pesar de la falta de luz; se acercó a nosotras y me dio dos besos tan fuertes que resonaron por encima de la música.

Pasó la noche junto a nosotras, desde el momento en que nos saludamos, se separó de sus amigos y se convirtió en nuestro acompañante, cosa que no le fue mal ya que acabó bebiendo también gratis toda la noche.

Al acabar el concierto, Lucía decidió quedarse a esperar a su amiga la camarera y acabar la noche con ella, ya que veía claro con

quién quería yo acabar la noche, y Daniel se ofreció a acompañarme a casa o adónde me apeteciera. Habíamos bebido unas cuantas copas de más, así que preferí irme para casa. Las palabras que salían por mi boca no pasaban previamente el filtro del cerebro racional, pero a Daniel no parecía importarle, al contrario, parecía hacerle todo mucha gracia y estar pasándoselo muy bien.

Al llegar a mi portal, lo agarré del brazo y tiré de él en señal de ofrecimiento a subir conmigo, pero él, con otra señal corporal, sin mediar palabra, echó su cuerpo hacia atrás y se despidió de mí con un «bueno, ya volveremos a vernos por ahí. Ha sido divertido», y me soltó dos besos en las mejillas. Lo último que pude ver fue su espalda mientras se alejaba. No sé cuánto rato pude estar contemplando la estampa, esperando que se diera la vuelta y viniera sonriendo hacia mí. Pero eso no sucedió. Aquella misma noche, no recuerdo bien si eran las cuatro o las cinco de la mañana, llamé a Raúl para preguntarle si su amigo Daniel era gay. No entendía qué otras señales le podía mandar a ese chico para que se diera cuenta de que me gustaba, así que, siendo amigo de Raúl, pensé en la posibilidad de que fuera homosexual, pero no fue el caso. Le pedí su teléfono para poder llamarlo, pero Raúl no tenía tanta amistad con él, lo conocía de haber coincidido en una asignatura de créditos de libre elección el año anterior.

Quedé con el estudiante de periodismo, amigo de Miguel, un par de veces más, pero algo en mi cabeza me impedía pasármelo bien. Me encantaba el sexo con él, era brutal y lo fue desde el principio, pero algo en mí había cambiado. De repente me sentí sucia por acostarme con él sin sentir nada, sentía que estaba traicionando a alguien por pasar el rato con él... Estaba claro que él tampoco sería el definitivo; pero no lo era porque, inconscientemente, mi cabeza ya había elegido a un hombre como prototipo de mi hombre definitivo.

Un par de meses después de aquella noche de concierto, saliendo del cine en la calle Fuencarral, me encontré de frente con quién había ocupado mis pensamientos de esa forma inconsciente durante ese tiempo, pero iba acompañado de una chica muy alta, aunque a

mi parecer nada atractiva. Me quedé sin habla, no supe reaccionar. Mis ojos estaban clavados en sus pupilas intentando leer lo que detrás de ellas se escondía, intentando descifrar cualquier mensaje secreto a través de cualquier movimiento extraño, cualquier atisbo de nerviosismo, a la vez que por el rabillo del ojo la observaba a ella. No me la presentó, tan solo me dio dos besos y me preguntó muy educadamente qué tal estaba y se despidió de mí tan fugazmente que no me dio tiempo a reaccionar.

Desde mi relación con Tomás, no había vuelto a sentir nada igual por nadie, y menos sin apenas conocerlo, pero lo que Daniel había despertado en mí, lo que me hacía sentir con solo verlo, era más fuerte que yo. Quizás, como me decía Lucía, simplemente me enamoraba de aquellos hombres que a simple vista parecían inaccesibles o inalcanzables para mí.

A punto de llegar el verano, una tarde de exámenes finales, estando en casa estudiando como una loca para pasar limpia y disfrutar de los merecidos tres meses de descanso, sonó el telefonillo de casa. Al contestar, una voz masculina y algo tímida preguntó por mí. Era Daniel. Medio año después de que me hubiera acompañado a casa, se acordaba de mi portería y había venido a buscarme, ya casi cuando había desaparecido de mi cabeza. Le abrí la puerta sin ni siquiera importarme las pintas que pudiera tener en ese momento, que obviamente eran lamentables. La ilusión que me embargó porque hubiera venido a verme era tal que nada más importaba en aquel momento.

Su sonrisa perfecta y nerviosa fue lo primero que vi cuando salió del ascensor, y sus palabras: «Me ha costado unas cuantas llamadas a otros timbres hasta dar con tu casa», fueron la mejor música que podían escuchar mis oídos.

Pasamos la tarde sentados en el sofá, bebiendo cerveza y contándonos todas nuestras hazañas y aventuras en esos meses, pero siempre dejando de lado las sexuales y amorosas. Él obvió preguntarme quién era el chico que me acompañaba el día del cine, y yo obvié preguntarle por ella.

Me invitó a pasar el fin de semana en Carrascosa de Henares, su pueblo, donde al parecer su familia tenía una finca con caballos y

una casa rural muy grande a la que también había invitado a unos amigos. Estaba claro que no pretendía un fin de semana romántico, ni siquiera sexual, pero el hecho de que hubiera pensado en mí para acompañarlo junto a sus amigos y no en aquella chica que lo acompañaba en el cine me hizo hacerme muchas ilusiones.

Fue un fin de semana muy divertido. Hicimos muchas actividades: montamos a caballo, comimos barbacoa, arreglamos el huerto, salimos a hacer rutas por el campo atravesando riachuelos con las bicicletas, nos quedamos de velada nocturna hasta las tantas fumando porros y bebiendo cervezas en el jardín bajo un manto inmenso de estrellas... Fue todo extraordinario. Yo dormía con su amiga Vicky, y en ningún momento hubo acercamiento alguno ni intención de que pasara la noche con él en su habitación, pero valió la pena ir.

Al llegar a Madrid nos despedimos todos en la estación de Chamartín, dónde él había dejado su moto, su amigo Ricardo había dejado el coche y otros tomaríamos el metro o el tren para ir hacia nuestras casas. Ese fue mi caso, el de su amiga Vicky y su hermano Tristán, que vivían muy cerca de mi casa; así que no pude despedirme de él, darle las gracias a solas por el estupendo fin de semana, ni siquiera pedirle el teléfono y él tampoco me lo dio ni me lo pidió.

Pasaron los exámenes, con más pena que gloria, ya que no podía quitarme de la cabeza a Daniel. Me sentaba en la terraza a estudiar, y cualquier ráfaga de viento parecía traerme su olor, su voz... Era imposible concentrarme. Saltaba como una loca cada vez que sonaba el teléfono o el telefonillo; no quería salir de casa por si acaso venía a buscarme... Pero eso no sucedía.

Preparando las maletas para pasar las vacaciones con mis padres y unos amigos suyos en el apartamento de Denia, sonó el teléfono. Estuve a punto de no descolgar porque andaba muy mal de tiempo, había quedado con mi padre en menos de una hora y todavía no tenía ni la mitad de la maleta preparada, pero finalmente descolgué y se me heló el corazón. Era Daniel. Había conseguido mi teléfono a través de una amiga suya que conocía a Cristian y Raúl. Ninguno de los dos me había comentado que alguien hubiera

preguntado por mi teléfono, pero lo preferí así, la sorpresa que me llevé fue mayúscula. Había pasado más de un mes desde el fin de semana en Carrascosa de Henares y ya no albergaba esperanzas de volver a saber de él. Se me había metido en la cabeza ya la idea de que hubiera recurrido a mí en algún momento bajo de su relación con aquella chica tan alta.

Hablamos de los exámenes, del calor que hacía ya en Madrid, del fin de semana que pasamos juntos y de dónde íbamos a pasar las vacaciones. Él me dijo que tenía pensado pasar una semana con sus padres en Peñíscola, que tenía una casa allí, y que después ellos se marcharían de crucero por el Mediterráneo y se quedaría solo un par de semanas más. Hubo una pausa muy larga, y finalmente me preguntó si me apetecería, si podría, si me iría bien pasarme unos días por allí, ya que estaba relativamente cerca. No le dejé ni acabar la frase cuando ya le había dado mi respuesta. Me informaría de cómo llegar desde Denia hasta Peñíscola y el día que me dijera estaría allí esperándome.

Pasé dos semanas en Denia con mi padre y sus amigos, un par de días con mi hermano y una novia que se había echado por aquel entonces que parecía haberle cambiado su carácter para bien y un par de días que vino Lucía antes de tirar hacia Albacete a ver a su familia. Durante ese tiempo intenté no pensar demasiado en él, disfruté del sol y la playa, paellas y tintos de verano que te dan somnolencia, ratos de lectura por placer, juegos de cartas, siestas eternas, copas en los chiringuitos... Recibí un par de mensajes suyos, y los contesté de forma bastante *light*, no quería volver a hacerme ilusiones con él. En uno de ellos me explicaba que acababa de llegar a Peñíscola, y en el otro que tenía ganas de que llegara el día de vernos. Y llegó. Por fin cogí el tren para Peñíscola con una maleta bien cargada de todo tipo de modelitos, de día, de tarde, de noche, para la playa, cremas, bikinis, gorras y sandalias.

Me estaba esperando en la estación, y al verlo no supe cómo reaccionar. De nuevo su sonrisa nerviosa, un abrazo torpe, dos besos sin direccionalidad fijada. Estaba feliz por estar allí, y él parecía estarlo también.

Fuimos a su casa a dejar el equipaje y me puse la ropa de playa

para pasar el día, ya que ese era el plan. Tomamos el sol, bebimos unas cervezas fresquitas, comimos una fideuá, nadamos, hablamos muchísimo y nos reímos muchísimo también. Al llegar la noche, nos duchamos, nos cambiamos de ropa y salimos a cenar a un bonito restaurante iluminado con farolillos cerca del castillo. Tenía unas vistas impresionantes. Bebimos vino, bastante vino, y al salir del restaurante nos fuimos a pasear por la playa, a fumar algo de hierba sentados en la arena, contemplando la espuma blanca de las olas del mar brillar en una noche despejada iluminada por la luna llena. No dejamos de hablar en ningún momento, parecía como si aquella noche fuera a ser la última de nuestra vida, pero no era nada más que una manera de mantenernos ocupados para evitar lo que los dos sentíamos y queríamos que pasara.

Al llegar a casa, los dos íbamos bastante tocados entre el vino y la hierba, y yo no sabía muy bien cómo actuar, a qué habitación dirigirme, si irme a dormir directamente o sentarme en el sofá a seguir charlando, así que decidí salir al balcón a fumarme un cigarro. Él salió detrás de mí, y finalmente me abrazó por la cintura por detrás, susurrándome al oído: «No fumes, que ahora te sabrá la boca a tabaco». Al girarme, sonriéndole para responderle, me besó. Por fin lo había conseguido, pensaba que nunca pasaría, que simplemente nos convertiríamos en buenos amigos capaces de compartir momentos tan bonitos e intensos como aquel día sin que pasara nada más.

Nos acostamos juntos en su cama después de haber hecho el amor en el balcón. Fue un sexo lento pero muy profundo, rítmico y que nos mantuvo muy unidos, piel con piel, mientras duró.

Al despertarnos, cada uno en una esquina de la cama, me quedé contemplando su cuerpo desnudo. Su pelo, sus bonitos ojos pequeños y rasgados cerrados mientras soñaba con algo que posiblemente al despertar no recordaría, su nariz recta, sus labios lo suficientemente gruesos como para que sus besos me supieran a gloria, su pecho bien formado, recién rasurado con cuchilla, su pequeña tripa, su pene a media erección dentro de un calzoncillo negro, sus piernas atléticas... De repente abrió los ojos, como sabiéndose observado, y me sonrió, deseándome los buenos días y

alegrándose de verme a su lado con una voz algo ronca y lanzándome un tímido beso. Se levantó de la cama y fue al baño, y en menos de cinco minutos lo tuve de nuevo en la cama, con un aliento fresco de dientes recién cepillados y volvimos a hacer el amor.

Desayunamos melón y una tostada con jamón en el balcón, y nos preparamos para otro día de playa. Así transcurrieron los primeros días de la semana, y no podía ser más feliz. Una noche, decidimos salir a tomar copas a una discoteca. Cenamos con vino, y antes nos habíamos tomado unas cervezas en una terraza de playa. Entramos a la discoteca sobre medianoche, y seguimos bebiendo copas. Había muy buen ambiente, gente joven y buena música. Bailamos, reímos, nos besamos... Me quedé sin tabaco a media noche, y aunque busqué una máquina de tabaco por toda la sala, no la encontré. Le pedí por favor a Daniel que me pidiera un cigarro, retándolo a hacerlo para comprobar si su atractivo conseguía que alguna chica se lo diera. Nos reímos durante un rato, viéndolo ligar y no conseguir nada, así que volvió al rato con el rabo entre las piernas y sin cigarro. Entonces fui yo la que le reté a conseguirlo por mi cuenta, pidiéndoselo a algún chico atractivo utilizando mis armas de mujer, y a él pareció hacerle mucha gracia. Me acerqué a un par de chicos que entablaban conversación cerca de la puerta, a tan solo unos pasos de dónde nosotros nos encontrábamos. Les pedí un cigarro, me lo dieron sin objeción, y me parecieron tan simpáticos que me quedé a fumármelo con ellos, sabiéndome observada por él en la distancia y en cierta manera, deseando que aquello le produjera celos. Estuvimos conversando mientras el cigarro se consumía, pero nada más lejos de lo que en otro tiempo hubiera sido un flirteo. Me sentía tan feliz de estar con Daniel, que no pude hacer otra cosa que hablar de lo bien que lo estaba pasando esos días con él de vacaciones.

Cuando me di la vuelta, Daniel había desaparecido. Lo busqué por la discoteca, entré en los baños de chicos, me acerqué a las dos barras, pero nada. Volví a toparme con los chicos que me habían dado el cigarro y les pregunté si alguien les había preguntado por mí, pensé que mientras yo daba vueltas por la discoteca

buscándole, él lo hacía en otro sentido con la misma finalidad, pero no pareció ser el caso. Decidí salir fuera de la discoteca a tomar el aire y allí lo encontré sentado en el último escalón de unas escaleras y con los pies sumergidos en la arena, mirada fija en ellos, cabeza apoyada en las palmas de sus manos y codos en las rodillas. No pareció alegrarse de verme, ni tampoco pareció estar preocupado por mí ni por darme una disculpa.

—¿No me digas que te has puesto celoso? —le pregunté en tono ofendido. Se había marchado sin decirme nada, me había tenido buscándolo preocupada durante un buen rato, y fue la única razón que se me ocurrió para que me hubiera hecho algo así.

—No te equivoques, no soy tu novio y puedo hacer lo que quiera, y tú también. Entrar, salir, ligar con aquellos dos, como si te apetece irte esta noche con ellos.

Me eché a reír. Nada más lejos de la realidad. Yo estaba encantada de estar allí con él, y él parecía no haber entendido nada, o quizás lo había entendido todo y no le había gustado y el resultado no podía distar más de mis verdaderas intenciones.

—No creas que son celos, ni que estoy enamorado de ti, porque no es eso, simplemente que yo no quiero estar con una chica como tú, y no quiero que pienses lo que no es.

Fueron las palabras más duras que habían salido de la boca de ningún chico hacia mí hasta aquel momento. Habíamos bebido bastante aquella noche, y no supe cómo reaccionar ante aquella reflexión en voz alta que me dejó ver lo que realmente pensaba de mí. Sus palabras me hirieron tanto que me entraron unas ganas horribles de llorar, se me puso un nudo en la garganta y no era capaz ni de tragar la saliva espesa y con sabor a aquel cigarro que había sido el culpable de todo.

Nos fuimos para casa y aunque dormimos en la misma cama, quizás más por no deshacer otras camas de la casa que por el gusto de dormir juntos, estuvimos a kilómetros de distancia el uno del otro. A la mañana siguiente me levanté temprano para preparar mi equipaje. Aquello fue en lo que pensé durante toda la noche, en cómo salir de aquella casa, alejarme de él y no volver a verlo jamás. Llamé por teléfono a la estación de trenes para ver si podía

adelantar mi vuelta a Denia, y cuando Daniel despertó, ya lo tenía todo preparado para irme. Actué movida por la rabia y con la intención de que él me frenara, pero no fue así. Se vistió y me acompañó a la estación. No hablamos durante todo el trayecto, así que no volvimos a comentar la situación de la noche anterior, ni mucho menos los momentos vividos durante esos días.

Nos despedimos con dos besos en las mejillas y un falso abrazo. Pude ver el arrepentimiento en sus ojos, pero no soltó ni una palabra al respecto, ni yo me atreví a preguntar si era por haberme invitado a pasar unos días con él, si era por haber pasado unos días increíbles a mi lado, o si era por la actuación de la noche anterior, que en cierta manera siempre tuve la esperanza de que hubiera estado movida por el alcohol.

Después de aquello, no volví a saber nada de él, ni ese verano, ni durante el siguiente año de carrera. Supe algo de él a través de mi amigo Raúl, que de algo se iba enterando por un amigo que tenían en común. Sabía que había conseguido trabajo en una editorial o en una revista, no lo tenía muy claro; y por eso fue una de mis últimas alternativas para contactar con él en busca de trabajo. Supuse que no habría cambiado de teléfono ni de casa en el último año, así que llamé una y otra y otra vez al número que tenía guardado en mis contactos, pero no di con él. Decidí que sería mejor no insistir más y seguir buscando en mi agenda de contactos para hallar otros caminos; pero una noche recibí una llamada suya. Había borrado mi teléfono, bueno, según él, había cambiado de aparato de teléfono móvil y no había quedado guardado mi teléfono. De cualquier manera, pareció alegrarse bastante al averiguar de quién eran todas aquellas llamadas perdidas. Me costó bastante poder quedar con él para tomar un café, me dijo que trabajaba mucho como periodista en una revista bastante conocida, pero finalmente quedamos en vernos a la hora de la comida en una cafetería que había delante del edificio de su revista.

Su cita fue la que más me costó preparar con diferencia. No quería llegar tarde, pero tampoco demasiado temprano, como dice Quim Monzó en uno de sus relatos. Y no llegué temprano, pero me tocó esperar igualmente, una de esas esperas que te hacen

desesperar por no saber si la persona citada va a aparecer o no. Pero sí, apareció, con una camisa azul de manga larga remangada hasta los codos, unos pantalones de pinzas de color beis y unos zapatos Camper de color marrón, su pelo algo más corto de lo que lo solía llevar, quizás, algo menos de pelo en general, y esa sonrisa tímida tan cautivadora que me puso nerviosa nada más verla. Yo había decidido acudir sencilla pero sexy a la vez; el pelo ondulado y suelto, un vestido de gasa blanco con estampado floreado en tonos verdes y amarillos, de manga corta pero con un buen escote y unos zapatos de cuña en color marrón.

Se disculpó por la tardanza y me dijo que iba a tener poco tiempo para comer, que tenía mucho lío en el trabajo, e instantáneamente mi cabeza empezó a replantear la estrategia que tenía pensada para pedirle recomendaciones y buscarme algún puesto en su empresa de manera más directa; pero no hizo falta. Su primera pregunta fue si había acabado la carrera ya, y al responderle afirmativamente, me propuso un puesto en la revista que, aunque poco remunerado, me podría dar algo de experiencia en el mundo de los Recursos Humanos. No me podía creer lo que estaba oyendo. Finalmente, la cita se convirtió en una comida de negocios, cosa que agradecí después de cómo acabó lo nuestro. Me pidió un currículum actualizado y me dijo que volviera en un par de días para hablar con la actual jefa de Recursos Humanos. El puesto era para trabajar como ayudante en ese departamento, con un sueldo de principiante, pero que me daría experiencia para cualquier otro puesto.

—Será divertido trabajar juntos —me dijo.

No me podía creer el devenir de la situación. Estaba entusiasmada con la oferta y con la posibilidad de trabajar en esa revista, aunque, quizás, lo que más nerviosa me pudo poner y me tuvo sin dormir un par de noches fue la idea de trabajar cerca de Daniel y verlo, o al menos tener la posibilidad de hacerlo, cada día. Durante ese último año, había tenido algunos ligues, pero ninguno había despertado en mí ni siquiera un sentimiento, bueno o malo. Su huella era demasiado profunda.

Pasada la entrevista, me confirmaron en pocos días que podía

empezar a trabajar. Me pareció increíble que todo hubiera sido tan fácil y rápido.

El camarero me preguntó si deseaba algo más. Tenía la mirada fija en una página de economía, pero no sabía ni cuál era el titular de la noticia. Me volvió a preguntar si deseaba tomar alguna cosa más. Ya me había acabado la Coca-Cola light, y algunos de los individuos que había en la sala cuando llegué habían desaparecido, dejando paso a otros nuevos.

No es que no deseara nada más, era simplemente que no podía permitirme gastarme más, no sabía para qué iba a necesitar los cinco miserables euros que llevaba en el bolsillo.

Le pregunté al camarero en qué calle estábamos y, con cara de extrañado, me contestó que en la calle Palencia, cerca de Cuatro Caminos. Obviamente, con ese frío y en tacones, no había avanzado mucho desde la última vez que se me había ocurrido mirar el nombre de la calle, así que seguía lejos de casa. Igualmente, no tenía ni idea de qué iba a hacer al llegar a casa sin llevar llaves encima. Entonces me asaltó otra duda: tenía la extraña sensación de no saber con quién ni dónde vivía, se me habían mezclado recuerdos y tenía confusa mi dirección. En cualquier caso, la idea de dirigirme a casa de mi padre, en un momento en el que mi cerebro recobró la flexibilidad necesaria para conectar ideas con sentido, no me pareció del todo mala. Teniendo en cuenta que el metro abría a las 5 de la mañana y según el reloj del bar eran las 3.10, me quedaban tan solo dos horas de deambular por la fría ciudad en una noche de jueves, 6 de diciembre de 2007, y al llegar a casa mi padre me ayudaría a aclararme de todas todas.

Al ir a salir a la calle, uno de los clientes del bar, el que parecía más joven de todos, me sujetó la puerta como un caballero, y seguidamente me ofreció un cigarro. Me moría de ganas por fumarme uno, así que lo acepté de buen grado. Nos refugiamos en un portal y nos fumamos el piti juntos. Necesitaba hacer tiempo, así que no me importó darle conversación. Me preguntó qué hacía

una chica tan sola una noche de jueves por Madrid, a lo que respondí con la misma pregunta hacia él. Sonrió. No me había fijado de entrada, pero el chico era muy atractivo. Pelo rizado castaño, ojos negros con unas largas pestañas, la nariz un tanto aguileña y unos labios gruesos y carnosos. Me explicó que había salido en busca de su padre, que solía estar en ese bar por las noches cuando no llegaba a casa y su madre se preocupaba por él. Me pareció una historia triste: una familia desestructurada, un padre borracho, una madre preocupada y un buen hijo que la ayudaba; mi mente empezó a analizar la situación de forma psicológica, a pesar de no haber ejercido nunca de ello, dando la charla para un buen rato, un par de pitis más y una invitación a un café caliente. Estaba orgullosa de mí misma. Parecía que todas las ideas que iban saliendo por mi boca tenían sentido. Reflexionaba lo que decía y tiraba del fondo de la memoria para utilizar teorías estudiadas durante la carrera.

Muchas de ellas no habían vuelto a ver la luz, ya que en la revista el papel que desarrollaba era meramente el de analizar currículums, realizar informes sobre ellos y mandárselos a mi jefa de personal. A pesar de ello, era un buen trabajo, con un buen horario y un sueldo que me permitía al menos pagar mi parte del piso y comer. Tenía unos buenos compañeros, quedábamos por la mañana para desayunar antes de entrar a trabajar en la cafetería donde había tenido mi «cita» con Daniel. A él no lo veía demasiado, su trabajo consistía en investigación de calle, pasaba mucho más tiempo fuera de las oficinas que dentro, pero cuando me cruzaba con él siempre me ofrecía una de sus bonitas sonrisas, a veces acompañadas de un café, otras de un guiño de ojo.

Durante los primeros meses me volqué mucho en mi trabajo. No me quedaba tampoco demasiado dinero para fiestas, y menos a las que estaban acostumbrados mis compañeros, que no eran las mismas que las de la Universidad, así que cuando salía algún día, lo seguía haciendo con mis amigos de la Uni, para hacer cosas que solíamos hacer en la Uni, pero aquello ya no me llamaba la atención, así que poco a poco nos fuimos distanciando todos. Raúl y Cristian se mudaron a las afueras de Madrid, donde habían

conseguido trabajo, uno como psicólogo escolar y el otro como psicólogo en un gabinete psicopedagógico. Por lo visto aquellos puestos eran los que más abundaban para los licenciados en psicología, pero, aunque se camuflaran bajo esos trabajos tan serios, yo siempre los vería como dos locas. Lucía se echó pareja, una publicista que vivía en Toledo y pasaba los fines de semana a su lado, uno allí y otro en Madrid, pero siempre tenía planes con ella, y entre semana seguía trabajando en la cafetería de la Universidad por la mañana y unas horas en un bar de copas. No había conseguido acabar la carrera, y parecía no importarle para nada, ya que ese ambiente era el que a ella le gustaba. El resto de compañeros con los que solía salir en la facultad también habían seguido con su vida, y solo coincidíamos de vez en cuando en algún bar, concierto... Por eso, poco a poco empecé a distribuirme mejor mi salario para poder salir con mis compañeros de trabajo. Los periodistas, secretarias, maquetadores, fotógrafos... eran todos buena gente y siempre estaban dispuestos a tomar una copa y a echarse unas risas. Y sin darme cuenta, había cambiado de vida, de grupo de amigos, de aficiones..., sentía que los años distendidos de mi vida, de locuras y preocupaciones banales se habían desvanecido para dejar paso a la edad adulta y las responsabilidades que esto conllevaba. De ello pareció darse cuenta Daniel que, un día, mientras tomábamos uno de esos cafés de máquina de 5 minutos en los que podíamos coincidir, me confesó que estaba muy contento con haberme recomendado porque parecía caerle bien a todos los compañeros con los que tenía trato y, lo mejor de todo, que parecía que mi jefa estaba muy contenta con mi trabajo.

Un mes antes de que llegara Navidad, en la oficina la gente no hablaba de otra cosa que no fuera la cena, una cena que parecía tener mucho éxito cada año y en la que acababan descubriendo la verdadera personalidad de muchos compañeros, en la que acababan saliendo parejas que habían sido muy discretas, o empezaban relaciones de una noche o más duraderas que podían acabar incluso en boda; cuernos y enemistades mantenidas en secreto o que surgían esa misma noche. Se hablaba durante meses de la edición anterior, de las cosas que habían acontecido en ella, de las cosas

que se esperaba que sucedieran en la siguiente; las chicas hablaban de los modelitos que se iban a poner, de los que habían causado sensación en la última cena, tanto por espectaculares como por desastrosos, y se podía hablar tanto positiva como negativamente de ambos, dependiendo de quién lo hubiera lucido.

La situación me tenía bastante nerviosa, y yo que nunca me había preocupado demasiado por la ropa, que era bastante básica vistiendo, prendas de algodón o punto sencillo, vaqueros y colores poco llamativos, me vi durante más de 15 días paseando de tienda en tienda para buscar el modelito para aquella cena. Hacía tiempo que no pasaba por una de las tiendas preferidas de mi madre, una de aquellas a las que le solía acompañar los sábados por la tarde que nos quedábamos en Madrid y me aburría tanto. Sus precios eran imposibles; si me compraba uno de aquellos vestidos hubiera tenido que estar a base de arroz con tomate durante tres meses, pero convencí a mi padre para que me lo pagara y lo considerara su regalo de Navidad, cosa que hizo encantado. Se sentía muy orgulloso de mí desde que había empezado a trabajar y me había independizado económicamente a pesar de mi sueldo. Por eso me compré ese Hugo Boss rojo de satén. Hacía tiempo que no me sentía tan guapa, me quedaba como un guante, y lo combiné con una cazadora de piel negra y unos guantes de piel negros también junto con unos tacones Manolo Blahnik que había comprado mi madre en un viaje a Nueva York, antes incluso de que la famosa Carrie de *Sex and the city* los popularizara.

El conjunto era espectacular, me sentía una princesa moderna y estaba segura de que con él nadie podría hacerme una mala crítica. Pero la noche no pareció empezar del todo bien. En primer lugar, se quemó el secador mientras me acababa de arreglar el pelo a toda prisa. Obviamente, Lucía no contaba con uno, ¿para qué lo iba a necesitar una chica que llevaba casi 10 años luciendo una melena corta como la de un chico? Acabé en la peluquería del local de enfrente. Se intentaron dar toda la prisa posible, pero ya era demasiado tarde. Habíamos quedado a las 9.00 en la puerta del restaurante y eran ya menos cuarto. Para más inri empezó a llover a mares, cosa que en Madrid significa que es misión imposible

coger un taxi. Aunque parezca mentira entre tantas chicas como trabajábamos en la revista fui la última en llegar. Todo el mundo estaba ya sentado y por ello mi entrada pareció estelar. Las miradas se clavaron en mí, y aunque intenté clavar la mía en los escalones para no caer rodando por las escaleras, pude notar como algunas eran de asombro, pero muchas otras parecían desprender el fuego de la envidia. Había mucha más gente de la que me esperaba, después de todo, yo me relacionaba simplemente con la gente de mi departamento y como mucho de mi planta, pero la revista estaba instalada en un edificio de oficinas de 4 plantas y contaba con muchos departamentos con los que no había tenido ningún tipo de contacto directo.

Mis compañeros me habían guardado un muy buen sitio, estaba al lado de Macarena, una buenísima fotógrafa con la que me llevaba muy bien, que a su vez estaba sentada al lado de María José, mi jefa del departamento, que, a pesar de ser mi jefa, era una persona muy divertida y cercana; y lo que más me gustó de aquel sitio fue que estaba sentada justo enfrente de Daniel.

—¡Estás impresionante! ¡Tu modelito dará que hablar durante años! ¡He visto las miradas de envidia de algunas idiotas clavadas en ti y me he alegrado tanto!

A Macarena le caía muy mal un sector de la revista que por ser periodistas se creían más que los demás.

—Es cierto. Estás impresionante —me soltó Daniel.

No podía estar más feliz, y por encima de mi hombro derecho se oyó un: «Opino lo mismo». No sabía quién era él, pero tampoco le di importancia. Todo lo que podía haber deseado aquella noche estaba delante de mis ojos.

Pasamos la noche hablando, bebiendo una copa de vino tras otra, riendo y actuando con mucha naturalidad. Daba la sensación de que no nos conocíamos, nadie a nuestro alrededor podía siquiera sospechar lo que había sucedido entre nosotros apenas hacía año y medio. Pero de repente, una figura muy alta apareció detrás suyo, apoyando sus manos sobre sus hombros y causándole un sobresalto. Cambió por completo la expresión de su rostro al girarse y comprobar de quién se trataba. Mi cara también tuvo que cambiar.

Nunca olvidaría a aquella persona que apenas vi unos segundos hacía ya casi 3 años saliendo con él del cine de Fuencarral. Era ella. Y ella le plantó un beso en los morros delante de todos. Ella era su novia, lo era entonces y lo seguía siendo, y estaba allí, en la cena de empresa con nosotros, así que trabajaba también con nosotros.

No me puse a llorar en ese mismo momento porque el nudo que se me hizo en la garganta debió impedir que las lágrimas llegaran a brotar de mis ojos, pero apenas vi el beso, tuve que salir corriendo al baño. Al hacerlo, tiré sin querer la copa de vino sobre el compañero que tenía a la derecha, y ni siquiera pudo salir de mi boca un «lo siento».

Una vez en el baño, sintiéndome realmente tonta por haberme hecho ilusiones y por el espectáculo que acababa de dar, empecé a llorar en silencio sentada en una taza del váter. Notaba como las frías lágrimas recorrían las calientes mejillas sonrojadas de tanto vino e iban haciendo un surco entre el maquillaje. Caí en la cuenta de que no había cogido el bolso, así que no podría retocarme antes de volver a salir a la sala. Entonces entró Macarena gritando mi nombre. Ella también había bebido unas copas de más, pero se había dado cuenta de que algo había pasado. Me trajo el bolso y pude arreglar el estropicio causado por las lágrimas antes de volver a la mesa.

—No te sientas mal por haber estado flirteando esta noche con el novio de la redactora jefa. Él es un amor y está muy bueno, y ella es una imbécil jirafa hortera. No sé qué debió de ver él en ella, pero llevan juntos muchos años.

Lo sabía, no hacía falta que nadie me confirmara que las dos veces que habíamos estado juntos había sido la otra. Había entrado a trabajar allí sin albergar ninguna esperanza, pero el hecho de saber que tenía pareja, de que era su jefa y de que llevaba con ella tantos años me había acabado de hundir.

—Por lo que deberías sentirte mal es por haberle tirado la copa encima a Juan y no haberle pedido perdón. ¡¿Cómo se te ocurre?! ¡Es el subdirector de la revista! Yo de ti saldría y le pediría perdón de inmediato.

Lo tenía claro, estaba fuera de la empresa. Si ella no era tonta se habría dado cuenta de algo, y encima, había ninguneado al subdirector. Era mi fin. Y quizás era lo mejor, porque ¿para qué sufrir diariamente en ese trabajo?

Al volver a la sala, mi compañero de la derecha había desaparecido ya y, lamentablemente, el de enfrente también. Seguí un rato de conversación con el resto de compañeros, pero la culpa no me dejaba seguir disfrutando de la noche y preferí volver para casa, con la terrible sensación de que ya no sería mi modelito de lo que se hablaría hasta la siguiente edición de la cena.

En la calle seguía lloviendo, y me di cuenta de que no llevaba dinero suelto para el taxi. Al girar la esquina había un cajero de mi banco, así que me dirigí a él corriendo, mirando al suelo para no tropezar, y justo antes de cruzar la calle, un coche paró frente a mí, bajó la ventanilla, y en él apareció Juan, el subdirector. Quería que me tragara la tierra.

—¿Adónde vas? —me preguntó envuelto en una nube de humo.

—Perdón por lo de antes —le respondí yo de forma nerviosa mientras el agua empezaba ya a calarme—. Iba al banco a sacar dinero para un taxi.

—¿No te quedas a tomar algo con tus compañeros?

—No, me voy a casa ya, no me apetece salir esta noche.

—Pues es una pena, porque a mí me han invitado a una fiesta en casa de unos amigos y no me apetecía ir solo. Había pensado que quizás me podrías acompañar. Después de todo, me lo debes, llevo los pantalones nuevos manchados de vino por tu culpa.

No supe qué contestar ante ello, simplemente entré en su coche cuando él se lanzó sobre el asiento del copiloto para abrirme la puerta. Después de ponerme el cinturón de seguridad, abrió un paquete de tabaco y me lo ofreció sin mediar palabra. Cogí uno y me lo encendí. Bajé un poco la ventanilla mientras veía a través de ella el mundo exterior distorsionado por las gotas de agua, o por las lágrimas que brotaban de mis ojos sin pedir permiso.

—Me llamo Juan —me dijo.

—Lo sé —le contesté—. Yo Marta.

—Lo sé —me contestó él.

Llegamos a la Gran Vía un cuarto de hora después. Dejamos el coche en un parking y subimos a un ático súper lujoso que estaba lleno de gente. Entre esa gente, pude reconocer incluso a algún que otro famoso. Fuimos de grupo en grupo, hablando, bebiendo, y en ningún momento Juan se separó de mí. Me fue presentando a todos sus amigos y me sentí muy acogida. En pocos minutos había olvidado lo que había sucedido en la cena, me olvidé de Daniel y de su novia. Poco a poco me fui sintiendo cómoda con la compañía de Juan, quizás por el cava y las copas que nos estábamos tomando, mezclado con la emoción de la fiesta y de la gente que había a mi alrededor. Me presentó a los dueños de la casa, antiguos amigos suyos de la infancia, una pareja de lo más singular, coleccionista de arte y decoradores de interiores los dos, que trabajaban, además de para grandes estrellas y gente con grandes fortunas, para una revista muy importante de decoración. En sus paredes colgaba un Miró, un Matisse y también un Sorolla, y tenían piezas decorando sus estancias de René Iché y Edgar Negret. Yo me había criado en una buena familia, y siempre habíamos estado rodeados de gente de cierto nivel, por lo que no me dejé impresionar por aquellos detalles y demostré mis conocimientos en arte. Juan se quedó fascinado conmigo, lo noté en la forma en la que me miraba mientras le hablaba de las amistades de mis padres, de sus casas y obras de arte también, y de cómo me había fascinado siempre a mí también ese mundo, influenciada por mi abuelo materno, que era galerista y anticuario.

La conversación entre nosotros cada vez era más fluida, y no nos dimos cuenta de que ya se estaba haciendo de día. Los invitados de la fiesta habían ido marchándose sin que nosotros nos hubiéramos dado cuenta, y habíamos quedado nosotros dos sentados en el sofá, y otro grupo de tres en la terraza fumando hierba. Incluso los dueños de la casa habían desaparecido. Probablemente se habían ido a dormir y no nos habíamos enterado.

Bajamos a la calle y nos dirigimos al parking, pero una vez en la puerta, Juan me propuso seguir la noche en otro lugar.

—Conozco un after cerca de aquí. No es que me gusten demasiado esos locales, pero es el único lugar abierto para poder

continuar charlando contigo. No me gustaría que acabara la noche, y tampoco me siento cómodo para coger el coche ahora mismo.

Me sentía tan cómoda a su lado que no tuve ninguna objeción en seguir disfrutando de esa noche que había dado un giro tan inesperado.

Entramos en un local muy oscuro y pequeño, pero con buena música y copas baratas. La gente iba bastante desfasada, pero no me importaba lo más mínimo lo que sucediera a mi alrededor. Seguimos tomando otra copa, la última de la noche, nos dijimos, y seguimos hablando de nuestras vidas.

Joaquín, que así se llamaba ese chico que me estaba haciendo la noche más amena, me acababa de hacer una pregunta, pero mi cerebro estaba totalmente desconectado.

—Perdona, ¿decías?

—Sí, te preguntaba si te encontrabas bien. Si querías que llamara a alguien, porque parecías desconectada de lo que te estaba contando.

—No, tranquilo, estoy bien. Tengo algo de sueño ya, pero estoy esperando que abra el metro para volver a mi casa porque...

—Disculpa —me interrumpió mientras me apartaba hacia un lado.

Acababa de entrar por la puerta un hombre de unos 60 años con el que se encaró y sacó del bar a empujones; cosa que no le costó demasiado porque su estado era de embriaguez total. De nuevo entró en el bar pasados 5 minutos y se me acercó muy decidido.

—No te vayas. Si me esperas, vuelvo en 10 minutos y te llevo a casa. Espérame tomando ese café que te había prometido.

No me importó ni dónde iba ni cómo ni por qué. No tenía nada mejor que hacer y acepté. Como aquella noche en el after con Juan. Acepté quedarme con él porque su compañía me estaba resultando agradable. Muy agradable. Con unas cuantas copas de más, la lengua se suelta con facilidad, y después de haberle contado yo mi vida, o al menos los primeros años de esta, él hizo lo propio con la suya.

Él también procedía de una familia bastante adinerada. Su madre había sido modelo, era la italiana Claudia Fontanelli y su padre, un famoso escritor. No me podía creer de quién era hijo. Su padre era el famosísimo Víctor Escudero. A él no le gustaba demasiado contarle, ya que se había llevado un par de decepciones en la vida con falsas amistades o con falsos amores. El último, bastante reciente. Hacía tan solo un año que se había divorciado. Al acabar la carrera, su padre había decidido introducirlo en la

industria de la literatura trabajando como becario en la editorial de unos buenos amigos suyos. Había empezado trabajando como corrector de textos pero en seguida se dieron cuenta del talento que tenía. Llegaban a sus manos muchos manuscritos, y él era capaz de detectar con rapidez cuáles de ellos podrían llegar a ser éxitos de venta y cuáles no servían para nada. Por eso, en breve lo tenían contratado en plantilla desarrollando su trabajo como editor. Era muy joven y cometió un error, el de enamorarse de una joven promesa. Una chica se presentó un día en la editorial y presentó su manuscrito. Dio la casualidad de que en aquel momento la secretaria no se encontraba en su puesto de trabajo y él pasaba por recepción para ir al baño. A la vuelta, la volvió a ver allí, seguía esperando y parecía algo nerviosa. Era una chica muy guapa, rubia, con el pelo largo y liso, ojos verdes, tez muy blanca con pecas y una sonrisa cautivadora. Quiso impresionarla, y ella se dejó impresionar. Él recepcionó el manuscrito, después de todo, iba a ser él quien lo leyera porque era la persona encargada de hacerlo y de seleccionar los que serían editados.

Le puso especial interés a aquella lectura, que no tenía nada de buena, exceptuando que, al ser un relato erótico, lo había puesto a mil. Se había imaginado a aquella niñita guapa en cada una de las escenas descritas, y aquello le había nublado el buen sentido crítico que había demostrado hasta el momento. Intentó convencer a sus jefes de que sería un bombazo, de que cualquiera que lo leyera, acabaría enganchado como él a su lectura, y que, a pesar de no ser una temática que se publicara en esa editorial, conseguirían grandes ventas con ellas.

Después de sus muchos aciertos, no quisieron dudar de su criterio, y él mismo tuvo el placer de llamar a la interesada para darle la buena nueva. Salieron a cenar para celebrar la noticia, salieron de copas para celebrar la firma del contrato, quedaron para comer para celebrar su publicación... Tantas veces lo celebraron, que finalmente ella le agradeció con creces lo que había conseguido hacer con su relato. Había conseguido enamorarla o, al menos, eso pensó él. Había conseguido engañar a los de la editorial para conseguir estar con ella, pero no había conseguido engañar al

público, por mucho que se esforzó la directora de marketing de la editorial. El libro no valía para nada, y las críticas y las ventas así lo demostraron. Su padre se dio cuenta de lo que había hecho y, muy dolido, tuvo una charla con él. Le había hecho perder muchísimo dinero a un gran amigo por lo que parecía ser un capricho. En el fondo, él sabía que su padre tenía razón, pero no quería dársela, se negaba a ello, y por eso le propuso matrimonio a aquella niña rubia y encantadora. Ella aceptó, y en 6 meses se casaron. Contaban con tan solo 24 años él y 22 años ella, pero estaba dispuesto a demostrarle a todos los que pensaban que había hecho una excepción con ella por haberse enamorado, que estaban equivocados y que ella tenía mucho talento.

Durante los dos primeros años del matrimonio, Juan la instó a que siguiera escribiendo, y fuera probando una y otra novela hasta que hallaran la definitiva. Él seguía trabajando en la editorial, y ella, más que dedicarse a la escritura, se dedicaba a la vida contemplativa, a comer con las amigas, a ir al gimnasio, a derrochar dinero en ropa carísima, a irse de viaje... Su excusa siempre era la búsqueda de la inspiración, pero lo que iba haciendo era bajar la cuenta corriente tanto de Juan como de los ahorros de la familia. Pasado el primer año, Juan le dio un ultimátum, y ella, poco inspirada todavía para la escritura, no se le ocurrió otra cosa que quedarse embarazada. Lo estuvieron intentando durante un año más, y nunca conseguía quedarse. Empezaron una peregrinación a clínicas de fertilidad y un derroche extremo de dinero. Pasado ese año, ella decidió embarcarse en un proyecto solidario en Sudamérica, para el que, por supuesto, necesitó una cantidad de dinero excepcional. Viaje y estancia durante unos meses, que se fueron alargando, de nuevo con la excusa de estar viviendo una experiencia única que le aportaría las ideas necesarias para escribir la novela definitiva. La familia de Juan le empezó a avisar de que aquella niña rubia había resultado todo un fraude, pero él seguía negándose a aceptarlo. Después de un año en su proyecto solidario, unos cuantos de miles de euros menos, y unos cuantos viajes entre España y Sudamérica más; Juan decidió darle la última oportunidad. Quería que regresara a casa y se

dedicara a escribir, porque él seguía apostando por ella, a pesar de que su madurez y sus decepciones le habían dejado muy claro cuán grande fue su error, no simplemente por haber confiado en un talento inexistente, si no por haber creído que estaba enamorada de él, y él de ella.

Ella aceptó, y pasó un par de meses escribiendo, pero nada de lo que producía llegaba a convencer a su marido. Ella estaba decepcionada con él, él estaba decepcionado con ella. Él ya no podía consentir que siguiera lapidando su dinero y el de su familia, y ella no quería bajar el ritmo de vida, así que después de otro duro año de peleas, idas y venidas a abogados y juicios, por fin consiguió divorciarse de ella. Aquella experiencia le hizo abrir los ojos y no fiarse de nadie, y menos de alguien que pudiera aprovecharse de él.

Toda esta historia me la contó casi al oído, con música muy alta de fondo, sentados en unos taburetes en la barra, mientras nos bebíamos la tercera copa, a pesar de haber dicho que solo nos íbamos a beber una.

Tenía la vejiga a punto de estallar, así que le agarré por el cuello y le grité al oído: «Voy al baño. Me meo». No podía creer que una frase tan ordinaria hubiera salido de mi boca ante un desconocido, pero había bebido ya mucho esa noche y las palabras parecían salir de mi boca sin control alguno.

El baño, sorprendentemente para un lugar como aquel, estaba muy limpio y decidí sentarme dos minutos en el váter, con la tapa puesta, apoyando las mejillas en mis manos, y los codos en mis piernas. Debieron pasar más minutos de lo que creí, y mi mente volvió en sí al oír cómo picaban a la puerta.

—¿Estás ahí? ¡Hola!, soy Juan, ¿estás ahí?

Estaba en el baño de chicas buscándome.

—Sí, sí. Estoy aquí. Ya salgo

Me subí el vestido e hice pis, todavía no había hecho desde que había entrado al baño. Cuando me estaba levantando, noté un forcejeo en la puerta y me empecé a poner nerviosa. Al mover la maneta y abrir la puerta, ahí estaba él, con ojos entre atemorizados y enfurecidos.

—No sabía si te había pasado algo, si estabas bien o si estabas

consumiendo cocaína.

—¿Pero qué dices? Solo estaba cansada y me había sentado un rato.

Entonces nos miramos fijamente a los ojos y con un arranque de pasión que jamás había vivido hasta el momento nos cogimos las caras y nos comimos como si no hubiera un mañana. Me empujó hacia dentro del baño de nuevo, cerró la puerta tras de sí, y nos besamos, nos mordimos, nos tocamos y nos lamimos sin importarnos nada. Nos fundimos en uno solo de tal manera que nos sobraba espacio en aquel minúsculo habitáculo.

Solo de recordar aquel momento, me recorrió un escalofrío que me hizo volver a la realidad. Joaquín había dicho que tardaría 10 minutos en regresar y habían pasado ya 20. Quizás era momento de irse y dejarle una nota agradeciéndole el café calentito al que me había invitado; pero justo en aquel instante en que mi cuerpo estaba empezando a despegarse del asiento, apareció por la puerta. Al verme, noté como exhalaba con alivio, como si volverme a ver allí sentada esperándolo le hubiera dado tranquilidad. Se sentó a mi lado y me ofreció alguna otra cosa. Por educación no pedí nada más; por eso y porque sentía de nuevo el estómago revuelto, como si acabara de bajar de una noria, y creía que iba a vomitar en cualquier momento, así que preferí quedarme como estaba.

Se disculpó una y otra vez por haberse tenido que marchar de esa manera, y quiso explicarme la razón, aunque ya me la imaginaba. El hombre que había entrado por la puerta, era su padre. Él debía de encargarse de llevarlo a casa sano y salvo la mayoría de las noches que salía. No vivía con sus padres, pero era una tarea que siempre le había tocado hacer a él y que seguía cumpliendo para con su madre. Ellos vivían en el mismo piso donde se había criado, en Embajadores. Él era el pequeño de tres hermanos, y no tuvo una infancia fácil. Su hermano mayor le sacaba 15 años, y el mediano 12. De pequeño, muchas veces no entendía por qué algunos de sus compañeros le decían que sus madres no querían que jugasen con él, y con los años supo que su hermano mayor se había dedicado desde bien joven a la venta de droga en el barrio. Las peloterías con su madre eran monumentales,

pero esta no tenía el apoyo del padre, que de lunes a jueves trabajaba de sol a sol en la obra, de paleta, y los viernes por la tarde desaparecía muchas veces hasta el domingo. Los viernes eran el día de cobro y de su sueldo llegaba a casa una cuarta parte, el resto lo derrochaba en dos días en copas, tragaperras, tabaco y en alguna que otra ocasión incluso prostitutas. Su madre no trabajaba y era conocida en el barrio, no solo por la venta de drogas de su hijo, de la que ella alguna vez tenía que sacar provecho pidiéndole dinero para poder subsistir, sino también por dejar a deber dinero en todas las tiendas a dónde iba. En muchas ya no le fiaban, y era entonces cuando tenía que acabar saldando cuentas usando el dinero de su hijo mayor.

Su hijo mediano no resultó mucho mejor. Se unió muy joven a una banda neonazi que se dedicaba a atracar tiendas, pintar paredes, destrozar mobiliario urbano, meterse en peleas... Más de una vez y dos había tenido que ir su madre, a veces acompañada por su hermano mayor y otras veces sola, a sacarlo del calabozo. Con los años, en un viaje a Alemania, conoció a una loca como él y allí se quedó, cuidando de los dos hijos de la loca y de los dos más que tuvieron juntos más tarde. Pero él no era así. Quizás la vida no le había sonreído, pero tampoco le había maltratado del todo y entre tanto desorden, él intentó buscar el orden. Estudió mucho siempre, pasó de unirse a bandas, pasó de drogas y de la gentuza de su barrio. Se juntó siempre con los mejores, y así consiguió acabar COU, la última promoción de COU. Quiso estudiar una carrera, y como en su casa no había para pagarla, aunque su hermano le ofreciera dinero, prefirió trabajar de comercial en una inmobiliaria. Obtuvo una beca y con ello pudo estudiar empresariales. Pasó los cuatro años de carrera saliendo con una chica de su clase, como cualquier otro universitario. Eso sí, no se pasó las noches de fiesta en fiesta como había hecho yo, no se pudo independizar como hice yo; se perdió todas esas experiencias, pero tuvo una vida de lo más común. Al acabar la carrera, cada uno tiró para un lado. Ella era de Córdoba y quiso volver a casa, pero él no la siguió. Un compañero de carrera se montó su propia inmobiliaria en pleno boom y contó con él por su experiencia. En la misma

oficina acabaron trabajando hasta 10 agentes, y las cosas les iban genial. Una de estas agentes se convertiría en su mujer. Primero fue solo un rollo, pero a las cuatro citas, ella quedó embarazada. Se casaron cuando ya no se podía ocultar lo que venía, aunque tampoco les importaba, y se cogieron uno de los pisos de la inmobiliaria en una buena zona de Madrid. Ella dejó de trabajar para criar a la niña y sin darse cuenta cayó en depresión. Se fue dejando cada día más, se fue abandonando ella y también a su hija. Estaba irascible, siempre de mal humor, gritaba constantemente además de que su aspecto era horrible. Se le estaba cayendo el pelo e incluso los dientes. Todo ello coincidió con la época de recesión, la bajada de trabajo, el despido de compañeros, la bajada de sueldo... Joaquín no supo darse cuenta de lo que estaba sucediendo hasta que fue demasiado tarde y un día, al llegar a casa, ella había desaparecido. Había hecho las maletas y había dejado a la niña en casa de la vecina. No volvió a saber de ella en un año. La buscaron y averiguaron que estaba en casa de su abuela en un pueblo de Granada, pero ella no quería saber nada de él ni de la niña. Pasado un año, intentó hacerle llegar los papeles de un abogado para firmar el divorcio y que le concediera la custodia de la niña, pero no hubo suerte, se había vuelto a mudar y no sabía dónde localizarla. Desde aquel momento, nunca más volvió a mencionar su nombre. Su hija, que entonces tenía 3 años, no la recordaba, y el único referente que tenía de madre era el de su abuela, que a cambio de que él se ocupase de su padre como siempre había hecho, le cuidaba a la niña mientras él trabajaba en un banco, que era donde trabajaba ahora.

—¿Y tú qué? ¿Qué es de tu vida? ¿Tienes pareja, vives con él, sola, tienes hijos...?

No tenía muchas ganas de contarle mi vida, y la verdad, es que tampoco la recordaba con claridad.

Esquivé la pregunta como pude, me hice la interesante y la misteriosa para no parecer una loca o una aprovechada, y seguimos con la conversación por unos derroteros mucho más banales. El café con leche y tanto hablar me estaban produciendo sed, pero no me atreví a pedirme nada más, así que me levanté, me fui al baño y bebí un trago de agua fría del grifo. De repente, unos fuertes pinchazos en la sien me produjeron un dolor de cabeza tan grande que me la tuve que apretar con ambas manos y cerrar los ojos muy fuertemente durante unos segundos. Seguía teniendo la boca seca, a pesar de haber bebido, y pegué dos tragos más, mucho más largos, y aproveché también para refrescarme la cara, que se había tornado pálida como la pared de azulejo blanco del baño. Tenía sueño, estaba cansada, me pesaban los ojos y necesitaba descansar. Salí del baño, miré el reloj. Todavía eran las 4.30. Ya no quedaba nadie en el bar, solo Joaquín y yo. Si no iba a esperar el metro y me iba a llevar a casa, le podía pedir que me llevara ya, después de todo, a mi padre no le importaría mucho menos que lo despertara a las 5.15 en lugar de las 5. Por suerte no hizo falta que se lo pidiera. Al acercarme a la mesa, él mismo me propuso desplegar velas. El dueño del local quería irse a casa.

Anduvimos como 20 metros desde la puerta del local hasta su coche. Abrió la puerta, y una vez nos acomodamos, arrancó el motor. Encendió la calefacción y me preguntó el destino. Le di la dirección de casa de mi padre, y volvió a hacerme la misma pregunta: «¿Vives sola?».

No debía contestar una pregunta como aquella a un desconocido, no sabía si estaba intentando ligar conmigo o si era un asesino en serie que pretendía descuartizarme en mi casa, así que le dije que vivía con mis padres. No volvió a insistir sobre el tema de la pareja, le habría quedado ya bastante claro que no pretendía explicarle nada sobre mi vida. A pesar de ello y de lo mal que me encontraba, me parecía bastante atractivo, pero algo en mí, además del temor a

que fuera un posible asesino en serie, me impedía seguirle la corriente.

Entonces volvió Juan a mi cabeza. A aquel lunes después de la cena, a sentarme en mi mesa pensando que lo que había sucedido el sábado por la noche, se había quedado en eso, en una historia de sábado por la noche, y que no podía esperar nada más de aquello. Hasta entonces nunca lo había visto en la oficina y aquello no tenía por qué cambiar. Por lo único que podía estar agradecida de aquella situación que me devanaba los sesos era por no pensar en la situación de Daniel. Aquel problema se había esfumado de mi cabeza. Pasé la mañana trabajando sin parar. Macarena se acercó a mi mesa y me invitó a un café a la hora del desayuno, y estuvimos hablando de la noche del sábado, pero en ningún momento le conté cómo había acabado la mía.

Al finalizar el día, mi jefa me pidió que abriera el mail, que me había mandado unos documentos que debía archivar. Al hacerlo, vi en mi bandeja de entrada tres mensajes de un emisor llamado *jescudero*. No lo tenía entre mis contactos, pero no me hizo falta, conocía su apellido. Ninguno de ellos llevaba título, y por alguna extraña razón, me daba miedo abrirlos. No sabía si me iba a encontrar un «No le cuentes a nadie lo que pasó», o aún peor, un «Lo que pasó no debería haber pasado, fue fruto del alcohol», o ya lo que hubiera sido tremendo hubiera sido encontrar un «Me debes 10 euros de la tintorería por la mancha de vino en el pantalón». Abrí el primero:

12.13h

Hola, Marta,

No sabía si escribirte, pero después de esta mañana tan improductiva pensando solo en ti, he decidido hacerlo. ¿Qué tal estás? ¿Qué tal pasaste el domingo de resaca?

Bueno, ya me dices algo.

Un saludo

El segundo decía:

14.28h

Hola,

¿No has abierto todavía el mail hoy o es que no me quieres

contestar?

Antes se me ha olvidado decirte que el sábado lo pasé genial contigo, hacía mucho que no conectaba tanto con nadie, en todos los sentidos, y fue un placer pasar ese rato contigo.

Besos Marta.

El tercer mensaje lo había enviado hacía solo unos minutos, así que seguía en la oficina.

17.08h

Hola, Marta,

No me extraña que no me quieras contestar, acabo de releer el último mensaje que te he mandado, y es tristísimo. ¡¿Cómo se me ocurre decir que fue un placer pasar ese rato contigo?! No sé cómo se me da tan mal escribir dedicándome a decir si lo que escriben los demás está bien o mal. Simplemente quería decirte que eres una tía genial, que no sé si lo que pasó el sábado quisiste que pasara, ni si estás arrepentida de ello o simplemente pasas del tema. Quizás tengas novio y soy el pesado con el que tuviste una aventura que no te lo deja de recordar... Sea como sea, has sido la casualidad más mejor, como dirían algunos, que me ha pasado en el último año.

Besos.

Me leí los mensajes unas 10 veces antes de contestarlos, porque tenía muy claro qué decirle, pero no era capaz de plasmarlo. Finalmente lo hice, justo antes de recibir una llamada de mi jefa pidiéndome el trabajo que me había mandado hacía ya media hora y no le había reenviado.

17.29h

Hola, Juan,

Disculpa por no haber contestado tus mails antes, no los había visto. He estado súper liada hoy y no he tenido tiempo ni de abrir el correo; pero eso no significa que no haya pensado en ti. El sábado lo pasé genial, fue una noche estupenda y para mí también fue un placer pasar ese rato contigo, en todos los sentidos.

No tengo novio, no te preocupes, no fuiste una aventura loca que

pretenda olvidar, así que puedes seguir escribiéndome tanto como quieras.

Besos.

Me puse a trabajar en lo que me habían pedido, ansiosa por volver a mirar la bandeja de entrada antes de marcharme de la oficina. El pedido me llevó algo más de tiempo del que me esperaba, pero finalmente lo acabé a las 18.15h. Fue a esa hora cuando volví a abrir el correo, y para mi asombro, lo que me encontré no fue un mensaje de jescudero, sino de *dperez*. Daniel me había mandado un email, en el que sí que aparecía un asunto: «Quizás te debo una explicación... o no».

Me había olvidado por completo de Daniel y de su duradera relación con aquella chica tan alta con toda mi historia con Juan, pero tenía mucha curiosidad por la explicación que creía que debía darme.

18.00h

Hola, Marta,

Quizás te deba una explicación por lo que viste el sábado por la noche, o quizás no..., no sé lo que pasa por tu cabeza desde que hemos vuelto a reencontrarnos, pero yo sí que sé lo que pasa por la mía, por eso creo que te la debo.

Ella es Marina, como ya sabrás a estas alturas, es la jefa de la redacción, y es mi pareja. Lo es desde la universidad. Ella estudió Periodismo conmigo, y empezó a trabajar en la revista recién licenciada. Es la hija del director. Tuve la suerte de que su padre me fichara para trabajar aquí también cuando acabé audiovisuales y mi relación con ella ya era duradera. Depositó su confianza en mí, y en cierta manera le debo mucho. No te estoy queriendo decir que esté con ella por interés ni porque le deba un favor a su padre, la quiero, pero desde que te conocí, sentí por ti algo más especial.

Supongo que te surgirán muchas dudas después de saber que llevo con ella desde la Universidad y te preguntarás por qué pasé contigo aquellos días en Peñíscola si estaba con ella, o por qué te invité a mi casa del pueblo con mis amigos si ella ya era mi

novia. Pues bien, desde que te cruzaste en mi vida, estuve varias veces tentado de dejarlo con Marina y, de hecho, aquel verano lo dejé con ella. No seguí adelante con mi decisión porque me dabas miedo, y me lo sigues dando. Creo que eres una de esas chicas de las que te enamoras perdidamente y pierdes el oremus, tu libertad, tu razón y sentido común. Marina es más fácil. Como ya te he dicho, la quiero, pero no creo que esté enamorado de ella. Me hace la vida fácil, mi corazón me permite seguir siendo yo mismo y seguir mi plan de vida.

Todas estas palabras te estarán sonando frías, y quizás esté consiguiendo que te lleves una decepción conmigo y cambie tu percepción de mi persona; pero creo que en tu reacción del sábado en la cena atisbé una brizna de celos, y eso quiere decir que en el fondo, te alegrabas de haberme reencontrado y quizás esperabas que sucediera algo. Te seré sincero; me encantaría que esa percepción fuera una realidad, porque eso querría decir que sientes algo por mí, como yo por ti.

No sé lo que pasará con mi relación con Marina, te lo aseguro, pero no cierro las puertas a nada si tú tampoco.

PD: Si me he equivocado en algo, o en todo, lo siento mucho, olvida entonces este mensaje.

PD2: Marina no se dio cuenta de tu extraña reacción, no sospecha ni siquiera que te conociera de nada más allá que de una amistad en común en la Facultad.

Buenas tardes, y muchos besos.

De piedra me quedé con aquel correo que leí y releí como un millón de veces. Jamás me hubiera esperado un mail del estilo por su parte. Me había dejado con la boca abierta, a la par que desconcertada y confusa.

No fui capaz de responderle aquel mismo día. Me fui a casa a pensar sobre qué decirle. Lo imprimí para poderlo estudiar bien detalladamente, palabra a palabra, para no dejar escapar ningún detalle, y el mundo se me vino encima. Juan y Daniel, los dos me habían escrito mensajes el mismo día confesándome que sentían algo por mí, con los dos había tenido una historia breve, porque a

pesar del tiempo transcurrido, mi historia con Daniel había sido breve. Por él había sentido algo muy fuerte, y por Juan no se podía decir que sintiera nada todavía, pero ¿estaba dispuesta a seguir adelante con él para poder acabar sintiendo algo más?

El camino a casa en el coche de Joaquín se estaba convirtiendo en una tortura. Solamente era capaz de rezar para pedirle a Dios que al llegar a casa de mi padre, este abriera la puerta rápidamente y no tuviera que dar más explicaciones. Había intentado sacar otros temas de conversación, pero él parecía estar preocupado por qué iba a hacer si mi padre no abría la puerta. Era un caso bastante improbable, y le quise quitar hierro, pero podía ser así y, de hecho, por desgracia, así fue. Insistí más de diez veces en el telefonillo. Miré la fachada para comprobar si se encendía alguna luz, porque en caso de haberlo hecho hubiera sido capaz de gritar desesperadamente para que saliera al balcón y me viera. Mientras repetía una y otra vez la misma acción y Joaquín me observaba desde el coche con el *warning* puesto, mi cabeza buscaba nuevas soluciones, pero mis neuronas seguían demasiado débiles como para encontrar una. Casa de mi hermano... ¿dónde vivía?, y ¿dónde vivía yo? Con Lucía no, ahora lo recordaba.

A la mañana siguiente de aquel extraño día, al llegar al trabajo y abrir el mail, tenía un mensaje de *jescudero*, pero *dperez* no me había vuelto a escribir.

8.32h

Hola, Marta,

Siento no haberte contestado ayer, tuve que salir rápidamente a un compromiso. No pienses que te quise hacer esperar la respuesta como yo esperé la tuya, eso no sería propio de mí. Lo primero que he hecho esta mañana al llegar ha sido abrir el mail, algo me decía que tu respuesta ahí estaría, y no me ha podido gustar más. ¿Sabes qué? Tengo ganas de volver a pasar un buen rato contigo; tomar un café, comer, cenar... Te quería proponer algo, y me gustaría que fuera en persona.

¿Qué me dices? ¿Hay alguna de las opciones por las que sientas más predilección? ¿Algún día y hora concretos? Tú propón que yo me adapto.

Besos.

Sentía mucha curiosidad por el tipo de proposición que me quería hacer, así que respondí rápidamente al mensaje para salir de dudas.

9.05h

Hola, Juan,

Estaría bien empezar por un café, hoy mismo, en la cafetería Sense que está delante de la oficina, a las 11.15, por ejemplo.

9.08h

Hola, Marta,

Preferiría que fuera en un sitio algo más alejado de la oficina. ¿Conoces la cafetería La Habana? Está a solo dos manzanas de aquí. El café es buenísimo, y aunque queda algo más lejos y nos daría menos tiempo a charlar, prefiero no dar que hablar a nadie. Si te parece bien, a las 11.15 nos vemos allí.

Tenía toda la razón. No había caído en ese detalle, nadie me podía ver con él, después de todo, teníamos un secreto que esconder que podía salir a la luz en forma de habladuría si alguien nos veía tomando un café juntos.

Con toda la emoción de la proposición, la hora del café y el trabajo que tenía aquella mañana, se me pasó por completo contestar el mail de Daniel.

A las 11.15 clavadas, para no perder el tiempo, me presenté en la cafetería La Habana y me senté en una mesa. La cosa empezaba mal, había llegado yo la primera, pero apenas un minuto más tarde, apareció él por la puerta. El estómago me dio un salto al verlo, con su traje tan elegante, su pelo tan bien puesto, su cara recién afeitada... Los recuerdos del sábado por la noche me abordaron de repente y sentí una excitación inesperada al tenerlo frente a mí. Una sonrisa, dos besos de cortesía antes de sentarse, y una mirada nerviosa a la camarera para que nos viniera a atender lo antes posible.

—No quiero perder el tiempo, pero antes te quiero decir lo guapísima que estás y que en cuanto te he visto, todos los momentos del sábado me han venido a la cabeza y he tenido una

erección. Solo eso.

No pude evitar una carcajada. Era directo, pensaba lo mismo que yo, pero lo decía, sin miedos ni tapujos.

—Y dicho esto, mi propuesta es la siguiente: antes de las fiestas navideñas, tengo otra fiesta en casa de unos amigos en la Sierra. Es una barbacoa, así que empieza por la mañana, pero no se sabe cuándo acaba, por eso me ofrecen cama para dormir. Me preguntaba si te apetecería venir conmigo. Son una gente estupenda, súper divertida y sana. Beberemos y comeremos como cerdos, hablaremos, jugaremos a algo... Será un típico día de barbacoa entre amigos. ¿Qué me dices? ¿Te apetece?

—Claro —solté sin apenas pensarlo. El plan sonaba genial, y me apetecía mucho volver a pasar un día con él.

Nos interrumpió la camarera para tomarnos nota. Seguimos hablando del trabajo, del compromiso que había tenido la tarde anterior, del día de locos que habíamos llevado ambos..., y al despedirnos, quedamos en escribirnos a lo largo de la semana para concretar la hora y lugar de recogida el sábado.

—Ah, por cierto. Espero que no te haya sentado mal lo de la erección, pero es que es verdad, me pones muy cachondo.

Volví a soltar una carcajada. Ese tipo trajeado que tenía delante de mí y que a simple vista parecía tan serio, me había soltado en menos de media hora dos veces la palabra «erección» y «cachondo» con total naturalidad, y a la vez me había propuesto un fin de semana en la Sierra... Aquello pintaba muy bien.

La casualidad quiso que me topara con Marina entrando en las oficinas a la vuelta del café. Nunca la había visto hasta ese momento, o quizás nunca me había fijado en ella, y justo ese día me la encontraba, el día que debía responderle un email a su novio sobre lo que sentíamos el uno por el otro. En ese momento pletórico del día, no quería sentir nada por Daniel, me daba igual su vida de mentiras y la de su pobre novia engañada; pero tenía que responder a aquel dichoso mensaje, y por mucho que no quisiera, Daniel seguía ocupando una parte de mi corazón.

Me senté en mi sitio, dispuesta a abrir de nuevo el correo para empezar a escribir el mensaje de respuesta a Daniel, cuando sonó

el teléfono. Era Lucía. Ella nunca me llamaba en horario laboral, por lo que entendí que debía de tratarse de algún asunto importante.

Parecía nerviosa, y se notaba que quería contarme algo pero que no hallaba la manera, y estaba mareando la perdiz con una conversación que se veía a la legua que no llevaba a ningún sitio.

—¿Querías algo, Luci? Tengo mucho trabajo, y no parece que me estés contando nada importante.

—La verdad es que sí. Quería decirte algo, y no lo hago en persona porque no nos vemos nada. Quería decirte que a María le han ofrecido un trabajo en una agencia de publicidad en Madrid, y que se muda aquí.

—¿A casa? ¿A nuestra casa?

—¡No, no!, se muda a Madrid, a un piso. —Se hizo un silencio—. Y yo me voy con ella.

Mi instinto me hubiera hecho gritar, rugir, me la hubiera comido si hubiera podido, pero estaba en la oficina, no podía levantar la voz por muy dolida que estuviera y por muy agudo que fuera el nudo que tenía en la garganta en ese momento.

—También se puede venir a casa, mi pregunta no era con mala intención, al revés, me hubiera alegrado que me dijeras que se instalaba con nosotras.

—Lo sé, Marta, pero es que María quiere que demos un nuevo paso en nuestra relación y empecemos conviviendo juntas. Solas.

No me dolía que me dejara tirada en el piso después de tantos años, después de tantas cosas que había hecho por ella, después de tantas aventuras vividas, después de convertirse en mi mejor amiga, en la única mejor amiga que había tenido en la vida, en mi confidente, en una persona indispensable a mi lado y que además lo hiciera en plenas fiestas navideñas. Me dolía la forma que tenía de decirme que me abandonaba, que me dejaba sola para irse a vivir con su novia porque, aunque no me lo hubiera dicho, yo sabía que ella estaba celosa y no le gustaba nada que viviéramos juntas.

Se me fue el santo al cielo, y no contesté a Daniel. Tampoco lo hice el miércoles, que tuve muchísimo trabajo y mucho menos durante los días de fiesta, que pasé con la familia y que además

estuve ayudando a empaquetar sus cosas a Lucía. María todavía no estaba en Madrid y necesitaba ayuda. Mi ayuda fue silenciosa, la procesión iba por dentro, pero no podía dejar a mi mejor amiga en la estacada, por mucho que me doliera lo que estaba haciendo. Después de todo, ella seguía con su vida para adelante. También estuve liada llamando a diferentes agencias inmobiliarias para poner la habitación en alquiler, pero era mala época, los estudiantes universitarios no empezaban a buscar hasta el verano, y a esas alturas del año, de no haber sido alguien que de repente encontrara trabajo en Madrid y necesitase un lugar dónde vivir con urgencia, la cosa estaba complicada. Tampoco es que me viera compartiendo piso a esas alturas con un universitario, su ritmo de vida ya no era el mío, y tampoco me apetecía en demasía compartirlo con un extraño. Estuve tan liada, que a punto estuve de olvidar mi cita del sábado.

12.46

Hola, Marta,

Es viernes y todavía no hemos concretado la hora y el lugar donde recogerte mañana. ¿Sigues en pie?

14.38h

Perdón, Juan,

He tenido una muy mala semana, casi había olvidado nuestra cita, pero sí, sigues en pie, me irá bien despejarme y olvidarme de algunas cosas que me han pasado. Podemos quedar en la parada de Nuevos Ministerios a las 11, ¿o es demasiado pronto? No sé, quizás eso ya me lo deberías decir tú.

14.45h

¡Te has hecho de rogar otra vez, eh! Pensaba que ya no me ibas a contestar y que me quedaba sin disfrutar de tu compañía este fin de semana. Las 11 me parece perfecto. Acuérdate de llevar una muda, nos quedaremos a dormir.

Nos vemos mañana a las 11. Estoy impaciente. Tengo ganas de ti.

Besos

Tenía ganas de mí... Tenía ganas de mí... y Lucía ya no vivía conmigo. ¡Qué locura de noche! ¿Por qué iba recordando mi vida a

cuentagotas? ¿Por qué no era capaz de recordar toda mi vida? Todo aquello parecía una pesadilla, y entre tantas malas sensaciones, un ángel que pretendía salvarme. Joaquín no estaba dispuesto a dejarme en el portal de mi padre pasando la noche, y poco más que tuvo que sacarme a rastras de allí. Demasiadas cosas para poder concentrarme y recordar dónde vivía.

—Te propongo algo. Puedes venir a mi casa a dormir, y mañana por la mañana, yo te traigo de nuevo y santas pascuas. No quiero que pienses que mis intenciones son otras, pero no quiero que pases la noche en la calle. Llevas toda la noche deambulando, y, perdona que te lo diga, pero tienes muy mala pinta. Por tu cara veo que no te fías de mí. Podemos ir a una comisaría de policía si quieres y le contamos la historia. Les doy mi dirección, mi DNI, y así quedo fichado por si te hago algo.

Sonreí. Parecía sincero su ofrecimiento, y parecía inofensivo. Estaba destrozada y necesitaba descansar. Condujo unos 20 minutos, su casa estaba en un barrio a las afueras de Madrid, uno de esos barrios modernos pensados para papis de familia y parejas jóvenes. Metimos el coche en el parking, subimos en el ascensor, abrió la puerta, encendió la luz y me invitó a pasar. Un piso moderno, diáfano, limpio y espacioso. Señaló una puerta a la derecha del pasillo.

—Ahí tienes el baño, y enfrente está mi habitación. Puedes dormir ahí. Yo dormiré en la habitación de mi hija.

No iba a discutir con él. Tenía mucho más sentido que fuera él el que se metiera entre las sabanitas de princesa de su hija que no yo con esas pintas que llevaba.

Me lavé la cara por quinta vez esa noche, esta vez con agua y con jabón. Me cepillé el pelo con un cepillo que encontré en el primer cajón del moderno armario del baño. Joaquín picó a la puerta y me ofreció una toalla limpia y un cepillo de dientes de viaje sin usar.

—Siempre que voy de viaje, me llevo todo lo que encuentro en el baño. Te viene bien para ocasiones como esta.

También me prestó una camiseta y unos pantalones cortos a modo de pijama.

Me di una ducha breve pero intensa. Me lavé los dientes, me quité la ropa que parecía haberse adherido a mi piel, como si la hubiera llevado puesta durante meses, y me puse el pijama. Me metí en la cama y todo empezó a darme vueltas. Necesitaba tumbarme, seguía mareada. Las sábanas olían a limpio. Que agradable sensación.

A las once en punto llegué a la parada de Nuevos Ministerios. Subí las escaleras mecánicas hasta la salida a la Castellana cargada con una pequeña bolsa de viaje que antes había utilizado para el gimnasio. Hacía una infinidad de tiempo que no iba al gimnasio, el trabajo me absorbía demasiado tiempo, y con el sueldo que me quedaba, tampoco me podía permitir el lujo de volver a apuntarme. Estaba segura de que si le contaba a mi padre la situación en la que me hallaba en aquellos momentos, no hubiera dudado en volver a asignarme una paga, pero me parecía tan vergonzoso seguir viviendo de la paga de mi padre, aun habiendo acabado la carrera y tener un trabajo, que la idea se esfumó rápidamente de la cabeza. Total, tampoco necesitaba ir al gimnasio; gracias a Dios, y hasta la fecha, tenía buena figura; supongo que era cuestión de genética, mi madre siempre la tuvo.

Pude reconocer su coche parado en la acera de enfrente con el *warning* puesto, y crucé la calle para dirigirme a él. Piqué al cristal mirando a través de él antes de tirar de la maneta, y entré con la mejor de mis sonrisas dibujada en mi cara.

—Buenos días —saludé.

—Buenos días. Qué ganas tenía de que llegara este momento. ¿Estás lista?

Lo estaba. Tenía muchas ganas de pasar el fin de semana con él y no pensar en nada. Durante el trayecto del metro había recordado el email de Daniel, lo había sacado de mi billetero, que allí lo llevaba bien doblado, y lo había vuelto a leer. No había contestado todavía, pero tenía claro qué le iba a contestar. Sería lo primero que hiciera el lunes por la mañana al llegar al trabajo.

De camino a la Sierra fuimos hablando de nuestra semana, le conté mi problema con el piso y prometió ayudarme. Tiraría de contactos para que estos a su vez tiraran de los suyos y poder así encontrar un nuevo compañero de piso, o en su defecto, encontrar un piso más pequeño y más barato que no tuviera que compartir

con nadie. No se me había ocurrido aquella idea, y la verdad es que me resultaba más atractiva que la primera opción. Había compartido piso con Lucía durante muchos años, habían sido mis años Universitarios y era lo que tocaba, pero quizás ya era hora de dar un cambio a mi vida.

La casa de sus amigos era enorme. Tenía un jardín de al menos 3000 m² y la construcción, de piedra, típica de montaña, contaba con once habitaciones, cinco baños, dos cocinas, dos salones, una biblioteca, una bodega y una sala de billar. Debíamos ser unas treinta personas. Cuando llegamos, algunos estaban empezando a hacer el fuego en la barbacoa, otros estaban sentados en el porche bebiendo unas cervezas, otros habían preferido tomárselas al sol de diciembre aprovechando que no hacía demasiado frío. Había chicas dentro de la cocina preparando ensaladas, gente charlando sentada en el apoyabrazos de unos de los sofás del salón principal, y otros, que acababan de llegar, dejando las maletas en sus habitaciones correspondientes.

Los dueños de la casa nos guiaron a nuestra habitación. Sí, nuestra habitación, compartíamos habitación, una con una cama de matrimonio muy grande, dos mesitas de noche, una cómoda y un armario que se cerraba con llave. Compartíamos baño con otra pareja; un baño situado entre ambas habitaciones y al cual se accedía desde dos puertas, una en cada habitación.

A nadie pareció extrañarle mi presencia, ni que compartiéramos cama sin apenas conocerlos. Quizás ninguno de ellos sabía cuánto tiempo llevábamos juntos y se imaginaron que éramos una pareja consolidada, pero ¿éramos acaso una pareja? Parecía que estaba yendo demasiado rápido conmigo, o que no le importaba en absoluto lo que pensarán los demás de él.

No se separó de mi lado durante las dos primeras horas ni durante la comida. Fuimos pasando de grupo en grupo. Él me presentaba y enseguida sus amigos me trataban como una más del grupo. No les interesaba saber nada de mi vida, no hacían preguntas personales y eso me gustaba. Después de la comida, cada grupo decidió hacer la sobremesa como quiso. Algunos jugaron al billar, otros a las cartas, otros bebieron chupitos y charlaron,

otros echaron la siesta. A mí me apeteció jugar a las cartas un rato, y fue entonces cuando Juan me dejó sola. Notaba su presencia de vez en cuando a mi alrededor, como comprobando que me encontrara a gusto, pero desaparecía enseguida sin hacer demasiado ruido.

Llegado un momento de la tarde, con la chimenea encendida, la película de la tarde de los sábados en televisión, bien oscuro en la calle ya, y el frío fuera empezando a arreciar; la casa entró en un estado de tranquilidad casi imposible con treinta personas en su interior. Me di cuenta de que no me había lavado los dientes y había dejado mi neceser en el coche. Lo había sacado durante el viaje para comprobar que no me había dejado el líquido de las lentillas y no lo había vuelto a guardar; pocas veces puedes meter en una maleta dos veces la misma cosa de la misma manera. Le pedí la llave a Juan, y decidió acompañarme. Habíamos dejado el coche fuera porque ya no entraban más en el garaje de la casa, teniendo en cuenta que los dueños guardaban ya dos suyos, más una moto de trial y otra de carretera. Salimos a la calle y anduvimos unos diez metros. Abrió la puerta y me agaché para coger del suelo del asiento del copiloto mi neceser, y entonces Juan me agarró del culo.

—No me imaginé que unos vaqueros y un jersey de lana de cuello alto te pudieran hacer parecer aún más sexy si cabe.

Me incorporé y recosté mi cuerpo de espaldas contra su pecho y mi nuca en su hombro mientras me seguía tocando el culo, y me empezó a besar por el cuello. Metió la otra mano por debajo del jersey para tocarme los pechos, y yo empecé a acariciarle con la mano derecha. Tenía una erección considerable y me estaba poniendo a mil. Abrió la puerta trasera del coche y muy sutilmente me empujó para que entrara. Me comió a besos, me mordió los labios, el cuello, me desnudó sin que apenas me diera cuenta y lo hicimos apasionadamente, sin importarnos que alguien pudiera salir de la casa en nuestra búsqueda y nos viera, sin importarnos siquiera si pasaba gente por la calle. En otras circunstancias, hubiera sido mucho más pudorosa, pero esa atracción sexual que parecíamos sentir mutuamente el uno por el otro era demasiado

fuerte como para frenarla.

Volvimos a la casa como si nada, y nadie se había dado cuenta de nuestra ausencia. Acabamos la velada con una cena bastante ligera alrededor de la chimenea, unas copas, juegos de mesa, chistes, juegos de cartas... y esta vez todos juntos. Se podría decir que pasamos un día perfecto. Bien entrada la madrugada, nos fuimos a nuestras habitaciones, y Juan y yo dormimos a pierna suelta en nuestra gran cama. Se me pasó por la cabeza la posibilidad de tener una noche de sexo, pero ambos estábamos muy cansados. Necesitábamos recuperar fuerzas para el paseo por la montaña que nos esperaba por la mañana.

Al despertarme, cuando justo el sol asomaba por el horizonte y se dejaban ver los primeros rayos de luz en el cielo, con una estampa que no podía ser más bucólica vislumbrándose a través de la ventana, me di cuenta de que Juan ya se había levantado de la cama. Percibí sonido de agua corriendo en el baño, por lo que supuse que se estaba duchando. Unos minutos más tarde, se abrió la puerta de este y de él salió una buena nube de humedad. Ya estaba aseado y vestido.

—Buenos días. ¿Has dormido bien? Voy bajando a desayunar, baja cuando estés lista. No nos vamos hasta las diez, a esta hora todavía hace mucho frío por la montaña.

Hubiera preferido un despertar algo diferente, unos besos, abrazos, o incluso una ducha juntos, pero tampoco podía pedirle más.

Bajé al salón, ayudé a preparar el desayuno y fuimos desayunando por turnos. La gente iba apareciendo de muy buen humor, y yo iba integrándome cada vez más, participando en sus conversaciones y sus bromas, pero pronto me cambió el humor. Mientras desayunaba con otras tres chicas en una gran mesa frente a un ventanal con vistas al precioso jardín con la sierra de fondo, la batalla de preguntas personales empezó.

—¿Tú trabajabas en una agencia de relaciones públicas no, Cristina?

—Me llamo Marta, y no, yo trabajo con Juan en la revista.

Después de sentirme ridiculizada por tres risas maléficas,

entendí que no se había tratado de un error.

—Perdona, me he confundido con la de la semana anterior, o la de la anterior.

Me habían dejado muy claro que no era especial en la vida de Juan, que simplemente era una más, que no me hiciera ilusiones con él, quizás a modo de advertencia o quizás siendo más crueles, a modo de burla, pero yo no me creía inferior a ellas para dejarme hundir de esa manera y que pudieran así regocijarse en mi pena, y actué movida en parte por la ira hacia ellas y otra parte por la ira hacia Juan en esos momentos.

—Ya, a mí me pasa lo mismo, me cuesta mucho recordar el nombre de mis ligues, por eso a veces les prefiero llamar a todos cari o vida, y me ahorro el bochorno de equivocarme de nombre, hay que ser más lista... ¿Lola te llamabas? Buff, perdona, es que si no recuerdo los nombres de mis ligues, imagínate los de las petardas de sus amigas.

Y en aquel mismo momento, me di la vuelta, dejando la taza de café y el plato con las tostadas a medias encima de la mesa y las dejé con la palabra en la boca.

Hice la ruta con ellos, a pesar de que no me apetecía hablar con nadie. Hacía muchísimo frío, aunque el sol lucía radiante en el cielo. Si alguno de mis amigos hubiera propuesto una ruta como aquella lo hubiera mandado bien lejos. Me dolían las rodillas de tanto desnivel y los pies de tantos kilómetros recorridos.

Acabamos la ruta hacia la hora de comer y por suerte no tuvimos que coincidir con las tres arpías, ya que ellas no se habían apuntado a la ruta. Hubiera preferido irme a mi casa que quedarme a comer, pero nos prepararon unas paletillas de cordero lechal al horno de piedra en un restaurante típico de la sierra, propiedad de unos amigos de los padres de los anfitriones del fin de semana, a las que no pude negarme. No creo que nadie se diera cuenta de lo que estaba pensando, ni siquiera Juan, al que no quise comentarle la jugada de sus amigas, y cada vez que se acercaba a mí para preguntarme cómo estaba, si necesitaba algo y me cogía por los hombros como si fuera él el anfitrión y yo la invitada de su boda le contestaba con la mejor de mis sonrisas y una simpatía que

emanaba de mis adentros. Quizás estaba haciendo un mundo de todo, quizás cualquier otra chica se hubiera sentido muy satisfecha con el trato recibido y muy feliz con el fin de semana que estaba viviendo y hubiera olvidado el comentario de sus amigas, después de todo, todos teníamos un pasado; pero no podía quitarme de la cabeza el hecho de que quizás era cierto que la semana anterior y la otra había estado en una situación semejante a la que estábamos viviendo en aquel momento con otra, y no era más que el hazme reír de sus amigos. Yo también había llevado a algún chico a mi casa, haciéndole creer que era importante en mi vida, y una semana más tarde me acompañaba otro, sabiendo Lucía que no sería más que otro más a la colección de amantes.

Pero por suerte o por desgracia, todo tiene un fin, y aquel fin de semana llegó también al suyo. De vuelta a casa quise hacerme la dormida en el coche y estaba tan cansada que finalmente me dormí de verdad. Desperté en Plaza Castilla. Me sentí un poco avergonzada por no haberle hecho compañía durante el viaje, pero a él no pareció importarle. Nos despedimos en el mismo lugar en el que me había recogido unas horas antes con un tímido beso en los labios y un «Hablamos».

—¿Te pasa algo? Desde esta mañana te he notado algo extraña, durante la caminata, en la comida... Has estado como ausente. ¿No te lo has pasado bien?

—No, no me pasa nada. Ha sido un buen fin de semana. Muchas gracias por todo.

Y justo antes de cerrar la puerta del coche me soltó:

—Cada vez que piense en el momento coche durante esta semana, me voy a tener que masturbar.

Reaccioné tan rápidamente que no di crédito de mi gran capacidad. Sonreí, le guiñé un ojo y le dije:

—¡Ya ves, estuvo genial! Hablamos. —Y cerré la puerta.

Mientras iba sentada en el vagón de metro con la bolsa en el suelo entre las piernas, me entró la risa y tuve que esconder la cara para que el resto de viajeros no me tomara por loca, pero para loco él. Era todo un personaje, y no sabía por qué, pero quería agradecerle y quería seguir viéndole.

Pesadilla. Una pesadilla me había despertado. El corazón me latía a mil por hora. Algo horrible sucedía que me dejó muy mal cuerpo. Por suerte, era solo un sueño. Miré el reloj. Eran las 7.10 h. Había dormido solo un par de horas. Joaquín debía dormir todavía, y yo también tenía que dormir algo más. mientras lo intentaba, seguí recordando momentos que me venían a la memoria.

Nada más llegar a la oficina el lunes siguiente a nuestro fin de semana, lo primero que hice fue abrir el correo electrónico para contestar ese mensaje que llevaba pendiente demasiado tiempo y en el que había estado pensando la noche anterior, quizás demasiado también, posiblemente por cómo había acabado este. No había recibido ningún otro, ni de Juan ni de Daniel. En el fondo esperaba algo nuevo. Empecé a redactar.

8.39h

Hola, Daniel,

Siento mucho no haberte podido contestar antes, pero he tenido una semana muy liada, no solo con el trabajo, en mi vida personal me han pasado algunas cosas que me han tenido bastante ocupada. De repente me he quedado sin compañera de piso y, por qué no decirlo, sin mejor amiga y confidente también. ¿Recuerdas a mi amiga Lucía? Seguíamos viviendo juntas en el mismo piso que empezamos a compartir el primer año de carrera, pero a ella le ha propuesto su pareja irse a vivir juntas, solas, como es lógico, aunque a mí me moleste, y me he quedado colgada. He estado buscando nuevos compañeros de piso, pero quizás sería mejor empezar a buscar un piso que pudiera pagar yo sola e ir olvidándome de volver a compartir piso.

Bueno, no me quiero enrollar. Simplemente decirte que he leído como mil veces tu mensaje. He buscado la manera de entenderlo, entenderte a ti, a fin de cuentas, y no estar enfadada contigo. Pero sí, lo estoy. Puedo decir que estuve enamorada de ti durante mucho tiempo, que te esperaba y te soñaba cada día y que tuve esperanzas de que pudiéramos estar juntos. Podrías haber sido sincero entonces y haberme contado tu situación. No te reprocho nada ahora, he reaparecido en tu vida, que ya está hecha, y aunque en un principio me hice ilusiones, sabía que

esto podía pasar. Ahora sí. Entonces no. ¿Seguir enamorada de ti? No creo que pueda decir que sigo enamorada de ti, pero admito que eres parte importante de mi vida, que tienes un lugar importante en mi corazón, y que cada vez que pienso en ti una mezcla entre ternura y escalofrío recorre mi cuerpo. Bueno, ahora más bien, una mezcla entre eso y rabia. Pero sí, aquel sábado sentí celos.

No entiendo muy bien a qué te refieres cuando dices que no cierras las puertas a nada si yo tampoco, ¿vas a dejar a tu novia si te digo que quiero estar contigo? ¿O más bien te refieres a que eres capaz de volver a pasar de ella un tiempo para tener otra aventura conmigo? ¿O más bien te refieres a que serías capaz de ponerle los cuernos? Aclárate, Daniel, no es bueno para ti, para tu novia ni para mí que estés tan confuso.

Besos.

Aquella semana trabajé muchísimo, estábamos cerrando la edición de febrero con muchos reportajes extras y habíamos tenido que contratar a algunos *freelance*, y con las fiestas de por medio todo se hacía una montaña. A pesar de ello, yo pensaba mucho en ambos porque no había recibido mensaje de ninguno de los dos.

El tema del piso me tenía preocupada, y por eso había empezado a buscarme otro, no albergaba esperanza alguna de encontrar compañero de piso a esas alturas, y aquel piso se me hacía demasiado caro para mi sola. Además, sentía la necesidad de dar yo también un cambio a mi vida, no iba a ser la única que me quedara inamovible en algo pasado.

Antes de tirar el bolígrafo sobre la mesa el viernes por la tarde y pasar lo que parecía que iba a ser mi primer fin de año sola en casa, a pesar de que lo celebrara en casa de mi padre, sonó mi teléfono. Estuve a punto de no cogerlo, pero vi que era una llamada interna.

—Suerte que todavía te encuentro Marta. —Era Juan—. Tengo una buena noticia para ti. Te dije que te iba a ayudar a solucionar tu problema con la vivienda, y ya lo he hecho. Es un regalo para acabar bien el año. El padre de un gran amigo acaba de reformar

un edificio de apartamentos entero en la calle Hermosilla, y está dispuesto a alquilarte uno a muy buen precio. No sé lo que pagas ahora por el tuyo ni dónde está, pero de verdad que el precio de este, con la ubicación que tiene, y además estrenándolo tú, es una ganga. Es pequeño, eso sí, pero es perfecto para una persona. Te mando un email en el que te adjunto las fotografías para que le eches un vistazo. Si te gusta, y estás dispuesta a pagar 400 euros por él, es tuyo. He quedado esta noche con mi amigo en mi casa para cenar y tomar las uvas juntos, ¿vendrás, verdad?

Me había quedado boquiabierta con toda aquella información de golpe.

—¿Esta noche? Pero esta noche es fin de año, tenía pensado pasarla con mi padre y mi hermano.

—Yo hace años que ya no la paso con la familia. A mis padres les gusta ir a fiestas ostentosas esa noche, y yo ya hace mucho que no pinto nada allí. Y mi amigo también pasa de esos convencionalismos. Para mí es una noche como otra cualquiera en la que si cenas acompañado, pues bien está, y si no, no pasa nada.

—Pues sí, claro que iré. Dime la dirección y la hora.

No podía rechazar una oportunidad como aquella.

Abrí el correo de nuevo y eché un vistazo a las fotografías del apartamento. No me podía gustar más lo que estaba viendo. En efecto, era ideal, era el piso perfecto, en la calle Hermosilla, recién reformado, suelos de parqué gris claro, puertas blancas, baño muy moderno con plato de ducha grande y una alcachofa, armario empotrado, cocina blanca lacada con todos los electrodomésticos, un pequeño balcón... Era mucho mejor que el viejo piso que compartía con Lucía, y solo tendría que pagar 100 euros más al mes de lo que pagaba compartiendo piso con ella.

Llamé a mi padre, le comenté lo ocurrido y me disculpé por no pasar con ellos esa noche que, en mi familia, sí que era especial, y aunque muy apenado, lo entendió perfectamente. Tampoco estaba claro que mi hermano fuera a pasar aquella noche con él, la chica con la que estaba saliendo quería que cenara con su familia, así que mi padre tenía un plan alternativo con unos amigos.

Me arreglé lo justo aquella noche, era una cena en su casa, la

primera vez que iba a ver su casa, pero íbamos a estar acompañados. Un pantalón negro, una blusa de raso negro también con lunares grandes blancos, y unos stiletos negros. Muy sobria pero elegante a la vez. Aunque él había insistido en ir a buscarme, preferí coger un taxi y plantarme en su casa cuando estuviera lista, sin prisas. Llegué algo más tarde de las 9 de la tarde, porque a pesar de la sencillez de mi atuendo lo mío me había costado decidir qué ponerme.

Vivía en un ático en la calle Princesa, en una finca de unos 40 años de antigüedad, con una apariencia bastante setentera: entrada forrada de madera y espejos, sillones aterciopelados en verde, lámparas burbuja con cristal glaseado, ascensor con la puerta roja y pequeño despacho de madera y cristal para el portero. El descansillo era alargado y estrecho, y en cada uno de sus extremos había una puerta robusta de madera con molduras y empuñadura dorada. Me dirigí a la puerta B y al entrar descubrí un interior que nada tenía que ver con lo que había visto fuera. Un enorme y amplio hall con suelo de mármol y muchos ojos de buey en el techo me daba la bienvenida. Desde él se podía acceder a la casa desde tres puertas diferentes. La primera, de frente, te llevaba al salón; un salón de unos 50 metros cuadrados, con un enorme sofá de piel blanca que lo dividía en dos partes. Delante de ese sofá, una mesa baja cuadrada en madera blanca decapada, y en la pared colgada, una televisión de pantalla plana de 50 pulgadas. Detrás del sofá, una mesa de 3 metros de larga de cristal con patas metalizadas, al igual que las de las seis sillas que había a su alrededor con respaldo de piel blanca. En una esquina, una barra de bar de piel blanca también, con dos taburetes altos. Nada más, ni un cuadro, ni una estantería, ni una foto ni un libro. Desde el salón, se accedía a una gran terraza en la que había una mesa de madera con cuatro sillas a un lado, y al otro, dos sofás de madera con cojines blancos y lo que parecía ser un jacuzzi tapado.

Desde la puerta derecha del hall, se accedía a una cocina más o menos igual de grande que el salón, de tipo industrial, con una isla en el centro, muebles y electrodomésticos a la izquierda, y una mesa redonda blanca con sillas transparentes a la izquierda. Ese

era el lugar elegido para la cena, ya que la mesa estaba dispuesta con un mantel, tres copas, una botella de vino, los cubiertos y unas servilletas.

La puerta izquierda del hall daba paso a un pasillo a través del cual se accedía a las habitaciones y los baños. La primera habitación resultó ser un despacho lleno de libros hasta arriba. Todos los libros de la casa habían ido a parar a aquella habitación, en la que también había un enorme escritorio con un viejo ordenador de sobremesa, muchísimas fotografías por todas partes, un bote lleno de bolígrafos y lápices y un bloc de notas. La silla reclinable y giratoria de piel negra, tenía el respaldo gastado y cuarteado, como si alguien hubiera pasado muchísimas horas allí sentado. En frente del despacho, había un cuarto de baño enorme de mármol rosa y blanco. A su lado, una habitación con dos camas con los cabeceros de madera de cerezo, a juego con un enorme armario de seis puertas, dos de ellas espejo y una mesita entre ambas. Las colchas a juego con las cortinas y el tapizado de una butaca que había en una esquina. Otra habitación enfrente con una cama de matrimonio con cabecero similar al de la otra habitación, armario aún más grande, de ocho puertas, cuatro de ellas espejo, un tocador con espejo a juego y butaca forrada del mismo tejido que las cortinas y la colcha; alfombras de pelo a ambos lados de la cama, donde se encontraban también las mesitas con lámparas a juego con la lámpara del techo. Un cuadro en la pared del cabecero y una fotografía de un niño haciendo la comunión en una de las mesitas. Ya al fondo del pasillo, otra habitación llena de cajas hasta arriba y una tabla de planchar, y una habitación muy grande, blanca, diáfana, con un armario de obra y puertas blancas, una cama enorme con un nórdico blanco y una butaca de piel blanca. Persianas eléctricas era todo lo que cubrían los enormes ventanales, y una puerta escondía un baño muy moderno, con plato de ducha de dos por dos, suelo de piedras de río, la pila del lavamanos era muy moderna, al igual que el mueble, y sobre el váter, unas estanterías de obra con ojos de buey.

—Te habrás dado cuenta de que solo he podido reformar la cocina, el salón, mi habitación y el baño. Poco a poco, las obras

cuestan mucho dinero. El piso es de mis padres, aquí vivieron sus primeros años juntos, y aquí viví yo hasta los 6 años. Ha estado cerrado desde que nos mudamos al piso de la calle Jorge Juan, pero desde que me separé me vine a vivir aquí, y poco a poco lo voy reformando.

—¿No viviste aquí con tu mujer? —le pregunté

—No. Con ella viví en otra casa.

No me dio más explicación, y a pesar de que me picaba la curiosidad, tampoco quise seguir indagando.

Su amigo se había quedado en la cocina bebiendo una copa de vino y vigilando la pasta mientras Juan me enseñaba la casa. Nos sentamos a la mesa a cenar esos deliciosos espaguetis con tomate y albahaca que entre los dos habían preparado, a beber ese exquisito vino que habían abierto y charlamos sobre el que sería mi nuevo piso. No podía estar más ilusionada, tenía muchísimas ganas de verlo. La semana siguiente ya estaría listo para que empezara a llevar mis cosas y ya podría firmar el contrato. Tenía que avisar a mi casera con un mes de antelación, y ese mes sería el que utilizaría para empaquetar y mudarme ya que no me ponían ningún problema para entrar con mis cosas antes de tiempo. A las 12 brindamos por un nuevo año que parecía llegar lleno de cambios, y bastante buenos. Estaba feliz, el vino y las copa que nos tomamos después me achisparon. Seguimos la velada en el salón, bebiendo copas, y sentada al lado de Juan, sentía su mano cual culebra rodeando mi cuerpo, apretándome los muslos, atrayéndome hacia él para besarme por el cuello, las orejas, las mejillas, la comisura de los labios... mientras yo intentaba seguir conversando con su amigo, muerta de vergüenza. Finalmente, Juan se levantó del sofá, y recogiendo las copas vacías de cada uno de nosotros, me pidió que le acompañara a la cocina a rellenarlas. Una vez allí, me acorraló contra la pared y empezó a besarme apasionadamente. Yo deseaba besarle también, tocarle y que me tocara, morder sus labios y sentir el calor de su lengua en mi boca, y sin darme cuenta estábamos haciendo el amor en su cocina. Estaba claro que a Juan le iba el riesgo, el poder ser descubierto le excitaba, mucho más que el sexo en sí mismo, y aunque ese no hubiera sido nunca mi estilo,

la verdad es que le estaba empezando a encontrar el gusto. Sabía cómo excitarme, qué decirme para ponerme a cien y llevarme a su terreno fácilmente.

Ahí vivía yo, en la calle Hermosilla 121 principal derecha. Ya lo recordaba, ahí vivía yo sola desde que Lucía se fue a vivir con su novia.

Eran ya las 11 de la mañana, había dormido lo suficiente como para descansar y estar fresca. Estaba recobrando la memoria poco a poco y paso a paso. Ahora solo necesitaba que Joaquín me acercara a casa o a la estación de metro más cercana para poder llegar por fin a casa.

Me quedé tumbada en la cama hasta que escuché ruido fuera, no me atrevía a levantarme y deambular por una casa que no era mía cuando el dueño, un desconocido para mí, seguía durmiendo en la cama de su hija; me parecía excederme en las confianzas. En solo 12 horas, me había despertado en la casa de dos desconocidos, pero al menos, esta vez, sabía dónde estaba, por qué estaba allí, y quién me había llevado; y ahora que por fin había recordado dónde vivía, la pesadilla se habría acabado y podría volver a casa.

Salí de la habitación después de haber hecho la cama, lavarme la cara y vestirme con la ropa de la noche anterior que, aunque sucia y poco convencional para el día, era la única que tenía. Joaquín me había preparado un café y unas magdalenas. Seguía teniendo el estómago cerrado, pero necesitaba comer algo si quería empezar a sentirme mejor del todo.

—No sabía a qué hora te ibas a levantar, por eso te estaba dejando el desayuno preparado. Tengo que entrar a trabajar a las 12, no puedo retrasarme más, así que si quieres te llevo ya, más tarde no voy a poder, lo siento.

¿Lo siento? ¿Qué tenía que sentir? Era un ángel caído del cielo. Me había recogido en un estado lamentable por la noche, en un bar, me había llevado a mi casa y al no poder entrar, me había ofrecido la suya para poder dormir. Además, me preparaba el desayuno y me volvía a llevar a mi casa, aun llegando tarde al trabajo. Todavía no me podía creer que me hubiera topado con él esa noche y lo afortunada que había sido. Lucía siempre decía que las cosas pasan por algo, y que sea bueno o malo lo que te esté aconteciendo, tiene algún sentido para tu futuro. En este caso, a pesar de la mala noche pasada y de la angustia que todavía sentía por no poder recordar mi pasado más reciente, estaba claro que conocer a Joaquín había sido una jugada muy buena del destino.

Después de desayunar en 5 minutos, nos volvimos a montar en el coche, pero esta vez le indiqué mi dirección. Calle Hermosilla 125.

—¿Es la dirección de tu trabajo?

—No, no lo es. Es la de mi casa. Anoche me llevaste a casa de mi padre. Aunque no tengo llaves, tengo portero, y él me podrá abrir.

Sí, aquella finca tenía portero. Andrés me abría y me cerraba la puerta siempre. Era un hombre amabilísimo, educado y muy discreto.

Aquella noche en casa de Juan, a las 2 de la mañana, su amigo decidió que era hora de irse para casa. A mí nadie me había invitado a quedarme, por eso se me ocurrió secundar la idea, pensando que Juan me pediría que me quedara, pero no fue así. ¿Qué le pasaba a aquel chico? ¿Qué era lo que buscaba de mí? Se ofreció a llamarme a un taxi, pero su amigo fue mucho más caballero y se ofreció él a llevarme a casa. Juan se quedó tumbado en el sofá, ligeramente borracho, y yo salí de su casa pensando que no quería volver a verlo más.

Llegué a casa sana y salva, y quedé con su amigo para el viernes próximo. Firmaría el contrato, me daría las llaves del piso, y durante esas tres semanas restantes de mes podría ir llevando mis cosas sin coste alguno. Tendría que dar de alta los servicios y empezar a decorar mi nuevo hogar, empezaba mi nueva vida con aquel 2005 recién estrenado.

Esperaba una llamada o un mensaje de Juan para cerciorarse de que había llegado bien a casa, pero no la tuve el viernes, ni tampoco el sábado, ni siquiera el domingo. Cero interés por mi persona durante todo el fin de semana. Y es que, aunque al salir de su casa fuera pensando que no quería volver a verlo más, algo en mi interior me pedía seguir quedando con él, y quería con todas mis fuerzas que él acabase sintiendo algo por mí, cosa que no parecía llegar. No estaba segura de si me utilizaba como objeto sexual, como acompañante en sus múltiples eventos para no estar solo, o si en su interior sentía algo más fuerte por mí pero no quería aceptar después de su reciente divorcio.

Transcurrido el fin de semana, el lunes volví a la oficina. Abrí el ordenador como una exhalación nada más llegar. Ni un mensaje de Juan, pero tampoco había obtenido respuesta de Daniel. La semana empezaba dura. Mucho trabajo me tuvo absorbida toda la mañana

y parte de la tarde, y a eso de las 4, noté una mano en mi hombro.

—¿Un café? —me ofreció una voz masculina, y al girarme, me topé con aquella sonrisa con la que había soñado tantas veces. No me podía negar a un café con él, aunque tuviéramos muchas cosas que aclarar y no fuera ni el momento ni el lugar, simplemente su compañía me bastaba. Lo acompañé a la máquina del café, se sacó uno, me sacó otro y nos quedamos allí dando tímidos sorbos a un café que ardía.

Hablamos del trabajo muy por encima, unos 3 minutos, sin darle más importancia, y me preguntó por mi situación con la vivienda. Le hablé de mi nuevo piso, le dije que el amigo de un amigo, sin especificarle quién era este, obviamente, me había conseguido un nuevo piso en la calle Hermosilla, un apartamento totalmente reformado en el que podría vivir yo sola, y se alegró mucho por mí. Le dije que ese fin de semana iba a empezar a hacer la mudanza, y se ofreció a ayudarme. Le tomé la palabra, pero sin darle importancia y sin creer que eso fuera a suceder. Entonces, miró a ambos lados para cerciorarse de que no teníamos a nadie alrededor, se acercó lo máximo que pudo a mí sin que pudiera ser sospechoso, y me susurró: «Tenemos una conversación pendiente, no creas que me he olvidado o que no he querido contestarte, simplemente creo que deberíamos hablarlo en persona, no por mail, así que si este fin de semana quieres, yo te ayudo con la mudanza, te invito a cenar y hablamos».

¡Claro! No me podía parecer mejor plan, aunque me daba mucha vergüenza pensar en hablar con él de nuestros sentimientos sabiendo que tenía novia. Nos veríamos el sábado.

Estuve deseando toda la semana que me escribiera Juan para proponerme alguno de sus maravillosos planes para el fin de semana y poder decirle que no, que tenía otros planes. Quería dejarle plantado, quería demostrarle que si no se interesaba en mí, yo no iba a estar esperándole, pero recibí una llamada que me dejó con las ganas. El viernes por la mañana, me entró una llamada de un número de la oficina. A esas alturas, ya me había aprendido cuál era el suyo, y mi lado vengativo se encendió como quien enciende una bombilla.

—Hola, Marta, ¿qué tal? Ya me he enterado de que vas hoy a firmar el contrato y te dan las llaves de tu nuevo piso. ¿Lo tienes todo listo ya?

—Ah, hola Juan. Pues sí, hoy me las dan. Lo tengo todo recogido, había pensado empezar a llevar cosas este fin de semana.

—Me alegro mucho por ti. Me gustaría poder ayudarte, pero este fin de semana tengo que ir a Barcelona. Tengo el lunes la presentación de un libro, y como mis padres tienen casa allí también, con la excusa aprovecho y voy un par de días antes para quedar con unos amigos que hace tiempo que no veo. La próxima vez te podrías venir tú también si quieres ¿vale?

Se me había adelantado. Él tenía ya planes, y era él el que me estaba dejando tirada a mí por ellos.

—Sí, estaría bien, Barcelona me gusta mucho. —Y encima acababa aceptando algo que me proponía. No tenía remedio.

No podía estar más furiosa conmigo misma, no entendía cómo estaba haciendo las cosas ni qué cosas estaba haciendo realmente, pero tenía que centrarme en lo que era importante ese fin de semana, que era mi piso.

Finalmente quedé el sábado por la mañana en lugar del viernes por la tarde con el amigo de Juan en la misma puerta de la que se iba a convertir en mi nueva casa. Un edificio no muy moderno, con una puerta rehabilitada y que en su interior contaba con una mesa de portería a la derecha, unos buzones plateados nuevos a la izquierda, un tiro de escaleras de dos peldaños y una puerta de ascensor de aluminio con una botonadura iluminada en azul muy moderna. Mi piso estaba en la primera planta, en la que había otros tres. Dos eran exteriores y dos interiores. El mío era interior, pero daba a un patio de manzana muy tranquilo, soleado, con árboles y muy amplio. En las plantas sucesivas tan solo había dos pisos por rellano, y la altura del edificio era de cuatro plantas. El interior del piso todavía olía a pintura y yeso. La puerta de entrada daba paso a un pequeño pasillo en el que se encontraban dos puertas a la izquierda; la primera, el baño. Pequeñito, una pila con un espejo, seguida del váter sobre el que había dos estanterías y al fondo la bañera. La siguiente puerta era la cocina, con muebles y

electrodomésticos nuevos a ambos lados y una ventana justo frente a la puerta que dividía la estancia en dos partes. Al fondo del pasillo, a través de un arco, se accedía al pequeño salón que tenía una estrecha puerta de aluminio blanco en la esquina izquierda a través de la que se accedía a un mini balcón al que daban tanto la ventana de la cocina como la de la habitación. A un metro de distancia de esta puerta, otra puerta blanca con cristales que era la de la habitación, una habitación muy pequeña en la que calculaba que me cabría la cama y un armario muy pequeño. Desde luego el piso era pequeño, un pequeño apartamento, como bien había dicho Juan, quizás en las fotos parecía algo mayor, pero lo que estaba claro era que ese piso me lo podía permitir y que podía vivir sola en una buena zona.

Firmamos el contrato sobre la encimera de la cocina, y una vez se hubo marchado, me tumbé en el frío suelo para disfrutar de MI espacio, MI libertad y MI soledad.

No sé cuánto tiempo estuve tumbada en el suelo, pensando en cómo iba a encajar todas mis pertenencias en ese espacio tan pequeño, cuando recibí una llamada. Daniel quería saber a qué hora íbamos a quedar. Pensaba pedirle la furgoneta a un amigo para poder llevar en un par de viajes todas las cajas y bolsas de un piso al otro. Muebles tenía pocos: la cama, una estantería y una televisión; pero ya había hablado con mi padre para que me hiciera un préstamo y poder así ir a IKEA a comprar mesa y sillas, un armario, un sofá y una mesa para la televisión.

Quedamos a las 4 en la puerta de mi antigua casa, y allí se presentó a esa hora como un clavo, con una vieja furgoneta enorme que le costó más de 20 minutos poder aparcar. Subimos a casa y empezamos a cargar cajas. Primero las del menaje de cocina, después los libros, seguimos con la ropa, y finalmente las cajas llenas de objetos variados, cosas del baño, decoración, fotos... Descargamos y volvimos a por la cama, que tuvimos que desmontar, la televisión y la estantería. Al llegar a mi nueva casa, mientras él montaba la cama de nuevo y la estantería, yo empecé a colocar el menaje de la cocina y las cosas del baño, que de momento era lo único que podía hacer. Nos dieron las 9 de la noche y

estábamos reventados. Me pidió permiso para ducharse y así poder cambiarse de ropa. A mí no me apetecía demasiado salir a cenar después de la paliza que nos habíamos pegado, pero por eso mismo tampoco podía cambiar el plan. Cuando salió de la ducha, entré yo. Era mi nuevo hogar, mi espacio de libertad, y ya había estrenado otra persona la ducha antes que yo. En fin. Salí de la ducha y me lo encontré tumbado boca arriba con la toalla aún puesta sobre la cama. Él también estaba reventado, y fue él quien me propuso dejar la cena para otro día, pedir una pizza y comérmola sentados en las cajas de libros que todavía no se habían abierto. Era el mejor plan que me podían proponer en aquel momento. Una botella de vino comprada en el Carrefour exprés y unas pizzas pedidas a Domino's fue nuestra cena aquella noche, y la degustamos sentados en el suelo sobre una alfombra de baño y utilizando las cajas como mesa. Al menos pudimos ver la televisión.

—Marta, aunque no hayamos salido a cenar, sabes que tenemos que hablar.

Pensé que el temido momento no llegaría nunca, pero estaba claro que ambos lo habíamos tenido presente durante toda la tarde.

—No sé si sientes algo por mí, nunca pensé que pudieras sentir nada por mí, pensé que era simplemente un divertimento para ti.

—No sé qué fue lo que hizo que pensaras así de mí, pero yo sentí algo por ti desde el primer momento, aunque sabía que había algo raro en ti.

—¿Y ahora? ¿Sientes algo por mí ahora?

—Sí sentía. ¿Sirve de algo que te diga sí o no si tienes novia?

—Quiero que me contestes sí o no.

—Es muy egoísta por tu parte que quieras que te hable de mis sentimientos cuando tú tienes novia. Quieres que me abra a ti, ¿para qué?, ¿para sufrir como aquella vez? Pues no quiero contestar.

—Pues te voy a besar.

—¡Ni se te ocurra! No quiero que me bese nadie que tenga novia.

—Entonces también la tenía, y te besé como nunca antes había besado a nadie.

La parte racional de mi cerebro me pedía a gritos que me alejara

de él si se le ocurría abalanzarse sobre mí para besarme, pero la parte emocional de mi cerebro me pedía a gritos que fuera yo la que me abalanzase sobre él y lo besara. Ninguna de las dos partes ganó, porque él se acercó suavemente y me besó en la comisura de los labios. Una vez, dos veces, y la tercera, como no me retiré, me besó en los labios. Un beso seco y superficial, pero largo y con sentimiento. Sentado como un indio frente a mí, me cogió la cara con ambas manos, me miró fijamente a los ojos, y supongo que al no encontrar desaprobación, me volvió a besar, esta vez de forma tierna, dulce, húmeda, tranquila y duradera. Nos besamos durante minutos, hasta que se levantó, me extendió la mano, me levantó del suelo y me llevó a la cama.

Hicimos el amor de la misma forma en que me había besado, suavemente, dulcemente, sin prisas, con amor, con ternura... Nada tenía que ver ese sexo al que vivía con Juan. ¿Sería porque a Daniel lo quería? ¿Sería por qué Juan solo buscaba eso?

Pensé que se iría a su casa, y le pregunté a qué hora debía marcharse.

—A la hora que me echas, si no, me gustaría dormir aquí contigo.

Está claro que los chicos son más sencillos que las chicas. La semana anterior yo no me sentí invitada en la casa de Juan y no se me pasó por la cabeza decirle una frase como esa, me marché enfadada conmigo misma y con el mundo, pero Daniel, a pesar de no haber sido invitado a quedarse a dormir, se autoinvitaba a ver qué pasaba.

—Pero, ¿y tu novia?

—¿Tú me invitas a quedarme o no?

Claro que se podía quedar. Total, mi primer día de libertad se había convertido en mi primer día con Daniel. ¿El primero de muchos? Eso no lo podía saber.

Llegamos a mi portería, y de nuevo Joaquín no quiso marcharse sin que viera que podía entrar en casa. A esas alturas, ya me había pedido mi teléfono para seguir en contacto y poder volver a quedar algún día, y obviamente yo se lo había dado. Nunca en la vida me había topado con alguien tan bueno conmigo. Me asomé por el

cristal de la puerta, pero no vi a Andrés. Esperé durante un rato, pero no estaba. Joaquín me pitó desde el coche y me acerqué. Le conté que no veía al portero y me obligó a volver a subir.

—No te preocupes, me espero aquí hasta que llegue, y si no, te llamo, te lo prometo.

—No, tengo otra idea. Te vienes conmigo a mi oficina. Te quedas en el bar de al lado tomando algo hasta que salga, que serán las 14.30, y entonces comemos juntos y volvemos a venir.

—No me puedo arriesgar a eso Joaquín, Andrés no trabaja el fin de semana, y si no lo encuentro hoy, ¿qué hago?

—Vendremos pronto, y yo me quedo aquí contigo hasta que llegue, y si no viene, pues te llevo otra vez a casa de tu padre, y si no está tampoco, pues te quedas conmigo hasta que te devuelva sana y salva a algún lugar.

—¡Sí, claro, y te pasas todo el fin de semana cuidando de mí en lugar de cuidar de tu hija!

—No tengo por qué. Puedo cuidar de las dos. Lo que no puedo hacer ahora es llegar más tarde al trabajo, así que te dejo echar el último vistazo, y si no está, te subes al coche.

No me apetecía quedarme sola, ni me apetecía ir en metro a casa de mi padre sin saber si me lo iba a encontrar en casa o no, y su invitación me parecía muy interesante. Volví a mirar a través del cristal, y nada. Me subí al coche de nuevo y nos dirigimos a su oficina. Allí aparcó el coche, me dio un billete de 10 euros que prometí devolverle en cuanto recuperara mis tarjetas, y le esperé en un bar cercano, bebiendo una Coca-Cola y leyendo una revista del corazón, pasando el rato sin querer darle demasiadas vueltas a la cabeza. Pero entonces más recuerdos volvieron a mí, sin forzarlos, simplemente leyendo uno de los reportajes de la revista. La famosa en cuestión aparecía mostrando su nueva casa, y hablaba de las fiestas que solía dar en ella, de la que se mostraba alguna que otra foto llena de gente guapa y famosa; una casa preciosa y muy bien decorada, como la de aquella fiesta en la que estuve con Juan en la Gran Vía y a otra a la que después asistí con él.

Después de aquel sábado en casa con Daniel, después de lo bien que

me sentía a su lado, quise creerme que las cosas iban a ser siempre así, que su vida iba a cambiar y me monté mi película en la cabeza. Ambos buscaríamos un nuevo trabajo, se vendría a vivir conmigo, empezariamos una relación seria porque estábamos enamorados el uno del otro. Quizás esa película me la había montado demasiado deprisa, pero desde que recibí aquel email, cuya lectura podía ser esa, y su llamada, su conversación, sus gestos... todo me podía dar a entender aquello. Pero todavía no, todavía tenía a alguien esperándolo en casa, todavía tenía que dar explicaciones si pasaba la noche fuera, y yo seguía siendo la otra, como ya en otro momento fui. La diferencia era que anteriormente no lo sabía, y en aquel momento estaba consintiendo que se le hiciera daño a alguien gratuitamente. Me sentí mal, me sentí fatal aquel domingo, se me cerró el estómago y no tenía ni hambre. Se fue de casa pronto, sin darme ninguna explicación, pero explicándomelo todo con la mirada, y me quedé allí sola, en mi nuevo piso, en un piso en el que sus cuatro paredes ya albergaban un recuerdo negativo para mí. El recuerdo de aquel sentimiento me puso la piel de gallina. Era una mezcla de culpabilidad y de un amor muy fuerte, más fuerte de lo que pudiera ser capaz de explicar y de lo que pudiera llegar a recordar en aquel momento.

A pesar de todo aquello, me gustaba mi nuevo piso. No estaba acostumbrada a estar sola, a no compartir con alguien tanto los objetos como los pensamientos y sentimientos; pero tenía que entender que empezaba una nueva etapa en mi vida.

Pensé que aquella semana recibiría una llamada de Daniel, un mensaje, que me lo encontraría en cada una de las esquinas de la oficina, que me vendría a sorprender con otro café, que en cualquier momento sonaría el timbre de casa y sería él... pero no hizo nada. Necesitaba verlo de nuevo para creer en sus palabras, pero no sabía cómo, mi vida se había vuelto del revés. Cuando esperaba la llamada de Juan, recibía la de Daniel, y cuando esperaba la de Daniel, recibía la de Juan. Así era difícil centrarse.

Juan me llamó el viernes por la mañana, como solía hacer, y lo hizo algo molesto.

—¡Vaya, estás viva!

—¿Perdona?

—Parece que si yo no te llamo tú no te pones en contacto conmigo.

Y tenía razón. Me pasaba la vida esperando llamadas o mensajes cuando yo podía haber actuado sin problemas, pero esperaba algo de ambos, esperaba que me demostraran que estaban interesados por mí, cosa que, hasta ese momento, solo me habían hecho sentir en ciertos momentos y después esa sensación se había esfumado.

—Sí, tienes razón. Es que ando liada con el piso todavía.

—Lo sé, y por eso te perdono y te llamo para invitarte a salir y a olvidarte un poco de la mudanza, que sé que es un coñazo. Tengo una fiesta este fin de semana en casa de mi prima, y la verdad es que ella no me cae demasiado bien, pero su novio es buena gente y los invitados te gustarán.

La idea sonaba bien, como cualquiera de los planes que me proponía él. Quedamos en mi casa a las 9 de la noche, aprovecharía para enseñarle el piso, y saldríamos a las 9.30 para casa de su prima. La fiesta era una cena de cóctel con música en directo y posteriores copas con DJ. Parecía una fiesta selecta, así que pasé toda la mañana rebuscando entre mi ropa para elegir algo especial. Ningún vestido me parecía lo demasiado elegante, lo demasiado bonito, lo demasiado sexy pero recatado a la vez. A las 6 entré en la ducha, quería empezar a arreglarme cuanto antes, quería alisarme el pelo, depilarme, pintarme las uñas, maquillarme tranquilamente; pero estando en la ducha sonó el timbre. ¿Podía ser Daniel? Era el único que conocía mi casa, y si era él me iba a estropear los planes. Mientras me calzaba las zapatillas, me ataba el albornoz y me liaba la toalla en la cabeza, volvió a sonar el timbre de manera más insistente. Salí corriendo del baño y descolgué el telefonillo. Voz masculina que no podía identificar, ya que justo en ese momento pasaba una moto por la calle y no pude oír con claridad. Esperé tras la puerta mirando por la mirilla, y enseguida vi aparecer a Juan. Era él, había llegado casi tres horas antes. Abrí la puerta sorprendida.

—Me apetecía estar contigo, ver cómo te arreglas, estrenar cada uno de los rincones de tu casa... —me dijo con sonrisa pícara.

Le enseñé el piso, lo poco que tenía que enseñar porque seguía sin sofá, sin mesa y sin sillas; y antes de poder empezar a arreglarme, sus dedos huesudos y retorcidos ya estaban recorriendo todo mi cuerpo. Me gustaban sus manos que sabían perfectamente dónde y cómo tocar. Me gustaba su manera de hablar, me gustaba estar con él.

Se quedó tumbado en la cama leyendo un libro que sacó de una caja todavía sin desembalar mientras yo me arreglaba, menos y más rápido de lo que tenía pensado inicialmente. Mientras me secaba el pelo, me invadió el temor de que pudiera volver a sonar el timbre y que esta vez fuera Daniel, así que todavía corrí algo más, subí la música y cerré la puerta de mi habitación, por si las moscas. No me dio tiempo a probarme mucha ropa, así que acabé eligiendo un vestido negro, que siempre son una buena elección; uno de tirantes, ceñido, con un lazo en la cintura. Saqué de nuevo los Manolo Blahnik de mi madre que llevaba la noche que lo conocí, unos pantys con liga y una chaqueta de pelo negro. No era auténtica, ni mucho menos, pero mi convicción por la defensa de los animales tampoco me hubiera permitido llevar una de esas por encima de mis hombros. A las 9 en punto, como habíamos quedado, ya estaba lista. Lo desperté, se había quedado dormido en mi cama con el libro abierto sobre la tripa. Estaba guapísimo. Abrió los ojos lentamente, sin sobresalto, como quien se siente seguro y confortable donde está.

—Estás guapísima —me dijo— Vas a ser la más guapa de la fiesta, sin duda alguna, como siempre.

Me puse colonia y salimos a la calle. Era una tarde fría del mes de enero. Anduvimos unos metros hasta que llegamos al lugar dónde había aparcado su coche.

—Este no es el coche que llevabas el otro día —le dije mientras abría las puertas de un Porsche Cayenne.

No es que yo entendiera demasiado de coches, pero estaba convencida de que las anteriores veces habíamos ido en un coche más deportivo y utilitario; no tenía ni la menor duda porqué había estado un buen rato viéndolo desde dentro cuando estuvimos en la Sierra.

—Sí, este es de mi padre. Como vamos a casa de mi tío y estos dos tienen siempre un pique muy grande a ver quién tiene más, mi padre me ha pedido que me llevase este coche. Cosas de ricos idiotas. A mí me da absolutamente igual, pero he de reconocer que este coche se conduce de maravilla.

No estaba acabando de entender mucho la historia de la fiesta. Sabía que íbamos a casa de su prima, pero no de su tío. ¿Quería decir eso que iba a estar su familia? ¿Sus tíos? ¿Sus padres quizás? No quise preguntar, no quería ni que pensara que estaba asustada por conocer a su familia en el caso de que sí que fueran a estar, o que pensara que estaba deseando conocer a su familia como si fuéramos una pareja seria en el caso de que no, y así me llevé la sorpresa que me llevé.

Nos dirigimos hacia la Moraleja, una urbanización donde tradicionalmente ha vivido siempre la gente con mucho dinero de Madrid: actores, cantantes, escritores, futbolistas... Pasamos la barrera del control de seguridad y nos empezamos a adentrar por unas calles que subían, bajaban, iban a la derecha, rotonda y a la izquierda, hasta que llegamos a una calle muy larga en la que las casas que había a ambos lados parecían tener vallas que no tenían fin. Eran mansiones. Nos detuvimos delante de una en la que había muchos coches aparcados fuera, y llamó al telefonillo. Había una cámara que se encendió y alguien nos abrió la gigantesca puerta que daba paso al jardín iluminado, con césped y muchos árboles a ambos lados. Paramos el coche donde pudimos porque también dentro había muchos coches. Nos bajamos y anduvimos por el sendero de pavimento hasta la puerta de la casa, donde se veía a través de las ventanas que había mucha gente ya disfrutando de la fiesta. Nos abrió la puerta lo que parecía ser un criado, y nos dirigimos al interior. En un momento reconocí a un par de famosos, y me crucé con otro par de caras que me resultaban familiares pero no sabía de qué. Fuimos avanzando poco a poco, cada dos pasos Juan encontraba a algún conocido que saludaba efusivamente. Nos cruzamos con más personas que me resultaban familiares, todas ellas saludaban a Juan, pero no me resultaba extraño, allí todo el mundo le saludaba, incluso los famosos, y no era de extrañar por

que su padre era una persona famosa, no solo del mundo literario, sino del artístico en general. Antes de conocer a su madre, su padre había sido pareja de una famosa actriz francesa, y además hubo un tiempo en el que fue un asiduo de tertulias en la radio y en la televisión.

De pronto, ya con copa de cava en la mano, me pareció ver a Macarena, mi compañera de trabajo, en una mesa buffet situada cerca del cuarteto de música en directo. Se iban cruzando muchas personas por delante, pero estaba convencida de que aquella chica de pelo moreno largo con vestido mostaza era ella, y cuando fui a avanzar sola entre la multitud para comprobarlo, apareció ella.

—Mira, ahí está mi prima, Marta, la tonta que da esta fiesta porque dice que se casa.

Y miré hacia un punto sin demasiado interés, y la vi. Era Marina. Su prima era Marina, y su futuro marido, ese novio buena gente que decía Juan, era Daniel.

—A lo mejor la has visto por la oficina, trabaja allí, es jefa de no sé qué. La verdad, la puso su padre porque es el director de la revista, pero ella es muuuy tonta. El novio también trabaja allí. Sí, claro, lo tiene que haber visto porque en la cena estaba sentado delante de ti y, de hecho, tú estuviste hablando mucho rato con él.

¿Aquello era una broma? ¿Me había tendido algún tipo de trampa porque sabía algo y nos quería pillar? No podía quedarme allí, tenía que salir corriendo de aquel lugar antes de que él me viera, antes de que nadie de la oficina me viera y así hice. Le dije que me disculpara, que tenía que ir al baño corriendo antes de que a ella le diera tiempo a vernos. Fui esquivando miradas, fui esquivando a todo el mundo y llegué al baño por intuición. Una vez allí, decidí que debía irme sin decir nada. Llamé a un taxi desde el móvil, cómo no sabía decirle la dirección exacta, le dije que me esperara en la garita de seguridad de la urbanización. Más o menos me había quedado con las calles por las que habíamos pasado, y tardaría unos 10 minutos en llegar andando. Salí entre la multitud, sin que nadie notara mi huida, y en el jardín los vi, él la cogía por la cintura mientras hablaban muy animadamente con una pareja que salía de un coche. No había nadie más allí, hacía frío y, a pesar

de la luz, estaba oscuro, así que no se percataron de mi salida.

Anduve hasta la garita de seguridad por aquellas calles solitarias, tal y como lo hice aquella noche de diciembre en la que me encontré a Joaquín, encogida sobre mí misma, con tacones, y con ganas de vomitar. Llegué al taxi y le di la dirección de mi nueva casa. Juan me llamó mil veces, pero no fui capaz de descolgar el teléfono. Simplemente le escribí un mensaje una vez ya estuve en casa.

«Perdona, Juan, pero de repente he visto a mucha gente de la oficina, algunas que conozco muy bien, y creo que todavía no estoy preparada para hablar de lo nuestro abiertamente con gente que ambos conocemos porque todavía no sé si hay algo nuestro. He cogido un taxi y ya estoy en casa».

Pensé que no volvería a recibir un mensaje o llamada suya, y lo hubiera entendido perfectamente, pero por el contrario recibí un mensaje que tuve que borrar instantáneamente. Las verdades dicen que ofenden.

«No sabía que había invitado a la fiesta a una niña. ¿Crees que te hubiera retenido si me hubieras dicho que te querías ir? Yo tampoco sabía que habrían invitado a tanta gente de la oficina. Simplemente, me has dejado como un idiota delante de todo el mundo, porque me ha ofendido mucho tu mala educación».

Obviamente, fueron pasando las semanas, y no tuve más noticias de Juan, pero lo que me extrañó, fue que tampoco las tuviera de Daniel. Después de aquella tarde y noche de sábado en la que, en teoría, me había prometido algo más que aquello, tampoco obtuve noticias suyas.

Estuve centrada en el trabajo; más bien centrada en mi mesa y en mi ordenador, en no levantarme demasiado para no toparme con nadie por casualidad; en mi familia, a la que invité a cenar para que vieran mi nuevo piso, mi padre y mi hermano con su nueva novia, en volver a reencontrarme con mis amigos de la Universidad, visitándolos en sus nuevas casas o invitándoles a la mía a cenar; en leer, en cocinar..., nada de quedar con mis nuevos compañeros de la oficina, algunos de ellos habían estado en aquella fiesta y no quería por nada del mundo, que nadie me hablara ni de

refilón de aquella fiesta.

Pensar en aquel mes me estaba provocando mucho malestar, sentía un llanto en el pecho que quería brotar de mí en cualquier momento, y no acababa de entender por qué. Intenté hacer memoria, pero no venía nada más a mi cabeza... Todo seguía borrado a partir de aquel momento.

Por suerte, Joaquín ya entraba por la puerta. Por fin comeríamos algo y distraería mi mente. Se sentó frente a mí con una sonrisa dibujada en su cara, mostrándome una bonita hilera de blancos dientes, a pesar de fumar, y me preguntó qué tal me encontraba, si se me había hecho demasiado larga la espera, si me había aburrido, qué había tomado. Giró medio cuerpo, y se dirigió al camarero con mucha familiaridad para pedirle las cartas de los menús, y se volvió a girar para contarme qué tal le había ido a él en la oficina.

—Hoy tenía poco trabajo, por eso he podido venir más tarde. He llamado a mi casa para ver qué tal estaba mi hija y cómo había pasado la noche mi padre y, por suerte, todos bien. Le he dicho a mi madre que no sé a qué hora iré a recoger a la niña hoy. Tenía pensado llevármela este fin de semana a la casa que un compañero mío tiene en un pueblecito de Toledo. A él le gusta mucho cazar y tiene una casa allí en el campo, y a veces me la deja para que pueda pasar el fin de semana con la peque y desconectar de la ciudad y de los problemas en general; pero hasta que no solucionemos tu problema, no pienso dejarte sola.

—Odio a la gente que caza por diversión —le dije.

—Yo también —me contestó, me sonrió y agachó la mirada para leer el menú.

No me podía creer que hubiera encontrado a alguien que se preocupara tanto por mi situación, y me sentía muy halagada, pero, a la vez, no saber si estaba haciendo bien o mal, si tenía a Juan o a Daniel esperándome en casa, en alguna casa, quizás no en la mía, no en la de los dos, me hacía sentir algo culpable. La amabilidad de Joaquín, su dulzura y su atractivo estaban empezando a hacer que sintiera algo más por él, y mientras no recordase el resto de mi historia hasta aquella noche, no podía dejarme llevar.

Comimos, a pesar de que yo tenía un nudo en el estómago. Por una parte tenía ganas de irme ya, de llegar a casa, de que el portero me abriera la puerta y descubrir que todo en mi vida seguía igual, que a pesar de esa laguna de tiempo que me quedaba por recordar, mi vida seguía igual que en aquel momento; pero por otro, me daba pánico el volver a casa y descubrir algo diferente que no recordaba.

Emprendimos la marcha sobre las 15.30 y Joaquín debió notar que estaba nerviosa.

—Tú tranquila. Si no encontramos al portero, te vuelvo a llevar a casa de tu padre, te dejo mi móvil para que le llames por teléfono, nos esperamos hasta que alguien llegue, y si no, pues te vienes con la peque y conmigo a Toledo a pasar el fin de semana. En algún momento volverás a tu vida normal, no te preocupes.

Pero sí que estaba preocupada.

—¡Noo! —grité—.Vamos, no es que sea una idea horrible, si no que no voy a permitir que sigas perdiendo el tiempo conmigo. En el peor de los casos de que no encontrara a nadie para poder entrar en casa, de verdad, Joaquín, me buscaría la vida.

—Debo ser una compañía horrible para que hayas gritado así —me dijo medio con sorna medio en serio.

—No es eso, ni mucho menos. Eres la mejor compañía que me podía haber encontrado. Y no solo eso, porque podrías pensar que eso era fácil a esas horas de la mañana un jueves; pero creo que eres una persona muy generosa, simpática, amable y que estás haciendo más por mí de lo que recuerdo que haya hecho nadie conociéndome de lo que tú me conoces. Eres una persona excepcional y me has caído genial.

—¿Y ya?

—¿Y ya qué? Creo que con todo eso que te he dicho dejo claro que no eres una compañía horrible, sino más bien todo lo contrario.

Entonces se me acercó demasiado y lo vi venir, pero no pude pararlo, o no quise, y me besó. Tardé unos segundos en reaccionar, y entonces me separé.

—Lo siento, Joaquín, no puedo. No me refería a esto. Eres súper atractivo también, pero no puedo.

—¿Tienes novio? —me preguntó, y yo no supe contestarle.

—Tengo una vida muy complicada ahora mismo, y no puedo tener más líos.

—¿Eso quiere decir que tienes novio, que tienes varios novios, o que pasas de novios por otros temas?, porque si te digo la verdad, me has encantado. Por muy amable que sea, por muy buena persona que sea, no hago ni haría esto por cualquiera. Desde que te vi anoche, desde el momento en que pensé: «Esta chica es especial», no me he equivocado. Eres especial, y por eso me gustas.

—Entendería que me dijeras que te he gustado y que te apetece echar un polvo conmigo, pero no entiendo que me digas que te he parecido especial en otro sentido. No me conoces de nada, bueno sí, de ser la loca a la que llevas acompañando y ayudando 12 horas; pero nada más. No sabes nada de mi vida, y si te digo la verdad, ni yo siquiera sé algo de mi vida ahora mismo.

—Está bien. Veo que no quieres decirme si tienes novio o no, pero me queda claro que estamos pensando diferente en este aspecto, así que, para no incomodarte, no volveré a besarte ni a comentarte nada de lo que siento.

No le pude contestar nada más. Fijé la mirada en la carretera, y simplemente asentí levemente con la cabeza.

Llegamos al portal, y casi me tiré del coche en marcha cuando vi a Andrés limpiando los cristales. Salí gritando su nombre como una loca, y él se volvió asustado.

—¡Marta! —gritó—. ¿Dónde has estado por Dios?

Eso significaba que me había extrañado. ¿Él y quién más?

Andrés me abrazó muy fuerte mientras me preguntaba sin cesar dónde me había metido y me decía lo preocupado que estaba mi padre. Me separé de él de un golpe y le pregunté: —¿Dónde está mi padre? Estuve en su casa anoche y no había nadie.

—¡Ay, niña! —me dijo con su acento andaluz—. Tu padre y tu hermano te andan buscando como locos desde ayer por la tarde que desapareciste sin decir nada.

No entendía nada de nada. Entonces apareció Joaquín por mi espalda, preocupado, preguntando si pasaba algo. Andrés lo miró receloso, y me preguntó quién era. Sin querer entrar en detalles, le dije que era un amigo que me había traído a casa. La cara de Joaquín también era un poema. No entendía porque el portero me abrazaba con tanta emoción.

—¿Por qué no has llamado a tu padre para decirle dónde estabas?

—No tenía teléfono Andrés, ni llaves, ni dinero...

—Pero ¿dónde te metiste mi niña? Anda, sube a tu casa y ya voy llamando yo a tu padre para decirle que ya estás en casa y que puede venir a buscarte. —dijo y se acercó a su despacho, cogió las llaves de mi casa, alargó su brazo y me las extendió. Esa era la copia de llaves que le había dado hace tiempo, recordaba aquel llavero.

Hacía ya un mes y medio que no había vuelto a saber nada de Juan ni de Daniel. Había intentado borrarlos de mi cabeza entreteniéndome con mil cosas diferentes. Pero algo había cambiado en mí. No sabía si eran los nervios, el estrés, o qué era, pero no me había venido la última regla. Estaba asustada, estaba histérica, y no sabía muy bien con quién compartir aquellos sentimientos, así que llamé a la persona con quién los había compartido en los últimos años, Lucía. Le comenté por teléfono que tenía ganas de verla, que todavía no había visto mi piso y que tenía muchas cosas que contarle. Quedamos ese sábado a las 10 y se

presentó puntual a la cita, me abrazó muy fuerte y dijo cuánto me había echado de menos. Permanecimos así durante unos minutos, y después entramos en casa. Le enseñé el piso y le ofrecí un café. Nos lo tomamos en el sofá, tapadas con una manta, como habíamos hecho tantísimas otras veces.

Le conté mi historia con Daniel y con Juan, todo lo que había sucedido desde la cena de Navidad, le leí los mensajes, le hablé de la barbacoa y de la noche de fin de año, le hablé de la mudanza con Daniel y cómo había conseguido el piso en el que vivía, y le conté que no me venía la regla.

—¿¿Cómo?! ¿Desde cuándo?

—Hace un mes más o menos, no lo sé muy bien.

—¿Cómo que no lo sabes? ¿No llevas la cuenta? ¿Y si estás embarazada? ¿De quién va a ser?

—Me estás poniendo un poco nerviosa, Lucía. No tengo ni idea de qué hacer.

—Por lo pronto, nos vamos a ir tu y yo a unos baños árabes que hay en el centro, a relajarnos un poco y que nos den un masaje, yo invito, y allí ya lo hablamos con tranquilidad.

Pero allí no pudimos hablar nada, nos hicieron estar en silencio todo el rato.

—Si yo tuviera que trabajar en un sitio como este me moría, ¡todo el día en silencio!

Ella tenía el don de hacerme reír.

La primera cosa que decidimos fue hacerme un test de embarazo. En el caso de que diera positivo tendría que hablar con ambos sobre el tema y, según ella, el que se lo tomara mejor, ese se debería hacer cargo. A mí no me quedaba tan clara la idea y decidí darle otra vuelta.

Cogí frío en los baños árabes, y estuve una semana metida en la cama, con un resfriado apoteósico. Tuve que llamar a mi padre para que se hiciera cargo de mí porque yo era incapaz de levantarme de la cama siquiera. Esos días tuve más tiempo para pensar en el asunto. Si salía positivo, no podía seguir adelante con el embarazo. Solo tenía 24 años y no estaba dispuesta a ser madre tan joven, así que, ¿qué más daba quién fuera el padre? Ninguno de

los dos se querría hacer cargo de un hijo. Daniel estaba a punto de casarse con su boleto de lotería particular, y Juan, con su vida tan extremadamente divertida y llena de fiestas y compromisos, a sus 30 años, tampoco querría comprometerse con una chica a la que nunca le había mostrado otro interés más allá del sexual.

Cuando me recuperé, mi padre me sugirió que, viviendo sola, necesitaba hacer una copia de las llaves para que si me pasaba algo, alguien más pudiera entrar al piso o tuviera las llaves en caso de una emergencia, así que hicimos dos copias, una para él y otra para el portero, por si acaso algún día salía de casa despistada y me las dejaba dentro. A esa copia de llaves le puse un llavero de Peñíscola que guardaba en una caja de madera.

Mi idea era la de subir sola a casa y empezar a organizar mis pensamientos, pero Joaquín me seguía, haciendo preguntas que no podía responder.

—¿Has estado dos días de fiesta, drogándote y bebiendo sin parar y no te acuerdas de nada?

Su imaginación le estaba haciendo desvariar, pero no podía darle otra explicación porque no la tenía, ni tampoco se la debía. Me giré en seco mientras recorríamos el pasillo de mi descansillo, me giré y le dije:

—Joaquín, no te necesito más a mi lado. Gracias. Puedes irte.

Abrí la puerta de casa y se la cerré en las narices. Una vez dentro, empecé a pasar revista a todo lo que en él había. El baño, tal y como lo recordaba, pero no estaba mi cepillo de dientes, ni mis colonias, ni mis peines, ni cremas ni champús ni jabón. En la cocina, nada en la nevera. En el salón, un sofá, una mesa y unas sillas que no recordaba haber comprado, un par de marcos vacíos en la mesa de la televisión, y en mi habitación, un armario vacío, con cuatro prendas colgadas y cuatro más en los cajones. ¿Dónde estaban mis cosas si hacía solo un día que me había ido? ¿Qué había pasado con esos dos años de mi vida que no alcanzaba a recordar?

Cogí el teléfono, pero no tenía línea. Busqué por la casa mi móvil, pero no lo encontré. Me tumbé en el sofá y empecé a llorar. Quería recordar, quería recordarlo todo y no podía. Ahogada en mi llanto,

caí rendida y me dormí.

Desperté al rato, como si hubiera dormido durante una eternidad, pero tan solo habían pasado 20 minutos. Me lavé la cara, abrí de nuevo el armario y saqué una camiseta de propaganda talla XL. Me quité la ropa que llevaba, que casi se había tatuado a mi cuerpo, y me quedé solo con la camiseta, a pesar de que el piso estaba bastante frío. En la camiseta ponía «Mudanzas Pinto», y entonces recordé cómo esta había llegado a mi vida.

Me compré un test de embarazo un lunes por la tarde, pero esperé hasta el martes por la mañana para hacérmelo. Lucía se vino a mi casa, y me hizo compañía mientras esperaba, aunque no tuve que esperar demasiado, en seguida se vio el símbolo positivo. Estaba embarazada. No sabía si reírme por lo idiota e inconsciente que había sido, o llorar por ese mismo motivo.

Debía buscar una solución. Esa misma semana acudí al ginecólogo para confirmar lo que ya sabía y para enterarme de que estaba de unas 6 o 7 semanas, como me había imaginado. Hablé con sinceridad con el médico y le dije que no estaba segura de si quería seguir adelante con el embarazo. Tenía todavía cinco semanas legalmente para pensármelo, pero no quería tomarme tanto tiempo, no quería que se me empezara a notar o empezar a notar yo misma algunos síntomas, aquello me hubiera hecho sentir demasiado culpable.

Necesitaba dinero para la intervención, pero ya tenía pensado decirle a mi padre que iba a estudiar un curso especializado en Recursos Humanos para que me lo diera él, y yo con el tiempo, para no sentirme todavía peor por lo que iba a hacer, devolvérselo; no quería que fuera cómplice de algo que él no me hubiera permitido hacer jamás.

Pero mis planes no se pudieron torcer más. Entré en la oficina un viernes por la mañana algunos minutos más tarde de lo normal. Empezaba a notar los síntomas del embarazo por las mañanas: mucho más cansancio y mal cuerpo. Pulsé el botón del ascensor y esperé a que llegara. Estaba sola. Cuando las puertas se abrieron y empecé a entrar, alguien entraba corriendo por la puerta de

recepción y al darme la vuelta, ya dentro del ascensor, me encontré con él frente a frente. A Juan no le hizo ninguna gracia encontrarme allí, pero no me hizo el feo y subió conmigo.

—Buenos días.

—Buenos días —le contesté.

—Hoy llegamos un poco tarde los dos.

—Juan, estoy embarazada.

Nunca habría planeado algo así, jamás se me hubiera ocurrido darle una noticia de ese calibre a alguien, pero en ese momento, o le soltaba mi pena y mi preocupación máxima, o rompía a llorar.

Las puertas se abrieron ante nosotros, y nos mantuvimos inmóviles. Cuando se volvieron a cerrar, me miró y me preguntó:

—¿Mío?

—Claro —le contesté sin miramientos.

Miró la botonera, volvió a presionar la B, y cuando llegamos a recepción, me cogió por el brazo, me sacó del edificio casi en volandas, y una vez fuera, en la calle, me plantó frente a él, me miró muy seriamente durante unos largos segundos, y me abrazó muy fuerte, sin decirme nada. Mientras esta escena ocurría, mi cabeza no hacía más que preguntarse por qué lo había elegido a él, por qué no podía ser de Daniel y qué pensaba entonces hacer. Todo lo que había estado pensando durante ese tiempo no había servido para nada, me había cargado mis planes en un segundo.

Llamó a la oficina y le dijo a mi jefa que no me esperara, que tenía unos asuntos que tratar conmigo. Llamó a su equipo y les dijo que no lo esperaran, que tenía asuntos que resolver fuera de la oficina, que si había algo urgente que lo llamaran, y me metió en su coche y nos fuimos a su casa.

Le enseñé la ecografía que llevaba doblada y guardada en mi billetero, el informe del médico que llevaba en un sobre dentro del bolso. Él me escuchaba, miraba los papeles en silencio, y yo me esperaba un «Dios mío, ¿cómo ha podido pasar esto?», o un «¿Por qué a mí?», en cualquier momento, pero solo había silencio. Un silencio incómodo. De repente se levantó y empezó a dar vueltas por el salón. Ahí estaba, en breve tendría que escuchar una lamentación, una entonación del mea culpa incómoda, pero yo me

lo había buscado.

—Lo siento mucho, Marta. Yo no tenía ni idea, si lo hubiera sabido no hubiera estado sin dar señales de vida tanto tiempo. Durante estas semanas, no he hecho otra cosa que pensar en ti. Me he arrepentido mil veces de aquel mensaje, pero mi orgullo asqueroso me hace ser así de repelente. No me perdonaré nunca que hayas pasado estas semanas sola. Nunca.

—Yo tampoco te he llamado para decírtelo. También es culpa mía.

—¿Cómo ibas a llamarme después de lo que te dije en aquel mensaje? Normal, te entiendo. Estarías asustada y sin saber qué hacer. ¡Seré idiota! Lo siento mucho, de verdad.

No podía dar crédito de lo que estaba viviendo. Nada más lejos de lo que me había imaginado tantas y tantas veces esas semanas.

—¿Sabrás perdonarme por esto?

—Sí. Claro. Pero... no acabo de entender cómo te sientes.

—Pues ¿cómo me voy a sentir, Marta? Fatal. Has pasado sola por esto, has ido tú sola por primera vez al médico, no me has tenido a tu lado y lo que es más, seguramente no sabías si me ibas a tener más a tu lado. —Entonces me abrazó muy fuerte y casi con lágrimas en los ojos añadió—: Quiero estar a tu lado en esto, quiero que ese bebé conozca a su padre.

No sabía si estaba entendiendo bien, pero me estaba pareciendo que le hacía ilusión ser padre y que quería serlo conmigo.

—Entonces, ¿te hace ilusión ser padre? ¿Y lo quieres ser conmigo?

—¡Pues claro, Marta! Hace mucho que quiero ser padre. Ya lo intenté con mi ex mujer hace tiempo, y me llevé muchas decepciones cuando mes tras mes le venía a regla, cuando íbamos al médico y le hacían tratamientos horribles que no servían para nada. Y creo que tú eres una chica muy especial. A penas nos conocemos, pero desde el momento que te vi por primera vez, desde aquella primera noche, supe que tú y yo tendríamos una conexión especial, y no me equivoqué.

La felicidad que aquellas palabras me hicieron sentir, lo a gusto que me encontraba entre sus brazos mientras las pronunciaba,

todo, se difuminó en el momento en el que pasó el recuerdo de Daniel por mi cabeza. Estaba mintiendo. Le había hecho creer a Juan que el hijo era suyo cien por cien seguro, pero no era así. Existía un cincuenta por ciento de posibilidades de que fuera de otro, para ser más exactos, del que se iba a convertir en el marido de su prima, de ese chico buena gente que él conocía. Y ese día, aquella camiseta llegó a mí. Me quedé a dormir en su cama, acurrucada entre sus brazos, tan solo con esa camiseta de propaganda como abrigo.

Se oyeron voces nerviosas detrás de la puerta, el juego de las llaves con la cerradura, y la puerta se abrió dejando paso a mi padre y mi hermano que entraron como una exhalación en mi casa. Me lancé a los brazos de mi padre, llorando, mientras le preguntaba:

—¿Dónde está mi bebé, papá? ¿Dónde? —Y lloraba—. ¿Dónde está Juan?

Habían dejado la puerta abierta tras de sí al entrar en casa, y mientras abrazaba a mi padre, pude ver la figura de Joaquín de pie, petrificado al otro lado de esta, dónde lo había dejado, con la típica cara de alguien que no entiende nada de lo que está pasando, pero con un plus añadido, el de un padre que debería estar recogiendo a su hija para pasar con ella el fin de semana, pero que, sin saber por qué, prefiere esperar en la puerta de una extraña para averiguar qué le pasa. Mi hermano, al darse cuenta, se acercó y la cerró suavemente.

Me dolían los ojos, me dolían los pómulos, me dolía la cabeza e incluso la nariz. No podía dejar de llorar y de repetir una y otra vez la misma pregunta: ¿dónde están mi bebé y Juan?

Ninguno de los dos respondía a mi pregunta, y yo era incapaz de calmarme, que era lo que me pedían sin cesar. Cuando los ojos ya se me hubieron secado del todo, cuando se agotaron mis lágrimas y mi cuerpo, me dejé caer en el sofá, como muerta, y mi padre se sentó muy despacio a mi lado. Mi hermano cogió una silla y la colocó frente a nosotros para sentarse en ella con el respaldo entre las piernas.

—Dinos, ¿qué recuerdas y qué no exactamente, cariño?

—El problema es que no sé qué es lo que debería recordar, papá.

—Me estás preguntando por Juan, ¿a él lo recuerda entonces?

—Sí, y te he preguntado también por mi bebé, porque ¿hubo un bebé, papá? Recuerdo mi embarazo, recuerdo a Juan a mi lado.

—¿Y qué más, hija?

—Pues a partir de ahí no recuerdo nada más. Llevo desde anoche recordando mi vida como por fascículos, poco a poco, y no entiendo nada.

—Lo sabemos, hija, lo sabemos, y es normal que te sientas aturdida; pero no te preocupes que acabarás recordándolo todo, créeme cuando te digo que lo recordarás.

—¿Me ha pasado más veces? Me estoy asustando mucho.

—Tranquila, de verdad, no pasa nada. Tu hermano y yo estamos a tu lado para todo.

—¿Y Juan? ¿Y mi bebé? ¿Ellos no están a mi lado? ¿Sabéis algo de Daniel? ¿De Lucía? ¿De mi trabajo? ¿Qué ha pasado con todo eso?

—Tranquila, Marta, tu amiga Lucía sigue a tu lado, ella también se preocupa por ti como siempre lo ha hecho. Te voy a preparar un té.

Estaba cada vez más aturdida. En esas condiciones me era imposible concentrarme para seguir recordando.

—Por cierto, hija, fuera, en el descansillo, hay un chico esperando. El portero nos ha dicho que habías llegado con un chico. ¿Es ese? ¿Qué hace fuera? ¿De qué lo conoces?

—A ese chico lo conocí anoche. Ha sido muy amable conmigo y ha cuidado de mí estas horas, me ha dejado dormir en su casa y me ha traído hasta aquí.

—¿Le has dicho tú que espere fuera?

—No, papá. Le dije que se fuera, pero, por lo visto, se ha quedado preocupado y ha preferido esperar fuera hasta que llegaseis, supongo.

—Pues quizás deberíamos comprobar si sigue fuera o se ha ido ya, y si sigue ahí, invitarlo a tomar un té no estaría de más, ¿no, hija?

—Sí, papá, no he sido muy amable con él después de todo.

Se dirigió a la puerta, abrió, y allí seguía Joaquín, sentado en el último peldaño de la escalera. Se levantó de un salto y se quedó mirando a mi padre con ojos de cordero degollado.

—Entra, muchacho. ¿Te apetece un té?

—Se lo agradezco —le contestó mientras entraba por la puerta.

Su mirada de perplejidad se clavó en mí, y la notaba acechante, pero fui incapaz de mirarlo. Yo estaba haciendo un esfuerzo sobrehumano para seguir recordando, pero saber que había en la sala tres personas esperando que ese momento llegara me lo ponía todo algo más difícil.

Mi padre intentó romper el hielo y se puso a hablar con Joaquín. Una conversación de lo más banal: edad, trabajo, familia..., por

suerte no se le ocurrió contarle toda la triste historia que me había contado la noche anterior, y se limitó a decir que tenía una hija y estaba divorciado. Siguieron hablando del tiempo, de fútbol, y con ese tema se entretuvieron los tres un buen rato. No había nada en la casa que me hiciera recordar, parecía como si alguien hubiera eliminado todos los objetos de la casa; no solo las fotografías que faltaban en aquellos marcos.

—¿Dónde están estas fotos? ¿Qué fotos eran? ¿Por qué se han quitado?

—La casa la encontramos así, hija, no te podemos contestar, lo sentimos.

—Pero ¿cómo podéis estar ahí sentados tan tranquilos mientras yo sufro intentando recordar un pasado que, no sé por qué se ha olvidado?

—Tranquila, Marta, de verdad que acabarás recordándolo todo.

En esos momentos estaban saltando todas las alarmas de mi cuerpo. La rabia y la ira se unían a la vergüenza ante Joaquín por no haberle sido sincera y que se estuviera enterando de toda la historia de esa manera, a la impotencia de ser incapaz de recordar y al dolor por no saber qué sucedía y por qué. Y mientras mi mente se sumergía en esos pensamientos, al bajar la vista, mis ojos se toparon con un sofá que llevaban viendo mucho rato, pero que hasta aquel momento no me había sugerido nada, y como un flash, recordé el día que lo compré.

Después de aquella noche con Juan en su casa, me quedó claro que no le importaba para nada ser padre, de hecho, le apetecía mucho, a pesar de que nos conociéramos desde hacía tan solo un par de meses y que nuestra relación no fuera del todo eso, una relación formal. Él quería que a partir de aquel momento lo fuera, quería que todo el mundo conociera nuestra relación, hacerla pública en el trabajo y a nuestras familias y empezar una nueva vida; pero, a pesar de que la idea me parecía estupenda, no estaba del todo convencida de ello; quizás por la simple razón de que sentía que lo estaba engañando, que esa ilusión que él ahora mismo sentía quizás no debiera sentirla porque podía ser que aquel niño no fuera suyo. Pero por otro lado pensaba que el que seguro que no quería ni

oír hablar de mi embarazo era Daniel, que me había engañado como una tonta la última vez que nos habíamos visto y estaba a punto de casarse con su fantástica novia, para formar parte de una familia estupenda, con un trabajo estupendo, una casa estupenda y una vida de revista que, si lo pensaba bien, en el fondo también sería en parte mi familia. Todo era demasiado complicado.

Juan quería verme cada día, desayunar conmigo cada día que le fuera posible, cenar conmigo, acompañarme al médico, hablar de nombres, de habitaciones de bebé, de conocer a nuestras familias y de vivir juntos. Yo acababa de empezar a ser libre, de alquilar mi piso de soltera, de tener mi independencia, y ya, a mis 24 años, tenía que empezar a pensar en formar una familia. Se me pasaba mil y una veces por la cabeza seguir con mi plan inicial, me arrepentía muchas veces de habérselo dicho, y pensaba si lo había hecho para probarlo, para atarlo a mí o separarlo para siempre de mi vida. No sabía cómo contárselo a mi padre, a sus ojos yo no tenía pareja y de repente iba a aparecer con pareja y futuro nieto. Estaba hecha un lío. Muchas noches me iba a mi casa en lugar de quedarme con Juan en la suya porque la culpabilidad no me dejaba dormir a su lado. Era triste estar sintiendo todo aquello cuando debería haberme sentido feliz y afortunada.

El sábado que Juan había decidido que me iba a presentar a sus padres, que habían llegado a Madrid después de un viaje promocional de la última novela de su padre por Sudamérica, yo decidí que era el día perfecto para ir a Ikea a comprar el sofá, la mesa y las sillas que tendrían que llenar el salón del piso dónde había decidido que, al menos durante el embarazo, seguiría viviendo. Me fui temprano por la mañana y di vueltas para arriba, vueltas para abajo; llené una de esas bolsas azules con marcos de fotos, plantas, velas, una jabonera, una ensaladera de madera, incluso algunos objetos de oficina para llevármelos al trabajo. No me sobraba el dinero, ni mucho menos, pero Ikea te atrae como un imán con sus precios, y cuando te quieres dar cuenta, te has dejado medio sueldo. Me tocó esperar un buen rato hasta que me sacaron el sofá del almacén, y una vez lo tuve todo, salí de la tienda y busqué un transportista de los que esperan en la puerta para que

me lo llevara todo a casa. Sin darme cuenta se me habían echado las 2 del mediodía encima y yo había quedado con Juan a las 3 en su casa para comer, iba fatal de tiempo. Saqué el móvil del bolso para hacerle una llamada y avisarle, y de pronto vi 15 llamadas perdidas en la pantalla. Con el ruido de la tienda, el almacén y la calle no había escuchado la melodía de las llamadas. Le devolví la llamada alarmada, pensando que habría sucedido algo importante, pero al otro lado del teléfono me encontré con una voz entre furiosa y excesivamente preocupada que me gritó nada más descolgar.

—¡¿Pero dónde te metes?! ¡ME TENÍAS PREOCUPADÍSIMO!

—Pero ¿cómo que dónde me meto, Juan? Yo no me meto en ningún sitio del que te deba informar a ti con antelación. Yo hago mis cosas y no vivo pegada al teléfono como lo haces tú, así que, simplemente, no he oído el teléfono.

—Perdóname. Entiende que me preocupe por ti en tu estado.

—Mi estado es normal, mi estado es estupendamente normal, y yo soy lo suficientemente inteligente y madura como para saber qué hacer si me ocurre algo.

—Te repito, perdóname, estaba nervioso, lo siento. Te paso a buscar cuando quieras.

—Pues mira, estoy saliendo ahora de Ikea, tengo que llegar a casa, ducharme, vestirme y arreglarme, esperar a que lleguen los transportistas que he contratado para traerme los muebles... NO creo que llegue a tiempo. Quizás sería mejor que comierais vosotros y yo si eso voy al café.

—Te voy a decir una cosa, no acudir a una cita con mis padres con la agenda tan apretada que tienen los días que vienen a Madrid es una falta de respeto hacia ellos.

—No quiero que pienses que lo he hecho adrede, o que me acabo de inventar esta excusa. Precisamente he cogido el teléfono para llamarte y avisarte de que se me había hecho tarde.

—Pues no te preocupes que te esperamos hasta las 4 si hace falta para que comas con nosotros, tranquila. Tú solo avísame cuando estés lista y te mando un taxi para tardar menos.

—No te preocupes, ya llamo yo a un taxi, que a eso llego.

Colgué el teléfono con la sensación de estar a punto de hacer algo

que me venía impuesto, que no me apetecía de verdad hacer, a pesar de que conocer a la figura del gran escritor me apeteciera, no tenía ganas de conocerlo como abuelo de un nieto del que no estaba segura que lo fuera, pero lo peor del día todavía estaba por llegar. Nueva llamada entrante con un número desconocido. Descolgué, era Daniel.

—Marta, ¿te pillo en mal momento?

—¿Daniel?

—Sí, soy yo. Podemos hablar.

—Pues la verdad es que no me pillas en buen momento, y no tengo tiempo, pero tampoco ganas de hablar contigo.

—Es que es importante Marta, son solo 5 minutos.

—Y yo te digo que no puedo, que estoy fuera de casa, que todavía tengo que llegar y cambiarme y tengo una comida a la que llego tarde.

—Entonces, ¿estás yendo para tu casa?

—Sí. Pero de verdad que no te puedo atender ahora, Daniel. Ni ahora ni nunca.

Y me armé de valor y colgué. Quizás, más que armarme de valor, fue una liberación el hecho de poder demostrarle que ya no estaba dispuesta a que fuera él el último que moviera ficha. Pero estaba claro que él no lo veía así, y cuando llegué a casa, Andrés me esperaba en la puerta.

—Buenos días, Marta. Hay un joven dentro del portal esperándote. Dice que ha hablado contigo y que sabía que venías. Como sabrás, yo los sábados no trabajo, pero he venido a buscar unos papeles que me olvidé ayer. No he querido marcharme hasta cerciorarme de que era cierto lo que decía.

—Muchas gracias, Andrés.

No estaba segura de quién de los dos podía ser, pero una corazonada me decía que iba a ser él, y él fue.

—Te he dicho que no te podía atender, tengo muchísima prisa y a los transportistas del Ikea a punto de llegar para traerme los muebles. Me tengo que duchar y vestir antes de que los empiecen a subir. No me puedo entretener, y menos escuchando tus idioteces.

—Pues escúchame mientras te duchas, Marta, por favor.

—¿Mientras me ducho? Pero ¿qué te has creído? ¡No! Mira, Daniel, no puedes venir después de dos meses sin dar señales de vida y pensar que voy a cambiar mis planes o mi ritmo de vida por ti, lo siento mucho. Si tienes algo importante que contarme, me llamas por teléfono en otro momento y me lo cuentas, o quedamos otro día —dije y cerré la puerta tras de mí.

Me quedé unos segundos apoyada de espaldas en ella, y después me giré para mirar por la mirilla. Lo vi cómo se alejaba y bajaba las escaleras. Sonó el timbre y me sobresalté. ¿Otra vez él? No, eran los transportistas. Habían llegado antes de lo que me esperaba. Mientras montaban los muebles, fui eligiendo la ropa que me iba a poner, y en poco más de 10 minutos, estaba todo montado. Salieron de casa y entré en la ducha para rápidamente salir, vestirme y arreglarme. Eran las 15.10 y estaba ya lista. Me senté en el sofá para contemplar cómo estaba quedando mi casa. Pasé la mano por el sofá y me quedé mirando el tejido de espiga embelesada. No me había dado cuenta hasta ese momento de que tenía dos tonalidades de gris diferente. Mientras movía mi mano mecánicamente sobre éste, mi cabeza pensaba en el episodio vivido con Daniel hacía tan solo unos minutos, y pensaba que tenía que salir ya para casa de Juan; pero no era capaz de levantarme. De repente, de nuevo sonó el timbre. Desperté de ese ensueño en el que me había sumido, y me levanté de un salto para contestar el telefonillo.

—Soy yo, Marta. Al final he venido a buscarte. Cuando estés lista, baja, te espero.

Era Juan. Daniel se había marchado hacía tan solo unos minutos. ¿Y si se había quedado abajo esperando? ¿Y si había visto llegar a Juan? Tampoco importaba, yo estuve en su fiesta de compromiso. Cogí mi chaqueta y mi bolso, y cerré la puerta. Al llegar al portal, una mirada de Andrés pareció juzgarme, o eso me hizo creer mi culpabilidad.

—Buenas tardes, Marta.

—Buenas tardes. ¿Sigues aquí?

—Sí, estoy esperando a mi hija que quedó en recogerme.

Montada en el coche a su lado, no podía articular palabra. Estaba

enfadada conmigo misma por no ser sincera, por estar haciendo algo de lo que no estaba segura, y también lo estaba por no haber escuchado a Daniel, por haber sido una orgullosa y no haber escuchado qué tenía que contarme después de ese tiempo. Quizás le hubiera pasado algo y por eso no me había llamado... ¡Pero qué tonta era! Lo que le había pasado era que se había prometido, que se iba a casar a pesar de que me había dicho que no estaba enamorado de ella, que sentía algo especial por mí. Juan se pasó todo el camino diciéndome lo guapa que estaba, lo bien que me sentaba el embarazo, las ganas locas que tenía de comerme entera, de hacerme el amor locamente mientras me tocaba la rodilla, me acariciaba la nuca, me tocaba los pechos.

—Me estoy poniendo enfermo —me dijo mientras se apretaba el miembro con fuerza. Yo estaba enfadada con el mundo y no me apetecía abrir la boca, simplemente quería apretar los dientes, apretar los labios y llorar de rabia.

La comida con sus padres me resultó bastante agradable y me alegré mucho de haber ido. Eran dos personas encantadoras. Su padre, bastante mayor que su madre, con pelo cano pero muy abundante, elegantemente vestido de sport, con camisa, pantalones y calzado cómodo; y su madre, una bella mujer muy sofisticada y delicada, perfectamente vestida y conjuntada con ropa carísima pero nada ostentosa, con pocas joyas pero de gran valor, y muy sutilmente maquillada, lo justo para disimular alguna que otra arruga ya en su rostro.

La comida se alargó algo más de lo que esperaba, pero todo fue muy correcto. Por suerte, Juan decidió que ese día simplemente íbamos a hacer presentaciones, que la sorpresa del embarazo la daríamos en otro momento.

Cuando se hubieron marchado, Juan me propuso que me quedara a dormir, pero mi cabeza seguía en otras cosas y prefería irme a mi casa y pensar tranquilamente en lo que tuviera que pensar. Aun así, sus ganas de hacerme el amor siguieron vivas, y por qué no decirlo, sabía muy bien cómo despertar ese deseo en mí también. Me quedé disfrutando con él como solo él sabía hacerme disfrutar, de una forma alocada y adolescente. Cada vez que hacíamos el

amor, despertaba en mí unos sentimientos que eran incluso irracionales, las hormonas del amor enloquecían y me sentía enamorada, completamente enamorada. Sentía terror al pensar en perderlo después de aquellos momentos juntos. Pero no eran sentimientos reales, al menos no racionalmente reales, si no, no hubiera seguido pensando en Daniel. Por eso de vuelta a casa, en un taxi, le escribí un mensaje de texto: «Hola, Daniel. Si quieres que escuche lo que tienes que contarme, podemos quedar mañana para tomar un café. Quedamos en la parada de metro de Bilbao a las 17.30».

Pensé que me contestaría rápidamente, pero me metí en la cama a las 2 de la mañana y todavía no había obtenido respuesta; me desperté pronto el domingo, con nauseas matutinas, y seguía sin haber respuesta, ni la hubo en todo el día. Ni un sí, ni un no. Había perdido mi oportunidad, pero tenía que ser fuerte y hacerle entender la próxima vez, si es que había, que él también la había perdido conmigo.

Pasé ese domingo con Lucía, que vino a visitarme por sorpresa, preocupada por saber de mi estado, de mis decisiones y de mis amores. Comimos juntas comida rápida estrenando la mesa y las sillas, vimos una peli tapadas con la manta como hacíamos cuando vivíamos juntas, estrenando así mi nuevo sofá, y hablamos de mis decisiones.

—No entiendo por qué se lo dijiste a Juan. ¿Y si no es suyo?

—Yo tampoco entiendo por qué lo hice. Lo he pensado mucho, y quizás fuera porque pensé que su situación económica es mejor que la de Daniel y en un momento dado me podría ayudar con la factura del aborto; o quizás porque Daniel tiene novia y está a punto de casarse y entiendo que no lo iba a dejar todo por mí y nuestro hijo, pero que con Juan tenía más posibilidades de formar una familia.

—¿Tú quieres formar una familia?

—¡No! O sí. No sé. Ahora mismo estoy hecha un lío. Yo estoy feliz al lado de Juan. Lo tiene todo, me cuida un montón, me divierto con él, tenemos un sexo increíble, y encima, quiere ser padre conmigo. No podría pedir nada más.

—Sí que podrías pedir algo más, Marta, siempre se puede pedir algo más, y en este caso creo que te lo deberías pedir a ti misma. Ser lo suficientemente valiente como para luchar por lo que amas y darte cuenta de que Juan, a pesar de que estés a gusto con él, no es la persona con la que quieres pasar el resto de tu vida; y mira, me da a mí en la nariz, que ni siquiera es él el padre de tu hijo. Sí, había recordado todo ese episodio mirando al sofá y me había quedado en blanco de nuevo de repente. Joaquín estaba en la cocina hablando con mi hermano, y mi padre había aprovechado para hablar por teléfono desde la habitación. Me levanté del sofá y me uní a los que estaban en la cocina, que callaron cuando entré por la puerta.

—¿Puedo hablar con Joaquín a solas?

—Desde luego —me dijo mi hermano mientras salía de la pequeña cocina en la que apenas cabían dos personas, acariciándome el hombro. No recordaba que mi hermano hubiera sido tan cariñoso conmigo jamás. Desde que había muerto nuestra madre, mi relación con él había sido más bien nula; había sabido de su vida, sus estudios y sus amores más por lo que me contaba mi padre que por lo que yo pudiera conversar con él, pero estaba claro que se había hecho mayor y yo no me había dado cuenta de ello. Tenía pareja estable, una buena chica estudiante de magisterio, él estaba a punto de acabar derecho con la idea de seguir sus estudios cursando un máster, trabajaba los fines de semana en el bar de copas de un amigo para sacarse algo de dinero y no tener así que pedirle para sus caprichos a nuestro padre... Además, se preocupaba por mí. Estaba muy orgullosa de él.

—Creo que te debo una explicación, aunque no te conozco de nada, tú has confiado en mí y yo te he mentado.

—No me debes nada, Marta. Entiendo perfectamente que en tu situación no hayas querido contarme qué te estaba sucediendo, porque ni tú misma sabes lo que te está sucediendo.

—Hay momentos en los que creo que me estoy volviendo loca, pero tengo la esperanza de que eso no sea así y que finalmente lo recuerde todo y esto quede en una locura transitoria.

Reímos los dos sin apenas mover los labios, exhalando por la nariz sonoramente, como sabiendo que no debíamos reírnos de una ida así.

—Ahora en serio, Joaquín, yo he estudiado psicología, y llevo dándole vueltas desde esta mañana, y no alcanzo a entender qué me está sucediendo. Podría tener muchas explicaciones, pero no quiero creer que a mí me pase nada de lo que estoy pensando.

—Quizás solo debas hacer un esfuerzo más y finalmente recuerdes toda esa laguna que tu cerebro ha creado para olvidar

algo.

—¿Olvidar algo? Mi hermano te ha contado qué me sucede, ¿verdad? ¿Crees que si me lo cuentas me podrías ayudar?

—Tu hermano dice que no, lo siento, supongo que ellos saben lo que hacen y por qué lo hacen.

—Todos los síntomas que estoy teniendo me llevan a pensar que estoy pasando por un episodio de amnesia, pero para ello me debería haber sucedido algo traumático, muy traumático y tampoco tendría mucho sentido la manera en la que me desperté ayer en esa casa.

—No me has contado dónde ni cómo te despertaste. Quizás te ayude contármelo.

—Quizás...

—¿Pero?

—Me da vergüenza. En serio, no sabía ni dónde estaba.

—Pero no te avergüences por ello. Cuéntame qué recuerdas, y quizás eso te ayude a averiguar cómo y por qué llegaste allí.

—Desde que me desperté en esa casa lo recuerdo todo, pero no sé por qué estaba allí ni de quién era esa casa. Desperté en un baño, me encontraba fatal, estaba mareada, había vomitado y estaba muy pálida.

—Sí, anoche estabas muy pálida desde la primera vez que te vi y poco a poco has ido cogiendo mejor color. Estás más guapa ahora, aunque anoche también lo estabas.

Sonreí en señal de agradecimiento por ese gesto tan caballeroso.

—En la casa había una fiesta, pero no reconocí a nadie, y nadie pareció reconocerme. No sé si me dejé allí mi abrigo y mis pertenencias o si me las dejé en algún sitio anterior.

De repente tuve un flash que pasó tan rápidamente por delante de mis ojos que me dolió. Mirando hacia el patio de manzana a través de la ventana, viendo los árboles moverse con fuerza azotados por el viento, recordé una situación parecida. Me vi delante del ordenador en la oficina un día en el que el viento soplaba con la misma fuerza y podía ver los árboles agitarse de la misma manera por la ventana de la oficina. Estaba leyendo un email de Daniel. Era lunes, pero no estaba segura de cuánto tiempo

había pasado desde que le había escrito aquel mensaje que nunca contestó. Leía y releía el email sin poder hacer nada más, por no poder pensar en otra cosa y por lo mal que me encontraba desde que me había quedado embarazada. Las mañanas eran la peor parte del día.

9.03

Buenos días, Marta,

Sentí mucho no poder contestarte al mensaje, pero ya tenía un compromiso familiar y no lo podía anular.

Quise hablar contigo porque lo necesito, porque te lo debo, porque creo que me voy a volver loco si no aclaro ciertas cosas contigo y porque no puedo seguir adelante con mi vida si no lo hago. Si me contestas a este mensaje, te prometo que buscaré el momento para quedar lo antes posible y poder hablar; si no me contestas, entenderé que no quieres saber nada más de ti, y te prometo que nunca más volveremos a hablar del tema.

Yo también necesitaba hablar con él, pero también necesitaba tener muy claro lo qué le iba a decir y de lo que íbamos a hablar, no me pillara desprevenida como me pasó con Juan y acabase soltándole la misma historia y me encontrara de repente con dos padres para mi bebé. Tampoco quería que volviera a embaucarme como había hecho anteriormente, ahora ya tenía muy claro cómo era su vida, que me había mentido, me había utilizado y no estaba dispuesta a dejarme manipular como un títere.

11.16

Hola, Dani,

Si realmente tienes algo importante que decirme que yo no sepa ya, cómo que me has utilizado y has jugado con mis sentimientos, entonces podemos quedar cualquier día a la hora de comer, si no te va demasiado mal y puedes escaparte escabulléndote de tu querida prometida... Sí, porque sé que Marina no es simplemente tu novia, que es tu prometida. Te lo aviso desde ya para que no vengas a la comida con la idea de poder mentirme de nuevo. Por mi parte, yo no tengo nada más que hablar contigo, simplemente pedirte que me dejes seguir con mi vida, que también la tengo, y que tú vivas la que has elegido,

sin molestar a los demás.

12.11

Suponía que ya sabías lo de mi compromiso, dimos una fiesta a la que mucha gente de la oficina estuvo invitada, gente con la que tienes trato y sabía que te lo iban a contar, pero no deseaba que me juzgaras, ya que yo tampoco lo hago a pesar de saber que desde hace algún tiempo te ves con Juan y tampoco me lo habías contado. Por ello creo que debemos vernos, debemos hablar de lo que estamos haciendo con nuestras vidas y de nuestros verdaderos sentimientos. Es urgente, de verdad.

Mientras leía ese mensaje boquiabierto, sin poderme acabar de creer que esa información le hubiera llegado, me di cuenta de lo injusta que estaba siendo con él, y de lo injusta que estaba siendo también con Juan. Me había atrevido a juzgar a Daniel por tener pareja y liarse conmigo, cuando yo estaba haciendo lo mismo con Juan. Lo había elegido a él como pareja, quizás por descarte, pero había decidido que él sería el padre de mi hijo, aunque no creyera en un principio que fuéramos a seguir adelante con el embarazo, y después de ello, después de todo ello, y de saber cuánta ilusión le había hecho a Juan la noticia, después de que él decidiera dar un paso más en nuestra relación y presentarme a su familia, yo seguía haciéndome la víctima y compadeciéndome a mí misma por sentirme el segundo plato de alguien. Me había quedado sin palabras ni argumentos por los que luchar contra Daniel. Me sentía avergonzada, pero lo mejor que podíamos hacer ambos para poder seguir adelante con nuestra vida, como él decía en su email, era hablar de nuestros sentimientos, de todo lo que habíamos vivido y decidir cómo queríamos que fuera nuestra vida de ahí en adelante.

15.48

Quedemos en el restaurante Gabriel mañana a las 14h y así comemos y hablamos.

Aquella tarde, debía salir de la oficina algo antes, tenía cita en el ginecólogo, pero no le había comentado nada a Juan, me apetecía ir sola. Sobre las 6 de la tarde recogí mis cosas y me dirigí al

ascensor. Mientras esperaba, me detuve a hablar con una compañera que pasaba por el hall y hacía algunos días que no veía.

—¿Ya te vas, Marta?

—Sí, tengo médico hoy.

—Espero que no sea nada.

—No, no te preocupes, es una revisión simplemente.

De repente, se acercó algo más a mí, miró a ambos lados y bajó su tono de voz para contarme algo que parecía ser un secreto.

—¿Te habrá contado Macarena que estuvimos en casa de la jefa en una fiesta no?

El estómago se me puso del revés.

—Algo me han contado. A ver si llega ya el ascensor que tengo prisa —dije intentando esquivar el tema mientras pulsaba nerviosamente una y otra vez la botonadura del ascensor.

—La fiesta era de compromiso, se va a casar con Daniel, el periodista que trabaja aquí en la quinta, y ¡no veas qué casa tienen! ¡Como las de las películas! ¡Menudo braguetazo ha pegado él!, y ella también, porque ¡él está como un queso!

No podía seguir escuchando ni una palabra más sobre aquella fiesta.

—Lo siento, no puedo esperar más, voy a bajar por las escaleras. Ya me cuentas más detalles en otro momento.

Me di la vuelta dejándola con la palabra en la boca, alguna palabra que estaba convencida de que no me iba a interesar en absoluto, y abrí la puerta de emergencia para bajar por las escaleras. Bajé como una exhalación, huyendo de esa información que se quedaba atrás en la puerta del ascensor de la tercera planta, y al llegar a la entrada principal me topé de frente con Juan, que entraba acompañado precisamente por Marina, y apenas lo saludé.

—Buenas tardes —dije y pasé por su lado sin mirarlos a la cara.

—¡Marta! —gritó él girándose extrañado intentando agarrarme por el brazo sin demasiado éxito. Y paré en seco. Me giré y los miré sin decir nada.

—¿Dónde vas con tanta prisa que ni te paras a saludar?

—Tengo prisa. Tengo médico en 15 minutos y llego tarde.

—¿Médico? Ahora subo Marina. Por cierto, te presento a Marta,

mi novia, aunque no lo parezca.

Me quedé helada mientras automáticamente besaba en las mejillas a la prometida de Daniel, presentándome como la novia de su primo en primicia mundial.

—¿Vas al ginecólogo?

—Sí.

—Y ¿por qué no me has avisado. Hubiera ido contigo. De hecho, si me esperas dos minutos, saco el coche del parking y vamos juntos.

—No me da tiempo Juan, muchas gracias. A estas horas hay mucha caravana, me voy en metro.

—Bueno, pues haré un esfuerzo y montaré en el metro para ir contigo —dijo riéndose.

No le podía impedir que me acompañara, después de todo, yo había decidido que él sería el padre de mi hijo sin saber a ciencia cierta si lo era, y debía aceptar su interés y agradecerlo.

Durante el trayecto, estuvo explicándome un proyecto que tenía la revista entre manos, una colaboración con una famosa revista inglesa para la publicación de una guía de los mejores restaurantes y hoteles de Madrid y Londres: «Madrid-London connection», se iba a llamar, y él sería el encargado de hacer la presentación en Londres, ya que su prima no hablaba inglés. Estaba muy emocionado con el encargo ya que suponía para él un reconocimiento a nivel internacional. Merecía mi enhorabuena, mi felicitación y que le mostrara entusiasmo por ello.

—Me gustaría que vinieras conmigo.

—¡Ojalá! —le espeté.

Cuando salimos del médico, dónde nos dijeron que todo iba de maravilla, que el bebé crecía correctamente y que en un par de semanas ya nos podrían decir el sexo si todo iba bien y se dejaba ver. Me acompañó a casa. A pesar de que me hubiera gustado estar sola por un momento para haber podido pensar en lo que tenía que decirle a Daniel en nuestra cita, me hizo muy feliz poder compartir con él esa experiencia y que se quedara conmigo a dormir para hacerme compañía.

—Mañana por la mañana saldré de aquí algo antes que tú para

poder ir a casa a cambiarme de ropa, así ahora no pierdo ni un minuto contigo. Pedimos cena y nos acurrucamos en el sofá, o hacemos el amor salvajemente ahora que todavía la barriga no te lo impide.

Me entró la risa y no pude contener mis ganas de darle un par de puñetazos suaves en el hombro.

—Siempre pensando en lo mismo tú.

—¡Desde luego! ¿Es que hay algo más interesante en lo que pensar?

Y así fue, cenamos e hicimos el amor salvajemente. Cuando estaba con él era lo que me apetecía, no me podía controlar, ni tampoco quería. Él hacía aflorar en mí un instinto casi animal que me encantaba poder compartir con una persona como él.

Me despertó algo antes de mi hora habitual, como ya me había anunciado la noche anterior, y a pesar de que me quedé en la cama, no pude volver a conciliar el sueño. Empecé a darle vueltas a mi conversación con Daniel, imaginando todo tipo de escenarios posibles, y después de la atención recibida por Juan, de haberme presentado a su familia, incluso a la pobre desgraciada de la prometida de Daniel, que ya me hubiera gustado que no hubiera tenido nada que ver con su familia, pero sí, lo tenía; no había otro escenario que me gustara más para mi futuro que el de compartir mi vida con él y formar juntos esa familia que ya estaba en camino. Me surgían muchas dudas, todas ellas relacionadas con la manera de anunciar el embarazo a la familia, los compañeros de trabajo, incluso a Daniel, que formaría parte de esa familia aunque yo no quisiera, por dos razones: la primera porque estaba a punto de casarse con la prima de Juan, y la segunda, porque siempre tendría la duda de no saber si él era el verdadero padre de ese niño que estaba en camino.

—Me ha parecido entender que le preguntabas a tu padre por tu bebé. ¿Tuviste un hijo?

—No lo recuerdo. Recuerdo un embarazo, recuerdo ir al médico, pero nada más. Quizás todo esto me esté pasando porque perdí al bebé, porque le pasó algo. Es que no tengo recuerdos de los dos últimos años, Joaquín.

—¿Dos años?

—Sí. Y este piso no me ayuda nada a recordar. Está vacío. No hay ropa, no hay fotos, no hay nada en la nevera... No hay nada. No sé qué ha pasado en estos dos últimos años, ni dónde he vivido ni con quién. Quizás me fuera a vivir con Juan.

—¿Quién es Juan? ¿El padre del bebé?

—Eso creo. No estoy segura.

Joaquín me miró extrañado, pero no fue un juicio negativo lo que pude apreciar en su mirada, sino más bien una tierna compasión. Seguidamente nos dirigimos al salón, nos unimos a mi padre y mi hermano, y les empecé a contar toda la historia que recordaba, desde el principio, con todo tipo de detalles, sin importarme quiénes eran mi audiencia, con la sola intención de poder recordar algunos hechos más de mi pasado.

A las 22 horas, agotada, decidí que ya había hecho suficiente esfuerzo por un día, que ya había vivido y revivido demasiados momentos, y que necesitaba descansar. Me pasé por los hombros el abrigo de mi padre, me serví un cigarrillo de la cajetilla que Joaquín había dejado sobre la mesa del salón, y salí a la pequeña terraza a inhalar y exhalar humo mecánicamente. Ellos se quedaron en el salón, susurrando sobre mí para que yo no pudiera oír sus comentarios a través del cristal, pero no hacía falta oírlos, su expresión facial y corporal lo decía todo y por más que intentasen esconder sus pensamientos, estos afloraban a la superficie y se podían hasta oler.

Entré directamente al baño, me cepillé los dientes con el dedo y la poca pasta de dientes seca que pude rebañar del tubo. Me dirigí de nuevo al salón y les comuniqué que quería meterme en la cama, invitándoles discretamente a abandonar la casa para dejarme a solas con mis pensamientos y recuerdos. Colocándose el abrigo, mi padre me acompañó a la habitación y me arropó como cuando era pequeña, sentándose en el filo de la cama y subiendo el nórdico hasta el cuello, sellándola para que fuera imposible moverme y así no entrara el frío por ninguna rendija. Cuando me hube acurrucado y sentido cómoda, los tres salieron de casa con la promesa de presentarse en casa a la mañana siguiente y traerme un buen

desayuno. Cada cual partiría hacia un lugar, pero estaba convencida de que su promesa era cien por cien cierta y que podía confiar en que los tres cuidarían de mí, incluso Joaquín, a pesar de no conocerlo apenas, y me sentía tranquila y segura a pesar del miedo que estaba pasando.

Gracias a Dios me dormí enseguida, descansé unas cuantas horas del tirón, hasta que de nuevo, como me había sucedido ya en casa de Joaquín, desperté con una terrible pesadilla. Un sentimiento de miedo, claustrofobia y angustia que no sabía de dónde provenía, pero se había repetido exactamente de la misma manera.

Miré el reloj, eran las 6.10 de la mañana y me era imposible volver a dormir. Busqué unas zapatillas de estar por casa, pero no encontré ningunas. En su lugar, me coloqué unos calcetines viejos para poder pisar sobre las frías baldosas. Me puse un viejo albornoz por encima y me dirigí al salón. Mi idea era la de sentarme en el sofá, encender la televisión y ver el informativo matinal, quizás así me enteraba de en qué momento vivía. Me empezaron a rugir las tripas y recordé que desgraciadamente no tenía ni una galleta que llevarme a la boca, ni siquiera podía hacerme un café. Al volver la cabeza, pude ver sobre la mesa un teléfono móvil y a su lado un billete de 10 euros. Mi padre había pensado en todo. Volví a revolver el armario para ver qué encontraba que estuviera medianamente decente para salir a la calle. Encontré unos leggins negros medio raídos por el trasero, una sudadera gris demasiado amplia para ser mía que me coloqué encima de la camiseta de las mudanzas, y me volví a calzar mis zapatos de tacón negros. Me miré de arriba a abajo y me entró la risa. ¡No me había visto en otra igual!

Salí a la calle y me dirigí a la calle Goya. Allí encontré una cafetería que ya había abierto sus puertas. Debía de ser su primera clienta. Me senté en una mesa al fondo del estrecho pasillo que quedaba entre el mostrador y la pared y le pedí un café con leche y un croissant a la camarera. Mientras me lo tomaba empecé a jugar con el servilletero extrayendo una servilleta tras otra para limpiar el café que goteaba de la taza sobre la mesa, para

limpiar las migas del hojaldre del croissant, y de repente volví a recordar. Me pareció estar viviendo un *dejà vú*.

Aquel día en el restaurante con Daniel, jugueteé nerviosa con la servilleta dispuesta sobre la mesa mientras hablábamos y esperábamos a que nos sirvieran. Pegué el chicle que estaba mascando en una esquina de esta y lo fui enrollando, aplastando, le clavaba la uña, fui recortando trozos... Habíamos quedado a las 2, y ambos habíamos llegado muy puntuales, casi a la vez. Nos sentaron en una mesa bastante apartada, lo que nos dejó mucho más tranquilos a ambos, aunque ninguno de los dos comentó nada. Pedimos el menú del día, y antes de que nos lo trajeran, él tomó la palabra y empezó a soltar su discurso que debía traer preparado de casa.

—Siento mucho todo lo que ha pasado. Si te digo la verdad, ni yo tenía pensado que las cosas salieran así.

No me inmuté. Hizo una pausa esperando mi respuesta, pero preferí que siguiera hablando, no tenía prisa para darle mi réplica. Cogió aire y prosiguió.

—Después de aquella tarde en tu casa, mi idea de futuro era totalmente distinta a la que visualizo ahora en el horizonte. Me hubiera gustado tener el valor suficiente para decirle a Marina que lo nuestro se había acabado, que, de hecho, hacía mucho que se había acabado, desde el momento en el que volviste a mi vida y me di cuenta de que estaba enamorado de ti desde hacía mucho. Pero todo se torció. Habíamos hablado varias veces de matrimonio, pero nunca habíamos fijado nada en firme, hasta ese día, en que ella se presentó en casa de sus padres a la hora del café con unas revistas de boda, proponiéndome ideas para una boda a la que ya había fijado fecha sin que hubiera habido pedida de mano. «Ahora solo tienes que regalarme un bonito anillo, porque yo ya tengo tu reloj», me dijo, y me plantó una caja en las rodillas. Era un Tag Heuer precioso. Su madre lo miraba fascinada, como si no lo hubiera visto nunca antes, cuando estoy seguro de que fue ella la que lo compró.

—Y tú no supiste decir que no, ¿verdad?

—Déjame seguir, por favor. Me quedé boquiabierto y no supe reaccionar. Mi cabeza solo hacía que pensar en cómo salir de ese

embolado en el que me habían metido. Pero entonces habló su padre por primera vez: «Habrá que organizar una fiesta de pedida como Dios manda. Invitaremos a todos nuestros amigos y familiares. Vendrán también compañeros de la oficina, seleccionad bien a quién queréis invitar. Creo que tu primo Juan está saliendo con una chiquita compañera vuestra, Marta me parece que se llama». Ahí se me heló el corazón, pero pensé que se debía tratar de cualquier otra Marta. «No la conozco», dijo Marina, pero su padre prosiguió con la frase que nunca me hubiera gustado escuchar: «Es que trabaja en Recursos Humanos, es una chiquita nueva que hace prácticas. No sé cuánto le durará, pero parece estar muy ilusionado con ella». No me podía creer lo que estaba oyendo. Estabas saliendo con Juan y no tenía ni idea. Me habías hecho sentirme fatal por engañar a Marina cuando tú estabas haciendo lo mismo. Eres una hipócrita.

—¿Perdona?! ¡No te consiento que me llames eso! ¡No puedes comparar mi relación con Juan a tu relación con Marina! ¡Nosotros no llevamos nada juntos, y ni siquiera sabía que él veía nuestra relación como algo serio! ¡Tú te vas a casar con ella!

Sonaba una dulce música de jazz de fondo. El corazón me latía a cien por hora y sentía un fuego interno que me quemaba las entrañas. Las lágrimas empezaban a brotar de mis ojos sin yo quererlo y para no tener que mirar a Daniel directamente a la cara apoyé la barbilla en la palma de mi mano, giré la cabeza hacia la izquierda, clavando la mirada en un punto fijo al fondo del local, y empecé a morderme las uñas para no soltar ninguna barbaridad por la boca.

—Estoy de acuerdo, no tiene nada que ver una relación con la otra, pero debes admitir que tú también me has engañado, que no hubieras podido empezar una relación conmigo por mucho que hubiera decidido no seguir adelante con Marina, porque tú estabas empezando otra relación con alguien, y cuando se empieza una relación es porque estás ilusionado o ilusionada con esa persona. No te reprocho nada, pero a pesar de que sigo sintiendo lo mismo hacia ti, creo que ahora mismo mi camino tiene una marcha atrás muy complicada, y tampoco quiero joderte la vida. Solo te puedo decir

que espero que te vaya muy bien con Juan, que es un mujeriego de puta madre, pero muy buen tío.

Me hubiera levantado y me hubiera ido sin más, sin despedirme de él y deseando no volver a verlo jamás, pero no debía mostrarle en ningún momento mi debilidad, y todavía me guardaba un as bajo la manga, después de todo, lo bueno de convertirnos en familia era que lo tendría que volver a ver sí o sí, y sin que yo se lo hubiera tenido que decir, descubriría que estaba embarazada y que el mujeriego al que se refería, había querido sentar cabeza formando una familia conmigo. Se comería sus palabras y me respetaría; se arrepentiría de no haberse quedado conmigo.

Acabamos la comida sin apenas dirigirnos la palabra ni mirarnos. Una situación incómoda que estaba deseando que acabara, y lo peor de todo es que yo apenas había hablado, no le había hecho las preguntas que tenía preparadas, no le había pedido explicaciones de nada, y me iba a casa con una sensación amarga en la garganta. Finalmente yo había sido la rechazada, la engañada y la embustera a la vez. Me sentía la perdedora, pero todo aquello me debía valer para darme cuenta de qué valía la pena a partir de aquel momento.

Saliendo del restaurante, ambos absortos en una especie de aura fantasmagórica, abriendo la puerta con la mirada fija en el suelo, no nos dimos cuenta de quién pasaba justo por la acera en aquel mismo instante; de habernos dado cuenta, hubiéramos esperado un par de minutos para salir. Nuestra compañera Macarena se topó de bruces con nosotros, y no pudo fingir su cara de asombro.

—Hola, Maca —saludó Daniel con total normalidad, y decidí seguirle el rollo.

—Hola, Maca. ¿De dónde vienes?

—He ido al estanco ese de ahí detrás a comprar tabaco —dijo señalando un pequeño establecimiento que hacía esquina—. ¿Y vosotros?

—He llegado a este restaurante a comer, y me he encontrado con Marta —dijo Daniel.

—No suelo venir por aquí, pero hoy me he puesto a andar a ver si veía algo diferente, y me lo he encontrado. Tenía buena pinta y he entrado —intervine yo.

—Yo sí que he venido alguna que otra vez por aquí, ya lo conocía —acabó Daniel con la conversación.

Seguimos caminando los tres hacia el trabajo, cosa que agradecí para que así si alguien nos veía no pudiera sospechar. Me dio la grata sensación de que a Macarena le había convencido nuestra historia. Llegamos a nuestro edificio, entramos por la puerta, montamos en el ascensor y Daniel se bajó en su planta. Me quedé a solas con Macarena en el ascensor, que me observaba con una mirada instigadora, como intentando leer algo más que se hubiera perdido a través de mis ojos, pero hice un gran esfuerzo para esquivar su mirada y evitar sus preguntas calladas. Salimos del ascensor y noté que me seguía demasiado de cerca, y al pasar por delante de los baños, me agarró por el brazo y me empujó hasta tenerme dentro. Yo la miraba estupefacta mientras abría cada una de las puertas de los aseos para cerciorarse de que nadie podía escuchar lo que estaba a punto de decirme.

—¿Qué haces? —le pregunté.

—Lo que debíais haber hecho vosotros, aseguraros de que nadie os veía, y en este caso, asegurarme de que nadie nos puede escuchar.

—¿Pero de qué hablas Maca?—

—Marta, el día de la cena de Navidad, ya me di cuenta de que había habido o tal vez hay algo entre Daniel y tú.

—Pero, Maca... —intenté hablar pero ella me cortó.

—¡No, Marta! Escúchame bien. No sé si lo sabes, pero Daniel está a punto de casarse, estuve en su fiesta de compromiso, y Marina es nuestra jefa. Te puedes meter en un buen lío. No creo que Daniel sea de los que va a dejar pasar la oportunidad de trepar en esta vida después de llevar una década aguantando a esa idiota por empezar una nueva vida contigo. Perdóname, no es por ti, es por él, no vale la pena que pierdas el tiempo con él Marta, de verdad.

—Estás equivocada, Maca. Yo a Daniel lo conozco desde la universidad, éramos amigos. Bueno, la verdad es que era amigo de un amigo, y cuando entré a trabajar aquí y me reencontré con él, me hizo ilusión. Simplemente hemos coincidido en el restaurante,

igual que hemos coincidido otras veces en la máquina de café y nos hemos tomado un café juntos. Yo ya sé que se casa, también estuve en esa fiesta de compromiso en casa de los padres de ella, en la Moraleja, con ese pedazo de jardín y tantísima gente, algunos de ellos famosos... Me tuve que ir antes porque me encontraba fatal, pero a mí también me invitaron como acompañante. De hecho, seguramente vaya a la boda también —improvisé todo ese discurso mientras ella me hablaba de ese terrible error que sería fijarme en un chico como Daniel porque él jamás dejaría a Marina por una chica como yo, ¡ni que ella supiera qué clase de familia tenía yo!

—¿Acompañante? ¿De quién?

—De Juan, ¿sabes quién es?

—¿De Juan..., el Juan subdirector? —me preguntó sorprendida con ojos como platos.

—De ese mismo. ¿Te acuerdas que la noche de la cena de Navidad no tenía ni idea de quién era? Pues esa noche lo conocí, y desde entonces estamos juntos.

—¡No me lo puedo creer! Pero si Juan tiene fama..., de mujeriego. De MUY mujeriego. No me puedo creer que vaya en serio con nadie.

—Pues conmigo lo va —dije en un tono de ira. Estaba harta de que todo el mundo le tachara de mujeriego y por consiguiente me trataran de imbécil a mí—. Ya conozco a sus padres y me llevó a la fiesta de compromiso de su prima, que es Marina, y Daniel. Vamos en serio como puedes comprobar —añadí con tono sarcástico.

—Pues solo puedo decirte dos cosas: por un lado, enhorabuena, si es lo que quieres. Juan es un gran profesional, un tío con futuro y muy guapo también. Pero por otro lado te diré que andes con ojo, que Juan no me parece un tío de fiar. Pero, ¡oye!, quizás contigo cambia y eres la afortunada definitiva. —Me dio una palmada en el hombro y salió del baño.

Me quedé unos segundos mirándome al espejo, intentando averiguar si había hecho bien en decírselo, si era ella la que estaba equivocada o tenía razón en todo lo que me había dicho y realmente era cierto que yo era una imbécil. Me senté en mi silla, descolgué el teléfono y marqué el número de mi padre.

Le pedí que no hiciera planes para ese sábado, que me pasaría sobre las dos a comer con él para contarle algo importante. No había consultado con Juan cómo contárselo a nuestros padres, ni cuándo, pero yo había decidido que era hora de hacerlo, que iba a tirar hacia adelante con todo lo que ello conllevaba, y que mi nueva vida empezaba a partir de ese momento. Quizás todavía no debía contarle nada a mi padre..., pero la incipiente barriga empezaba ya a ser algo evidente.

Volví a descolgar el teléfono para llamar a Juan y comunicarle que teníamos una cita ese fin de semana, pero de repente sentí vergüenza y tuve que colgar. Ese sentimiento me invadía por diversos motivos; uno de ellos porque todavía no consideraba a Juan una auténtica pareja, y el hecho de haber tomado una decisión como aquella sin consultarle me pareció de demasiada confianza. En segundo lugar, porque no sabía cómo iba a reaccionar mi padre ante una noticia como aquella, y me avergonzaba que conociera a la vez a mi pareja y al padre de su nieto.

No fue hasta ese mismo sábado por la mañana que no avisé a Juan del plan que tenía. Me había quedado a dormir en su casa porque me había llamado a las 8 para que le fuera a buscar al aeropuerto. Venía de Burdeos, había pasado un par de días en la finca de unos conocidos de sus padres con la excusa de acudir a una reunión para cerrar un reportaje para la revista sobre el Parque Natural Regional de los Landes de Gascuña, y se había pasado el día bebiendo vinos. No había dejado de escribirme mensajes muy subidos de tono diciéndome cuánto deseaba estar conmigo, tocarme, comerme, besarme, supongo que algo motivados por el alcohol ingerido, pero que me había agradado mucho recibir. Me había estado calentando durante dos días, así que no pude negarme a hacerle aquel favor; suponía que me lo agradecería como lo hizo. Cenamos comida para llevar en su casa, e hicimos el amor unas cinco veces: una mientras esperábamos la comida, otra después de cenar, mientras nos dábamos una ducha, a media noche y también por la mañana. Entre tanta pasión, no tuve la oportunidad de decirle que iba a encontrarme con mi padre para poder darle la

noticia de mi embarazo, así que tuve que decírselo por la mañana, cuando ya no me quedó más remedio que levantarme de la cama y vestirme para poder irme a mi casa y cambiarme de ropa para la cita.

—¿Por qué te vas ya? Podríamos quedarnos un rato más en la cama. A mí todavía me quedan pilas de sobra.

Esboqué una sonrisa mientras le tiraba la camiseta que había utilizado para dormir a la cara.

—Es que he quedado para comer. Con mi padre —dije después de una pausa.

—¡Ah! Y, ¿puedo ir yo?

—¿Vendrías? —le pregunté aliviada.

—Tu viniste a comer con mis padres, ¿por qué no iba a ir yo a comer con el tuyo?

Debía desprender felicidad por todos mis poros en aquel momento, y después de soltarle un «Pues claro», me tiré encima y le besé en el cuello.

En aquel momento sonó el teléfono móvil que me había dejado mi padre. Estaban llamando desde el móvil de mi hermano.

—Hija, ¿estás en casa?

—No, papá, he salido a desayunar. Gracias por los 10 euros.

—¿Dónde estás? ¿Te paso a buscar?

—Estoy en Goya, papá. Voy para casa. Tardo 10 minutos.

Anduve por Goya sin prisas hacia casa, parándome en los escaparates observando la moda que en ellos había expuesta, decidiendo qué comprarme para poder quitarme aquellas prendas, aunque en algún lugar debía de estar toda mi ropa. De repente sentí una mano en mi hombro. Di un salto hacia un lado de forma casi inconsciente a la vez que daba un grito.

—Soy yo, Marta.

Era Joaquín. Se había cambiado de ropa y tenía un aspecto muy casual y fresco. llevaba un jersey de punto formando ochos en azul marino, unos vaqueros, unos zapatos de ante con cordones en color marrón, y un abrigo semi anudado en tono verde oliva.

—¡Qué susto me has dado, Joaquín! ¿Qué haces aquí?

—No pretendía asustarte, me dirigía a tu casa y te he visto. Le

pregunté a tu padre si no le importaba que viniera hoy también a hacerte compañía. A él no le importó, pero no sé si te importa a ti.

—No me importa, pero creo que necesito tiempo para poder pensar. Poco a poco voy recordando cosas, voy avanzando en el tiempo con mis recuerdos, y hay cosas que quiero aclarar lo antes posible.

—Entonces, ¿me quedo, o me voy?

—Mi padre está esperándome en mi casa. Vamos para allá y se lo digo también a él.

Ya en la portería, mi padre, acompañado por mi hermano, pareció sorprenderse o más bien molestarse con la presencia de Joaquín. Se estrecharon las manos y entonces me dirigí a los tres.

—Os agradezco mucho que estéis aquí para ayudarme, los tres, pero necesito estar sola para poder recordar ciertas cosas. —No te equivoques, hija —me interrumpió mi padre—, yo sé que no necesitas estar sola. Aunque a ti no te lo parezca, nos necesitas, y yo quiero estar ahí contigo. Quizás no pueda contarte de golpe qué es lo que te pasa o te ha pasado, pero yo puedo ayudarte a resolver dudas sobre preguntas que te surjan.

—¿Sí, papá? Porque tengo algunas. Como, por ejemplo, ¿dónde está toda mi ropa? Estoy harta de ir vestida como una pordiosera.

Arranqué una carcajada a mis tres ángeles de la guarda, y sin darme cuenta, estábamos de nuevo los tres en mi casa.

—La mayoría de tus cosas están en casa, en tu antigua habitación. Allí llevaste casi toda tu ropa y algunos que otros trastos. Metiste en cajas otras cosas que no necesitabas y las llevé a Alicante.

—¿Me iba a mudar a algún otro sitio?

—Te mudaste, hija.

—¿A casa de Juan?

—No, a casa de Juan no.

—Pero, ¿tú lo conoces, verdad, papá?

—Sí, hija, lo conozco.

—¿Te lo presenté un sábado? Había quedado a comer contigo y me presenté con él, ¿verdad?

—Sí, hija, fue así.

Yo estaba muy nerviosa, pero Juan iba tranquilizándome todo el rato. Mi padre se sorprendió mucho al verme llegar con compañía, y mucho más cuando, al presentarlos, le dije que Juan era mi novio.

—¡Vaya!, no tenía ni idea de que tuvieras novio.

—No te lo había contado. Trabajamos juntos en la revista. Bueno, trabajamos en la revista los dos, pero no juntos, y llevamos solo desde diciembre saliendo.

— ¿Tres meses entonces?

—Sí, poco pero intenso —añadió Juan intentando allanar el camino para la siguiente noticia.

Mi padre había preparado comida para dos, pero él supo cómo apañárselas para que comiéramos los tres de una succulenta ensalada de queso de cabra con frutos rojos, una de sus especialidades, su famoso cocido madrileño muy completo y un flan de queso que estaba para chuparse los dedos. Durante la comida, Juan estuvo respondiendo a todas las preguntas que mi padre le hacía: «¿Dónde vives? ¿De qué trabajas? ¿Dónde vive tu familia? ¿Vives con ellos? ¿En serio tu padre es el famoso escritor?». Juan pareció haber pasado el tercer grado al que le sometió mi padre. Después de todo, era la primera vez que a mi padre le presentaba un chico con el que estaba saliendo y quería cerciorarse de que el chico valía la pena para su pequeña.

A la hora del café, la conversación entre ellos fue mucho más fluida; hablaron de música, arte, literatura, y de alguna que otra cosa no tan intelectual. Cada vez que se levantaba mi padre y se dirigía a la cocina a buscar alguna cosa, se me aceleraba el corazón, miraba a Juan, y ambos nos hacíamos un gesto de aprobación para que el próximo tema de conversación fuera el embarazo; pero no lo conseguíamos.

Sin darnos cuenta se había hecho completamente de noche ya, llevábamos horas en casa de mi padre, y exceptuando la presentación de Juan, no habíamos sido capaces de darle ninguna otra noticia. Nos acompañó a la puerta para despedirse al fin, y con un pie ya en el descansillo, me giré súbitamente y me liberé.

—Papá, vamos a ser padres.

Su rostro cambió por completo. Se quedó inmóvil y nos clavó la mirada, primero a uno, y después al otro, intentando atravesarnos con ella. Yo no hacía más que morderme los labios por dentro esperando alguna reacción por su parte, apretando la mano de Juan bien fuerte.

—¿Tú crees que después de llevar cinco horas juntos me podéis decir esto en el umbral de la puerta saliendo ya de mi casa? ¿Debo entender con esto que os ha pillado a vosotros por sorpresa también? ¿Que era algo que no esperabais para nada y que os avergonzáis de ello?

—Para nada me avergüenzo de ser padre. Estoy muy orgulloso y feliz —dijo Juan en tono herido mientras tiraba de mí hacia él.

—Me alegro. No esperaba menos si te presentas en mi casa como el novio de mi hija y el futuro padre de mi nieto.

—¿Estás enfadado entonces, papá?

—No, hija, no me enfado contigo. Creo que eres joven para ser mamá, pero hay veces que las cosas vienen como vienen. Espero que Juan sea un buen padre y una buena pareja y que disfrutéis mucho de esta experiencia tan maravillosa; pero me hubiera gustado que me lo hubieras dicho de otra manera. Juan va a pensar que soy un ogro y que no tienes confianza conmigo.

—Tú no te enfadaste, papá. Me refiero a cuando te anunciamos que estaba embarazada. Tú sabías que estaba embarazada porque te lo dijimos.

—Así es, hija. Yo no me podía enfadar contigo por algo por lo que tu madre y yo ya habíamos pasado. Tu madre se quedó encinta de ti cuando no nos habíamos casado aún, por ello nuestra boda fue tan precipitada. Tu abuelo, que si lo recuerdas bien recordarás que era un hombre educado a la vieja usanza a pesar de haber estado siempre rodeado de artistas, no iba a permitir que su hija se casara embarazada, así que, a pesar de llevar solo unos meses como novios, tuvimos que preparar una boda precipitadamente, casarnos antes de que se notara, y acabar diciendo que habías nacido antes de tiempo; aunque creo que por mucho que pensáramos que tu abuelo era tonto, de tonto no tenía ni un pelo.

—Entonces, papá, si tuve un bebé, ¿dónde está? Esta angustia y

desazón que tengo, estas pesadillas que me despiertan cada noche, esta pérdida de memoria... ¿se debe todo a algo relacionado con mi bebé? —le pregunté entre sollozos a la vez que me palpaba la tripa y los pechos buscando algún signo de haber estado inflamados en un pasado no muy lejano.

—Tranquila, Marta —continuó mi hermano—. Ya te ha dicho papá que te iremos ayudando a recordar, pero las cosas tienen que ir paso a paso, si no, no sirve de nada.

—Quizás te ayude a recordar algo si vamos al lugar dónde empezó todo la noche que te conocí; por qué estabas allí, con quién fuiste, para qué... —continuó Joaquín, y me pareció una buena idea.

—Y también para recuperar mi abrigo y mi bolso si es que llevaba y si los dejé allí.

—Perfecto, pues yo te llevo.

—A la vuelta —continuó mi padre— quizás debieras pasarte por mi casa y mirar la ropa que tienes allí, por si hay algo que te sirva y quieras ponértelo, y si no, el lunes te acompaño de tiendas y te compras lo que necesites.

Daban por hecho que el lunes no iría a trabajar, no debía tener trabajo, no vivía en mi casa, y mucho menos con mi hijo. Estaba empezando a tener de nuevo un dolor de cabeza terrible.

—Préstame ahora 50 euros, papá, no puedo ir con estas pintas. Me compraré algo en Goya, que ya han abierto las tiendas, y de paso compraré algo para el dolor de cabeza en la farmacia.

—Compra ibuprofeno 600, hija, que no te den otra cosa.

—¿Por?

—Hazme caso, con el ibuprofeno 600 debes de tener suficiente. Y toma, con 50 euros no haces nada. Llévate 100, y de préstamo ni hablar, tómatelo como un regalo.

De repente sonó su teléfono móvil, descolgó y se alejó lo máximo que pudo para hablar con quien estaba al otro lado del auricular. «Buenos días. Sí, ya la tenemos aquí, En unos días estará todo solucionado...». No fui capaz de escuchar nada más. A su vuelta al salón, al no comentarme quién le había llamado preguntando por mí, la curiosidad pudo conmigo, y disimuladamente arrastré el

móvil por la mesa hasta tenerlo cerca, apretar el botón y descubrir que el número de la llamada entrante estaba guardada en sus contactos con el nombre de «Clínica».

No quería darle más vueltas a ningún asunto que por lo pronto no me aportara información útil alguna; así que anduve con Joaquín 20 minutos por Goya, entramos en un par de tiendas, compré unos vaqueros azul oscuro, un jersey de lana de color gris, unas zapatillas deportivas blancas, calcetines, ropa interior y una parca azul marino. Mi aspecto cambió por completo. La felicidad que me provocó el hecho de ir de compras y parecerme más a mí misma con esas prendas hizo que mi cerebro produjera una serie de endorfinas que me aliviaron el dolor de cabeza.

—Bien, pues ahora que ya estás lista, dime a dónde tenemos que ir.

—La primera calle en la que recuerdo haberme fijado fue la calle General Varela.

—Bien, pues una vez allí, quizás recuerdes de dónde venías y demos con el inicio de todo.

Nos dirigimos hacia la calle en la que recordaba haber girado la esquina. Un trayecto de unos 20 minutos en los que Joaquín fue intentando entretenerme con cualquier tema de conversación que no tuviera que ver con mi vida ni con mi situación actual, ni siquiera con lo que estábamos a punto de hacer. Ir escuchando la radio con música de los años 80 continuamente nos ayudó mucho a ello. De pronto, me acordé de su hija.

—Joaquín, ¿dónde está tu hija?

—Se la ha quedado mi madre. Le he dicho que tenía que ayudar a una amiga con unos temas.

—Pero no tenías por qué. Tu tenías pensado irte a Toledo este fin de semana con ella. Me siento súper culpable.

—No te sientas así —me dijo él con una sonrisa dibujada en su cara y poniendo la mano sobre mi rodilla—, ella está encantada de estar con su abuela, y la abuela de estar con ella, y mi hija sabe que todo mi tiempo libre, desde que su madre se fue, siempre ha sido para ella. Si no estoy un fin de semana, lo entiende, me lo dijo anoche cuando llegué y me estaba esperando despierta para darme

el beso de buenas noches. Su abuela ya le había dicho que llegaría tarde y que finalmente no nos podríamos ir a Toledo. Es muy madura para la edad que tiene. Quizás por todo lo que le ha tocado pasar en la vida.

Sin darme cuenta, mientras lo escuchaba hablar de su hija, dos lágrimas brotaron de mis ojos y llegaron hasta la comisura de mis labios, penetrando por ellos a pesar de estar sellados, dejándome un sabor a sal en la boca.

—No sé por qué lloro —le dije mientras me secaba la cara con la manga de mi nueva parca.

—Tranquila, Marta, pronto se solucionará todo.

Cogió mi cabeza por la nuca de su mano con la palma de su mano, la acercó hacia sí bajándola ligeramente, y me besó en la frente. Quizás hubiera esperado un beso menos casto, pero tampoco estaba segura de que pudiera dárselo.

—Y desde que tu mujer se fue, ¿no has tenido pareja? —le pregunté intentando averiguar algo más sobre su vida.

—He quedado un par de veces con la monitora de spinning del gimnasio, pero ni yo busco nada serio, ni ella tampoco.

—Aquí es. —Ya habíamos llegado—. Gira en esa esquina.

—Esa esquina es General Yagüe, ¿te suena?

—El nombre de la calle no, pero... ¡Sí, ese es el edificio del que salí!

—¡Qué bien! —gritó Joaquín igual de emocionado que yo por haber conseguido encontrarlo tan rápidamente.

Aparcamos lo más cerca que pudimos, y nos dirigimos hacia el portal que había reconocido desde el coche. Obviamente, no tenía ni idea de cuál era el piso en el que había estado, pero si hacía un esfuerzo podía contar cuántas plantas había bajado. Una, dos, tres..., quizás cuatro, pero ni menos ni más. Estaba empezando a notar un nudo en la boca del estómago, unos nervios incipientes al pensar en poder finalmente descubrir cómo había empezado todo dos noches atrás y me agarré fuerte del brazo de Joaquín. Me alegró descubrir que la finca tenía portero, así me sería mucho más fácil localizar un piso regentado por gente joven que solía dar fiestas y se encontraba entre la tercera y la cuarta planta. Me

acerqué a él e inicié una conversación de forma muy educada.

—Buenos días, me llamo Marta y necesitaría que me ayudara, si fuera tan amable.

—¿Marta Navarrete? —me preguntó él dejándome con la boca abierta.

—¿Cómo sabe usted mi nombre?

—Tengo aquí un bolso con un monedero, en el que está su DNI, y un abrigo que no sé si debe ser suyo también, que me dejaron los chicos del 4A.

—¿Los chicos del 4A? ¿Se encuentran en casa ahora mismo?

—Sí, aunque seguramente a estas horas, un domingo por la mañana, estén durmiendo la mona. Podemos probar.

—Sí, por favor. Deme mis pertenencias y pruebe a localizarlos.

Miré a Joaquín nerviosa mientras el portero trataba de localizar a los inquilinos del 4A, y él me abrazó por el hombro bien fuerte.

De pronto, una voz como de ultratumba se pronunció a través del interfono. El portero trató de explicar quién era yo y le preguntó si estaban dispuestos a atenderme. La voz aceptó mi visita, y el portero nos invitó a pasar. Entramos en el ascensor y nos dirigimos a la cuarta planta. Allí nos esperaba la puerta del 4A entreabierta, invitándonos a entrar, pero antes de hacerlo preferí llamar al timbre.

—¡Pasa! —gritó una voz desde lejos no de muy buenas maneras.

Recordaba la casa, aunque de forma algo confusa y borrosa. No sabía bien por dónde ir ni dónde podían estar en ese momento los chicos que allí vivían, así que tanto Joaquín como yo avanzamos tímidamente a través del pasillo, metiendo la cabeza con cautela a través de cada una de las puertas hasta que finalmente los encontramos en el salón, tirados cada uno en un sofá, entre vasos, ceniceros, botellas y restos de comida tirada por el suelo y por encima de las mesas.

—¿Qué quieres? —me preguntó uno de ellos.

—Buenas, soy Marta Navarrete. Estuve aquí el jueves por la noche y me dejé aquí el abrigo y el bolso...

Antes de que pudiera acabar la frase, el otro chico me interrumpió de forma muy brusca.

—Ya hemos dejado tus cosas al portero, ¿no te las ha dado? Porque aquí no nos quedamos nada de nadie.

—Sí, sí, tengo mis cosas, pero es que os quería hacer unas preguntas.

De repente, ambos se incorporaron y me miraron con sorpresa.

—¿Eres poli? —me sorprendió preguntando uno de ellos.

—¿Poli? —me dio la risa—. No, no, simplemente me gustaría saber si recordáis con quién vine el jueves.

—¡Qué va! En esta casa vamos a fiesta diaria, y a más de la mitad de la gente que viene ni la conocemos, como a ti.

—¡No! —gritó el chico moreno más alto de los dos incorporándose del sofá de repente.

—Sí que me acuerdo de ti. Viniste con el pintas ese que ya ha estado aquí alguna que otra vez, el medio yonki ese.

—¿El medio yonki? —preguntamos a la vez Joaquín y yo.

—¡Ah, sí!, ya me acuerdo —continuó el otro chico, más bajito, regordete y con una incipiente calvicie, pero algo más guapo que el primero—. Sí que me acuerdo, llegaste con el yonki tarado ese que es amigo del franchute.

—Sí, es verdad, es el amigo del franchute. Sí que está tarado, sí, está medio loco.

No sabía de quién me estaban hablando, y no podía salir de mi asombro, al igual que Joaquín. Estaba asustada, pero quería seguir sabiendo más, lo necesitaba.

—¿Y sabéis cómo se llama o dónde puedo encontrarlo?

—¿Qué pasa? ¿Te ha dejado preñada o te ha pegado algo raro?

—No me extrañaría.

A cada frase que añadían a la conversación, me sentía más asustada y confusa. ¿Estarían hablando de Daniel o de Juan? ¿Sería alguno de ellos conocido de ese tal franchute y realmente sería un personaje tan extraño? Quizás, no los conocía lo suficiente a ninguno de los dos, y como me era imposible recordar nada más, y menos en una situación tan estresante como aquella, no era extraño que sospechara de ellos.

—No, no es nada de eso, simplemente quiero saber con quién vine a esta fiesta y por qué, y, sobre todo, por qué no recuerdo nada

de esa noche hasta que me desperté en ese lavabo de ahí tirada en el suelo llena de vómito —dije señalando a la puerta que estaba al fondo del pasillo, donde recordaba haberme despertado.

—Pues ya te digo yo porque no recuerdas nada —contestó el chico bajito—, seguramente el cabrón ese te drogó para aprovecharse de ti. Vamos, apostaría la mano.

—¿Qué dices? —gritó Joaquín.

—Tschhh —chistó el moreno entornando los ojos y poniéndose ambas manos en las sienes—. Dile a tu novio que no grite, que tengo resaca —me dijo.

—Primero, no es mi novio, es un amigo que ha venido a ayudarme, y segundo, ¿cómo quieres que no grite si me dices que vine a una fiesta con un yonki amigo de un tal franchute, que no tengo ni idea de quién es, y me dices que lo más probable es que me drogara para aprovecharse de mí y que por eso no recuerdo nada de esa noche? —Me giré hacia Joaquín y en voz más baja le dije—: ¿Qué relación puede tener todo esto con mis lagunas, con que mi padre sepa de esta laguna y me diga que ya ha habido otras? ¿Seré adicta a alguna droga, Joaquín?

Una sensación de ansiedad invadió mi cuerpo, cerrándome las vías respiratorias, ahogándome, quemándome la tráquea.

—¡No! De eso estoy seguro, me lo hubiera dicho tu padre o tu hermano, no es eso, Marta.

—¡Pues ayúdame, Joaquín!, ¡Ayúdame a recordar! ¡Cuéntame lo que te ha dicho mi padre!

—No puedo Marta, faltaría a mi palabra, y él me ha prometido que tú recordarás por ti sola.

—¡Manuel se llama! —gritó de repente el bajito—. Ya me he acordado. Es Manuel el tipo ese. Llegaste con él, pero él se fue muy pronto, solo, sobre las 11.30. Lo sé porque todavía iba sereno, y suelo estar ya tocado a partir de las 12 o así.

—No me suena ningún Manuel. —Me esforcé en recordar, pero hasta donde mi memoria alcanzaba en aquellos momentos no se me había cruzado ningún Manuel en mi vida.

—Sí, a ese tío se le murió la novia en un accidente de coche una noche que conducía él borracho, y se quedó tocado para siempre.

Joaquín me miró de repente, noté su mirada clavada en la parte derecha de mi cara mientras yo hacía un último intento por recordar a alguien así, mordiéndome el labio y frunciendo el ceño.

—Está bien chicos, muchas gracias por vuestra información. Seguro que poco a poco nos será muy útil. Que paséis un buen día —concluyó Joaquín, y mientras yo todavía seguí esforzándome por recordar, me agarró del brazo, y suavemente me guio hacia la puerta.

Agaché la mirada hacia el suelo, y de pronto caí en la cuenta de que llevaba mi bolso en la mano. Dentro debería estar mi móvil y mi cartera. Ya en el ascensor, lo abrí y, allí estaba, mi Blackberry. No recordaba tampoco tener una Blackberry. Intenté encenderla, pero obviamente se había quedado sin batería. Abrí el monedero, y además de un par de tarjetas de crédito, DNI, carné de conducir y algo de dinero, encontré algo que me llamó muchísimo la atención. Llevaba conmigo la tarjeta de visita de una clínica. «Clínica Palomar», rezaba en ella, junto con la dirección y el número de teléfono.

—Mira, Joaquín —le mostré la tarjeta—. Esta mañana han llamado a mi padre de una clínica preguntando por mí. ¿Estás seguro de que no soy adicta a nada? ¿No estoy ingresada en ninguna clínica de desintoxicación? —le pregunté con la voz quebrada mientras las lágrimas brotaban de mis ojos.

—Me sabe fatal verte así, Marta, se me parte el corazón. Entiendo lo duro que tiene que estar siendo esta situación para ti, la entiendo, pero no puedo ni llegar a imaginarme lo que debes estar sintiendo. Quiero que estés tranquila porque no es ese tu problema, y quiero también que sepas que voy a estar a tu lado hasta que todo esto se aclare.

Me abrazó fuerte, muy fuerte, torsionando mi esternón y mis hombros hacia adentro.

—Pero ¿tengo un problema verdad? —le pregunté algo más tranquila.

—Nada que no podamos solucionar.

Entramos en el coche sin tener muy claro nuestro rumbo y en mi caso, sintiéndome algo aturdida por todo lo descubierto, o, mejor dicho, por todo lo que no había descubierto todavía y me había causado más confusión. Joaquín decidió llamar a mi padre para informarle de que estábamos bien, y se le ocurrió en el momento que iríamos a comer a un restaurante que conocía de camino al Pardo.

—Joaquín, ¿no tendrás un cargador de Blackberry por casualidad? Tengo una en el bolso, que supongo debe ser mía, pero está apagada, sin batería.

—Mi móvil de empresa es una Blackberry. Tengo el cargador en casa. Si quieres, pasamos, la dejamos cargando mientras comemos, y volvemos a buscarla en cuanto acabemos.

Me pareció una idea genial. Hacía muchas horas que había desayunado ya y mi estómago empezaba a rugir de hambre. Su casa quedaba de camino al Pardo, así que no tuvimos que desviarnos demasiado del camino.

Comimos en una terraza, aprovechando el sol de diciembre en Madrid que caliente todavía lo suficiente como para poder disfrutar de él al aire libre. Carne a la brasa y una ensalada, acompañada de algo de vino, postre y café para rematar. Pedimos la cuenta, y yo no podía hacer otra cosa más que pensar en ir a buscar la Blackberry y descubrir algo más sobre aquella noche y sobre mi pasado en general, pero entre el vino que habíamos bebido y el cansancio acumulado, caí en un sueño profundo en el coche de camino a casa de Joaquín. Sin saber muy bien cómo, aparecí tumbada y tapada con una manta en el sofá de su casa, con él al lado y la televisión encendida. Se respiraba paz y tranquilidad en aquel salón tan familiar y acogedor, con suelos de madera, una caja con juguetes en una esquina, una pequeña mesita con una silla del mismo tamaño y unos libros de pintura y lectura sobre ella, cuadros y cojines con tonos cálidos, un juego de café y una vajilla

festiva en una vitrina. Se notaba la mano femenina en todos aquellos detalles, una mano femenina que antaño se había preocupado por su marido, su hija y su casa, y que a pesar de haberse ido hacía un tiempo, había dejado una huella importante en el corazón de ese chico que ahora descansaba a mi lado.

Me levanté sin hacer ruido, aparté la manta y la dejé a un lado, y me dirigí a la habitación donde habíamos dejado cargando mi Blackberry. Era la misma habitación donde había dormido un par de noches atrás. Me senté en la cama e hice el esfuerzo de recordar mi código PIN. Con el primer intento me valió, seguía teniendo el mismo PIN que recordaba, el mismo PIN que utilizaba para todo. Era también mi contraseña del ordenador, mi código para entrar en la oficina...

Tenía la sensación de que recordaba el último día que había entrado en la oficina, pero había sido hacía mucho tiempo. Todavía no se me notaba la tripa, pero lo haría en breve. Había entrado con Juan, veníamos de su casa, habíamos pasado allí la noche. Debía estar ya de unos cuatro meses. Esa semana Juan se iba a Londres, tenía la presentación de esa guía que le hacía tanta ilusión como proyecto personal que era.

—Cuando vuelva de Londres, creo que será el momento de hacerle saber a todo el mundo que estamos juntos y que estamos esperando un hijo, y ya de paso, pensar qué hacer con tu piso.

—¿Qué hacer con mi piso? ¿Qué tengo que hacer con mi piso?

—Supongo que dejarlo, tendrás que venir a vivir conmigo.

Quería estar con Juan, pero aunque lo que me estaba proponiendo hubiera sido el sueño de cualquier chica enamorada, yo no quería que mi embarazo fuera un peso con el que cargar para Juan, ni que yo me convirtiera para él en una obligación.

No había vuelto a hablar con Daniel ni a saber nada de él desde nuestra comida, estaba claro que ambos habíamos decidido seguir adelante con nuestras vidas, a pesar de lo que sentíamos el uno por el otro, y a pesar de que sobre mi cabeza siempre acecharía la sombra de que posiblemente no fuera Juan el padre de mi hijo, porque había un 50% de posibilidades de que lo fuera él. Pero a él lo vería casarse con su novia de toda la vida, porque, por desgracia,

era familia de Juan y por ello ambos formarían parte de nuestra familia para siempre y debería vivir con esa mentira toda la vida.

Cuando Juan me hablaba de cosas así, era cuando me daba la sensación de que me estaba equivocando y me había precipitado en mis decisiones, que quizás debería haber seguido adelante con mi plan inicial y haberme alejado de ambos para seguir con mi vida o haber luchado por Daniel si era lo que quería como Lucía me había dicho.

—Ya hablaremos de ello, Juan, todavía queda tiempo y hay muchas más cosas en las que pensar.

Tampoco podía quitarme de la cabeza las palabras tanto de Daniel como de Maca, y también de sus propias amigas al referirse a Juan. Si realmente era un chico tan mujeriego, cabía la posibilidad de que hubiera cambiado porque realmente se había enamorado de mí, o simplemente por el hecho de convertirse en padre a mi lado. No estaba segura de que quisiera que fuera esa la razón, pero me valía si conseguía cambiarlo. Y si no lo cambiaba y descubría que me era infiel, quizás tampoco me importaba tanto el alejarlo de mi vida... Me gustaba estar con él, me lo pasaba en grande, nuestra relación sexual era tremenda, y la relación personal... quizás debíamos trabajarla un poco más, pero después de todo, nos conocíamos desde hacía muy poco, y las circunstancias nos habían obligado a estar juntos sin tener tiempo a preguntarnos si eso era lo que queríamos.

Aquel día me pasé la jornada laboral dándole vueltas a la cabeza, intentando averiguar cuál sería la mejor manera de reforzar nuestra relación, de convertirla en algo más que una atracción sexual, como dos adolescentes que se acaban de conocer y acaban de descubrir el placer; y algo más que una relación de unos futuros padres que apenas se conocen. Salir a cenar más y dejar la comida *take away* de lado, hablar más de nuestras aficiones y gustos, quizás hablar también de nuestras relaciones pasadas, viajar... Viajar juntos podía ser la clave, y se me brindaba la oportunidad perfecta esa misma semana. Podía sacarme un billete para Londres y darle una sorpresa al llegar allí, después de todo, él me había ofrecido acompañarle el día que me habló de ese proyecto.

Solamente tenía que informarme del horario del vuelo y del nombre del hotel. No sería difícil, podía averiguarlo si Maca me hacía el favor de preguntárselo a su secretaria, se llevaba bastante bien con ella porque iban juntas al gimnasio. Ella era la única que sabía lo nuestro, y aunque ya me había dejado claro que no las tenía todas con ella con respecto a este tema, no se opondría a algo así.

Le escribí un email, y como había supuesto, al final del día ya tenía un email de vuelta con toda la información.

18.20

Hola, Marta,

No ha sido muy difícil lo que me has pedido, Sandra se lo sabía de memoria, ella se ha encargado de hacer todas las gestiones.

Sale el viernes a las 7.30, aterriza en Heathrow a las 9.30 y se hospeda en el hotel Park Plaza Westminster Bridge London. ¡Se ve que es un hotelazo! No tendrás que reservar habitación porque él tiene habitación doble y no la comparte con nadie. Al parecer van 4 o 5 personas más de la redacción para cubrir el evento, pero ella me ha asegurado que no comparte habitación.

Pues nada, te deseo un feliz fin de semana. Espero que le guste la sorpresa.

Un beso.

Maca

En cuanto acabé de leer el email, descolgué el teléfono y llamé a mi padre.

—Papá, necesito que me hagas un favor. Tengo que sacarme un billete para Londres para este fin de semana, para el viernes, y necesito que te acerques a la agencia de viajes o llames por teléfono para sacármelo, ya te devolveré el dinero.

—¿Pasa algo? ¿Para qué tienes que ir a Londres?

—Es un tema de trabajo, papá, es una presentación muy importante para Juan, y yo quiero ir a acompañarle, quiero estar con él en ese momento.

—Pero ¿tú tienes que ir?

—No, papá, es una sorpresa para él. ¿Podrás hacerlo? ¿Podrás sacarme un billete para el viernes por la mañana?

—Sí, hija, sí, ahora llamo y te lo saco. Dame todos los datos de tu DNI y en un rato te devuelvo la llamada con lo que sea.

A las 9, una vez ya en casa acomodada con mi pijama en mi sofá, sabiendo que esa semana me tocaría dormir sola cada día porque Juan tenía, además de un par de cenas de trabajo y un partido de fútbol con sus amigos, mucho lío con el tema de la presentación en Londres y le tocaría quedarse a trabajar hasta tarde; recibí la llamada de mi padre.

—Marta, a ver, te cuento. Para el viernes por la mañana estaba ya el tema muy complicado. Como conozco bastante bien a la chica que trabaja en la agencia, me ha conseguido una plaza en el vuelo de las 10 de la mañana. Antes imposible, y me lo ha hecho como gran favor y a precio de oro.

—Muchas gracias, papá, creo que a las 10 estará bien. Llegaré a las 12 y si está ya en alguna reunión, yo lo esperaré en el hotel.

—Me alegro, hija. Pasaré mañana por tu casa para entregártelo. Buenas noches. Un beso y descansa.

No me hacía falta investigar sus horarios, la idea de esperarlo en el hotel me parecía mucho mejor que la de andar persiguiéndolo por la ciudad mientras necesitaba estar concentrado en su trabajo. Además, esa hora era perfecta para poder llamar al trabajo antes de embarcar y decir que me encontraba indispueta para poder faltar ese día.

Juan no pudo sospechar nada acerca de mis planes, me despedí de él deseándole suerte el jueves por la tarde tomando un café en la cafetería de enfrente de la oficina, en la misma dónde medio año antes me había reencontrado con Daniel y me había valido mi puesto de trabajo. El viernes por la mañana, como tenía planeado, llamé a la oficina sobre las 9 para avisar de que me encontraba indispueta. Había sido muy clara con Maca a la hora de pedirle el favor para que nadie llegara a enterarse jamás de dónde estaba ese día, ni siquiera la secretaria de Juan podía saber que aquellas preguntas se debían a mi interés por presentarme allí por sorpresa. Al no asociarnos como pareja, tampoco podrían ni llegar a imaginar jamás alguna idea tan disparatada. Aun sabiendo que en el hotel y en la presentación estaría acompañado por colegas de la revista, mi

idea era que nadie llegara a descubrirme allí.

Preparé mi maleta con las cuatro cosas imprescindibles, llamé a un taxi y me planté en el aeropuerto. Me subí al avión muy nerviosa y excitada por la situación, tenía un nudo en el estómago ya que no sabía cuál sería su reacción. A lo mejor me había precipitado demasiado y estaba haciendo una locura; pero el mundo está lleno de locos a los que les salen bien las cosas.

—¿Te acuerdas del PIN? —me preguntó Joaquín. Se había sentado a mi lado en la cama y no me había dado ni cuenta. Me había quedado mirando la pantalla del móvil en la que decía «Introduzca código PIN» mientras recordaba mi viaje a Londres. Me dio algo de rabia que interrumpiera así mis recuerdos ahora que había conseguido volver a hilar mi historia.

—Lo recuerdo perfectamente —le respondí algo seca—, al igual que un viaje a Londres que hice para encontrarme con Juan.

—¿Y qué recuerdas de ese viaje? —me preguntó.

«Nada más, me has interrumpido», le hubiera contestado, pero simplemente introduje el código PIN sin decir nada, a la espera de la información que pudiera obtener de esa jugada. 2708, la fecha de cumpleaños de mi madre. Poco a poco se fue conectando el móvil, y de repente empezaron a llegar mensajes. Llamadas perdidas. Papá, mi hermano, un número desconocido de un teléfono fijo de Madrid y Manuel. Debía de tratarse del mismo Manuel que me llevó a la fiesta y del que habíamos estado hablando en la casa de aquellos chicos. Si tenía su número memorizado en el teléfono, debía de ser conocido mío y no simplemente un chico con el que me había topado por casualidad aquel mismo día como había tenido la esperanza de que hubiera sido hasta aquel momento.

Me llegaron también mensajes de texto, publicidad de la compañía telefónica, publicidad de un centro de belleza que me hacía 15% de descuento de tratamientos faciales, y un mensaje de Manuel. Me temblaban las manos mientras esperaba que se abriera. Joaquín estaba inclinado ligeramente hacia mí para poder ver mejor la pantalla.

«Marta, me he tenido que ir de la fiesta. No he sido capaz. Espero que te encuentres bien, me perdones algún día y que nos

volvamos a ver».

¿Qué era lo que este chico debía hacer y no hizo? ¿Qué era lo que debía perdonarle? Como no sabía de lo que se trataba, no podía salir de dudas.

Recordaba haber visto un paquete de chicles en el bolso, dejé a un lado el móvil y me puse a buscarlos. Al fondo de este, volví a ver la tarjeta de la Clínica Palomar, y se me encendió una bombilla. Comprobé si su número de teléfono estaba grabado entre mis contactos. Me dispuse a teclear el número, pero no me hizo falta, enseguida me di cuenta de que el número que estaba a punto de marcar era el mismo desde el que había recibido un mensaje con una llamada perdida. La llamada se había realizado el viernes por la mañana, a las 9.30, estaba claro que me buscaban.

—Joaquín, ¿me podrías acercar a esta clínica? Me llamaron el viernes por la mañana, me estaban buscando. Quizás ese sea ahora mi hogar, por algún motivo que desconozco. Debo volver allí, algo me dice que allí podré averiguar las incógnitas que todavía me persiguen.

—Yo no tengo problema en acercarte, pero quizás hoy, al ser domingo, no puedan atendernos. O quizás prefieras que sea tu padre el que te acerque.

Reflexioné su respuesta, quizás debiera dejar pasar ese día, a pesar de que me moría de ganas de averiguar, y que fuera mi padre el que me llevara allí. Después de todo, si ese era mi nuevo hogar por algún motivo, preferiría quedarme allí despidiéndome de alguien a quien quisiera, y si no se trataba de un centro en el que estuviera interna si no mi nuevo puesto de trabajo o un centro en el que tenía a alguien conocido ingresado..., también en ese caso prefería ir acompañada de mi padre. Al pensar sobre ello, me vinieron a la cabeza de nuevo Juan y Daniel. Cogí el móvil sin haber siquiera contestado a la propuesta de Joaquín, y busqué sus nombres entre los contactos. No tenía grabados sus teléfonos.

—Creo que la clínica tiene algo que ver con Juan o con Daniel, Joaquín. No tengo sus teléfonos guardados en los contactos del móvil. Voy a echar un vistazo a las fotografías que hay guardadas para ver si eso me ayuda a recordar algo.

Abrí la carpeta del móvil que correspondía a imágenes, pero estaba vacía.

—¡No puede ser! Debería tener fotos guardadas. Hice fotos en Londres, lo recuerdo, y utilicé este mismo móvil, me lo regaló Juan justo una semana antes. Un amigo suyo trabajaba para GSMA y había estado negociando la celebración del congreso 3GSM en Barcelona. Se había reunido con los consejeros delegados de NOKIA, Blackberry, Motorola y otras compañías telefónicas puntera y le habían regalado ejemplares de sus últimas novedades. Le dieron tantas que las repartió entre sus amigos y Juan me dio esta para que cambiara de móvil, mi antiguo Motorola estaba ya bastante desfasado.

—Las borrarías por algún motivo, o quizás se borraron solas. ¿Estás segura de que hiciste fotos en Londres?

—Sí, fueron las primeras fotos que hacía con móvil en mi vida.

De repente miré la hora en el reloj digital que había en la mesilla de noche. Eran las 19.30. Hacía tanto rato que había oscurecido que creí que sería mucho más tarde. Aun así, me entraron unas repentinas ganas de marcharme a mi casa, y tampoco le quería pedir más favores a Joaquín. Me puse a buscar en el listado de contactos el teléfono de mi padre sin decir nada, y cuando descolgó, con voz de sorpresa al ver en su pantalla que era desde mi teléfono desde el que llamaba, le pedí que viniera a buscarme a casa de Joaquín. Este se levantó de la cama y se dirigió a la puerta para dejarme sola en la habitación, pero antes de que lo hiciera, le pedí su dirección. A pesar de haber estado ya allí un par de veces, esa zona no me era familiar y desconocía tanto el nombre de la calle como el camino para llegar hasta allí.

—Calle Monasterio de Suso y Yuso 14 —le repetí yo a mi padre. Seguí dos minutos más de conversación con él y colgué el teléfono.

Me dirigí al salón en busca de Joaquín, pero asomó la cabeza a través del marco de la puerta de la cocina. Se estaba preparando un café.

—¿A qué hora llega tu padre?

—Supongo que en medio hora o cosa así.

—Te podía haber llevado yo, tengo que ir a buscar a mi hija.

Parecía molesto, pero yo no podía seguir pidiéndole más favores, me parecía abusar de él.

—Por eso mismo, Joaquín, tú tienes cosas más importantes que hacer, y después de todo lo que has hecho ya por mí, no puedo seguir pidiéndote más favores.

—Yo los hago encantado, quiero ayudarte a resolver este misterio y que sigas adelante con tu vida.

—Que está claro que no debe de ser muy sencilla —añadí yo.

—¿Y quién tiene una vida sencilla? —concluyó él.

Cogí todas mis pertenencias y salimos a la calle. Cinco minutos después, vi aparecer el coche de mi padre.

—Ahí está mi padre —dije señalando su coche.

—¿Un Ford Scorpio Cosworth tiene tu padre? —me preguntó asombradísimo—. No me lo esperaba para nada.

—Es uno de los coches que tiene. Le gustan los coches antiguos pero bien conservados.

—Hombre, un Ford Scorpio tampoco puede considerarse un coche antiguo. Si un caso, se puede considerar coche retro.

Me dio la risa.

—Y tan retro, ¡lo tiene desde que nació mi hermano! Pero ya te digo, tiene otros coches, este lo saca para hacer el pena un rato. — Y abrí la puerta del copiloto de ese coche retro que tanto le había llamado la atención a Joaquín, y me metí en él sin más despedida que un adiós con la mano y una sonrisa en la boca.

Durante el trayecto, podría haber empezado a hacerle mil preguntas a mi padre; preguntarle por Juan y Daniel, por la clínica, dónde estaban mis fotos, quién era ese tal Manuel..., pero pude empezar a recordar con claridad mi viaje a Londres, y preferí dejar volar mi mente y que fuera ella por sí sola la que empezaba a resolver dudas.

Cuando llegué al aeropuerto de Londres, con los nervios a flor de piel, me costó muchísimo ubicarme. Había estado con mis padres con 15 años, pero entonces fueron ellos lo que me guiaron, me llevaron y me solucionaron la papeleta. En ese momento me vi sola y perdida, hubiera necesitado de la mano de mi padre y mi madre para que me dijeran por dónde ir y qué era lo siguiente que debía

hacer, pero no solo para salir del aeropuerto, sino para seguir con mi vida.

Acabé cogiendo un autobús que me dejó en la estación de Victoria. Allí, cogí el metro hasta conseguir llegar a la zona de Westminster, y por allí lo único que me quedaba por hacer fue preguntar por el hotel.

Sobre las 14h, entre unas cosas y otras, conseguí entrar por la puerta de recepción de aquel lujoso hotel. Me acerqué al mostrador y pregunté por el personal de la revista *Encore*, en especial, por el señor Juan Escudero. Muy amablemente, me indicó que todo el equipo estaba acabando de comer en la sala que quedaba justo a la derecha. Podía esperar pacientemente en el hall, sentada en un cómodo sofá mientras leía la prensa o revistas, podía acercarse el metre para informarle de mi presencia, o podía acercarme yo misma e interrumpir la comida. Me pareció mucho más correcta la primera de las opciones, así que acomodé mi maleta junto al sofá, me senté en el borde de este, y estiré el brazo para coger una de las revistas que había sobre la mesita de té. Antes de haber tenido tiempo siquiera a abrir la segunda página, el equipo de la revista empezó a abandonar el salón, dirigiéndose hacia los ascensores del Hall. Ninguno de ellos me sonaba, hasta que de pronto lo vi. Yo ya me había incorporado y estaba agarrando la maleta. Andaba con la cabeza girada hacia su derecha, hablando con otro chico al que le pude ver la cara perfectamente porque él la tenía girada hacia mí, y él también me pudo ver, lo noté en su expresión, al igual que lo hizo Juan, que enseguida se giró hacia dónde yo me encontraba. Era Daniel, Juan iba hablando con Daniel. En ningún momento había entrado dentro de mis planes la posibilidad de que uno de los miembros del equipo de la revista que acompañaba a Juan en la presentación de la guía fuera Daniel, quizás el hecho de que hubiera sido su prima Marina la que le ofreciera la oportunidad de ir a presentarla en su lugar me hizo directamente eliminar esa posibilidad.

—Pero ¿qué haces aquí? —me preguntó muy sorprendido, pero poco emocionado.

—Solo quería darte una sorpresa ..., y eso, ¡sorpresa! —le dije

con poco entusiasmo también. Para nada en mi cabeza aquel momento se parecía al que había imaginado. Había tenido en cuenta numerables factores, y en el cinco por ciento de los casos, la sorpresa también había sido fallida en mi cabeza, pero no por nada parecido a lo que estaba sucediendo.

—Vaya —empezó diciendo, y tras una larga pausa añadió—: Sí que es una sorpresa, no te esperaba para nada. ¿Cuándo has llegado? ¿Cómo?

Me entraron ganas de decirle: «Con tanto entusiasmo no, por favor, que voy a morir de abrumación», pero simplemente contesté sus absurdas preguntas con un tono bastante seco y algo irónico también.

—Pues hace unos minutos que he llegado, y obviamente, he venido en avión, no iba a venir en burro.

—Ya, ya, me imagino, pero quiero decir que ¿cómo es que te ha dado por venir?

«Aaahhh, eso es otra cosa, chico, no es lo mismo preguntarle a alguien cómo ha llegado a un sitio que por qué coño ha venido, que es lo que me estás preguntando tú».

—Pues ya te he dicho, simplemente quería darte una sorpresa, pero, vamos, que si no te ha gustado la sorpresa, hay muchas cosas para hacer en Londres, no te preocupes, yo me apaño.

—No, no, claro que me ha gustado. Mira, Daniel —dijo girándose hacia él que observaba la escena como si de una película se tratase—, te presento a Marta. Bueno, no sé si os conocéis ya. Ella es mi novia. Ya te he hablado de ella antes, ¿verdad?

—Sí, sí. Nos conocemos y ya me has hablado de ella antes —dijo Daniel mientras alargaba el brazo para tenderme su mano. Al estrechársela, noté un escalofrío que recorrió todo mi cuerpo.

—Ahora tengo un par de horas libres, después es la presentación de la guía, y esta noche, tengo ya un compromiso que no puedo anular, pero puedes cenar con Daniel y el resto del equipo que ya se ha subido a sus habitaciones. Después te los presento a todos.

Me cogió entonces de la mano, y nos metimos en el ascensor. Daniel decidió quedarse en el hall un rato utilizando los ordenadores con Internet. Mientras las puertas de este se

cerraban, Daniel buscó mi mirada por un segundo, y en ella pude leer perfectamente lo que estaba pensando. No quería que estuviera allí con Juan.

Entramos en la habitación, dejé la maleta a un lado, y Juan empezó a abrazarme por la cintura cogiéndome por detrás, besándome el cuello.

—Me ha gustado esta sorpresa, pero no la esperaba, solo eso.

—¡Quién lo diría! —le dije mientras me escabullía de entre sus brazos.

—¡Marta!, ¿cómo querías que te recibiera, dando palmas con las orejas? He venido por trabajo, salía de una comida de trabajo, y esta tarde tengo una presentación importante. No te podía recibir de otra manera, lo siento. Además, yo tengo planes para todo el fin de semana, ya había quedado con amigos que viven aquí. Tendré que anular todos esos planes, pero no me importa, de verdad, estás aquí, me has dado una sorpresa, y eso me gusta.

—De acuerdo —le dije mientras me dirigía al baño. Entré en él, cerré la puerta con pestillo, y las lágrimas empezaron a brotar de mis ojos de forma silenciosa corriendo mejilla abajo borrándome el maquillaje a su paso. Me quedé mirando mi reflejo en el espejo. No llegaba a entender si me había molestado más su reacción o haberme encontrado a Daniel allí, pero ambas situaciones habían sido un shock.

Al salir del baño, me encontré a Juan tumbado en la cama dormido, así que me tumbé yo también a su lado, más decepcionada que enfadada, más confusa que cansada, pero yo también me quedé dormida durante algo más de tres cuartos de hora. Al despertar, Juan estaba en la ducha. Había dejado preparado su traje, camisa y corbata sobre la cama. Me pareció extraño que ni siquiera se dignara a avisarme para que yo también me fuera vistiendo, para que me duchara con él quizás; me estaba dejando muy claro que mi presencia allí no era de su agrado, y a la vez me estaba dejando claro también que me había mentido el día que me había dicho que ojalá pudiera disfrutar de ese momento con él, que realmente me estaba equivocando con él al cien por cien y que debía empezar a pensar en una solución si no quería tirar por

la borda el resto de mi vida.

Salió de la ducha y se me acercó para darme un tímido beso. Se excusó primero por haberse dormido, y segundo por no haberme despertado, pero tenía mucha prisa y prefería ir adelantando los preparativos para que no se le hiciera tarde. No le di importancia y me metí en la ducha. Me arreglé rápidamente; un vestido negro corto con detalles en plata, medias negras, stiletos negros también y una americana de lentejuelas. Me maquillé con tonos suaves, marcando bien los ojos y los labios, me hice una trenza que caía sobre uno de mis hombros, y cogí mi bolso de mano plateado. Al salir del baño, la cara de Juan fue todo un poema.

—¿Dónde vas tan guapa? —me preguntó—. No sabía que habías quedado.

En un principio pensé que se trataba de una broma, y sonreí haciéndome la interesante, pero en su cara atisbé la espera de la respuesta a su pregunta, con lo que entendí que no pensaba que fuera a acompañarlo, e improvisé una respuesta que no me dejase más a la altura del betún de lo que lo estaba haciendo la situación en sí misma.

—Tenía pensado acudir a un musical y después ir a cenar a algún restaurante bonito, pero ya veremos, todo depende un poco de los precios, claro —dije como excusa a mi vestimenta.

—Por la cena no te preocupes, ya te dije antes que mi equipo puede cenar contigo, y ellos van a gastos pagados, así que tú también. Avisaré en recepción de que reserven una mesa para 5 en un restaurante de moda para que no os tengáis que preocupar. Y por supuesto, del musical tampoco te preocupes, yo te invito, ¡faltaría más!

¿Faltaría más? ¡Que poca vergüenza! Lo normal hubiera sido que me hubiera invitado a la presentación, que hubiera anulado su compromiso de esa noche o que me hubiera llevado con él, pero todo ello me lo iba a cobrar, claro que sí. Pediría en la recepción del hotel que me reservaran la entrada para el musical *Los Miserables*, la butaca que quedara libre, al precio que fuera, y que reservaran también para cinco personas, no solo en el restaurante más de moda de la ciudad, sino también en la discoteca más de moda de la

ciudad. Había viajado a Londres para pasar el fin de semana con él, y no pretendía quedarme esperándolo en el hotel como una pobre abandonada, prefería salir a quemar la noche como una pobre despechada.

—Yo esta noche no voy a poder acompañarte, y no creo que vuelva hasta mañana, pero te prometo que mañana haremos turismo juntos. Comer juntos no sé si podremos, pero por la tarde podrás acompañarme a ver un partido de fútbol a casa de un amigo que es muy fan del Manchester United que juega este fin de semana; eso es un espectáculo, no te lo puedes perder aunque no te guste el fútbol, y ya pensaremos qué más podemos hacer el domingo antes de que salga el vuelo. Bueno, no sé a qué hora sale el tuyo, el mío hasta las siete de la tarde no sale.

—El mío sale algo antes, a las cinco creo.

—Ok, pues lo hablamos mañana cuando llegue. Deséame suerte.

Efectivamente, le deseaba suerte, pero había algo dentro de mí que había cambiado tan solo en unas horas, y que, predeciblemente, no iba a volver a cambiar. Quizás, aquello que yo sentía anteriormente había sido simplemente la necesidad de encontrar una pareja que llenase el hueco que tenía desde hace tanto en mi vida, y que Daniel había llenado de falsas esperanzas y vaciado con sus mentiras tantas veces. Mi viaje a Londres había sido una acción desesperada por sentirme unida a una persona que tampoco quería sentirse unida a mí, más allá de tener un hijo juntos, algo que no habíamos decidido y que incluso podía ser una farsa también. Me entraron ganas en ese momento de coger de nuevo mi maleta, darme media vuelta y volver por donde había venido; pero cuando ya estaba dispuesta a ello, picaron a la puerta de la habitación. Me encontré de frente con la cara de Daniel al abrirla, pero no iba solo, iba con otro chico que por lo visto también trabajaba en la oficina.

—Nos ha dicho Juan que tienes pensado ir a ver un musical y después cenar en algún local de moda de la ciudad. Cuenta con nosotros para el plan de la cena, y con tres más, en principio, aunque yo reservaría para ocho por si acaso.

Quizás la vuelta podía esperar, y empezaba a disfrutar de

Londres tal y como lo había planeado antes de salir de Madrid, aunque tuviera que ser acompañada de otras personas entre las que se encontraba Daniel.

Finalmente, uno de los recepcionistas del hotel se encargó de reservarme una entrada para el musical de *Los Miserables*, y también me reservó mesa para ocho a las 21 horas, cuando el equipo ya hubiera terminado con la presentación y les diera tiempo a llegar hasta el Soho en taxi desde Marylebone, que no les quedaba lejos.

Disfruté como una enana del espectáculo, hacía tiempo que no acudía a un teatro, concierto, al cine o que salía por la noche de discotecas. Algo había cambiado en mi vida hacia peor si era así como me veía a los 24 años. A la salida del teatro, decidí ir dando una vuelta hasta el restaurante, tenía casi una hora. Fui mirando escaparates, contemplando a la gente y haciendo alguna que otra foto con mi nuevo móvil con cámara.

Al llegar al restaurante y dar mi nombre, el metre me informó de que mis acompañantes ya me estaban esperando en la mesa y, efectivamente, nos habíamos reunido ocho personas contándome a mí. Pasamos una noche estupenda, cenamos como reyes, pedimos vino sin importarnos el precio de las botellas, aunque yo bebí agua toda la noche, y acabamos bailando en uno de los locales de moda de la City, lleno de gente famosa en sus reservados cercanos a los nuestros y bebiendo botellas de Ron y Ginebra sin parar, tónicas y Coca-Cola light en mi caso. La lástima fue que los locales en Londres cerrasen tan pronto y a las 4 ya tuviéramos que acabar la fiesta en la discoteca, pero uno de los chicos ingleses nos invitó a continuar la fiesta en su casa. Vivía en la zona de Notting Hill, y aunque nos quedaba un poco apartada de dónde nos encontrábamos, decidimos todos unánimemente continuarla allí sin ningún problema.

Seguimos bailando, bebiendo y riendo. Hacía muchísimo tiempo que no disfrutaba tanto de una noche, y más teniendo en cuenta que yo no había probado ni una gota de alcohol, quizás, concretamente, desde la noche que conocí a Juan. Había intentado mantenerme alejada de Daniel toda la noche, pero no podía dejar

de mirarlo, no podía dejar de sentir un vuelco en el estómago cada vez que él se acercaba a mí, que me cogía por el hombro, que me hablaba cerca del oído entre los gritos de la gente y la música alta, porque yo sentía como si me estuviera susurrando dulces palabras.

Allá sobre las 7 de la mañana, cuando tanto los que habían sido mis acompañantes esa noche, como otros tanto que se habían unido después a la fiesta en casa de Jackson, empezaron a caer redondos de sueño en cualquier parte de la casa; yo me acurruqué junto a Daniel en una esquina del sofá.

—Ha sido una noche genial —le dije.

—¿Mejor que si hubieras ido a cenar con Juan, hubieras ido a la discoteca con él y estuvieras ahora entre sus brazos en la cama?

—Pues no lo sé —le contesté—. Quizás esa situación tampoco hubiera estado mal, simplemente hubiera sido diferente, pero como no he podido tenerla...

—Con los acompañantes de repuesto te lo has pasado muy bien —acabó él la frase con sorna.

—No habéis sido los acompañantes de repuesto, pero si lo quieres ver así.

—La que está claro que no ha sido la acompañante de repuesto has sido tú. Él tuvo muy claro desde hace ya una semana quién iba a ser su acompañante esta noche, y no la ha cambiado a pesar de la sorpresa que le has dado.

—¿De qué me hablas? —pregunté sabiendo que él debía de conocer más detalles de los que me había contado Juan sobre su noche.

—No me quisiste hacer caso cuando te lo dije, pero Juan es muy mujeriego. Esta noche había quedado con una «amiga» con la que estudió el Máster de Comunicación, y ella iba a ser su acompañante en la cena y seguro que en algo más.

Le gustaba ir cambiando de acompañante y aparecer con una en una cena, con otra en una fiesta con unos amigos, con la siguiente en un partido de fútbol..., así todas nos sentíamos especiales y él podía fardar de tener bastantes “amigas”, aunque a mí me presentara como su novia oficial, quizás por el papelón que teníamos encima. Hubiera deseado en ese momento tener una

máquina del tiempo que me llevara al pasado, al momento en que le informé que estaba embarazada, habérmelo callado y haber seguido con mis planes iniciales.

—¿Quieres decir que ahora está durmiendo con otra verdad?

—Quiero decir que ahora mismo está con otra y que no creo que estén durmiendo precisamente —me aclaró, cosa que no hacía falta porque yo ya lo había entendido.

—¿Y qué hace esa chica aquí? ¿Se la ha traído?

—No, esa chica vive aquí. Estudiaron juntos el máster, el máster que estudió en la Universidad de Cambridge —me aclaró de nuevo.

—No tenía ni idea de que había estudiado un Máster en la Universidad de Cambridge, como veo que no tenía ni idea de muchas cosas.

—Eso pasa por empezar a salir con gente a la que apenas conoces.

Aquellas palabras me llegaron al alma y me hirieron, mucho más que la situación en sí.

—Bueno, eso también le puede pasar a alguien que crea que conoce mucho a su pareja y que incluso lleve toda la vida con ella, si no que se lo pregunten a tu novia —dije y me levanté del sofá, me calcé los zapatos, a pesar de que tenía los pies bastante hinchados, recogí mi chaqueta que estaba amontonada junto con muchas otras sobre unas sillas en el salón, y me dirigí a la puerta. Daniel se apresuró para pillarme antes de salir por esta.

—No te lo tomes a mal, Marta, no me estoy metiendo contigo ni intentando hacerte daño. No te reprocho nada ni quiero que te sientas atacada por mí, pero me duele que Juan sea como es teniendo la suerte de tener a su lado a una chica como tú. Yo no pude, o no supe valorarte lo suficiente cuando tuve la oportunidad, pero él sí la tiene y debería hacerlo, y si no lo hace, es que no te merece y deberías dejarlo plantado de ipso facto.

Estaba totalmente de acuerdo con sus palabras, pero había un problema añadido.

—No es tan fácil, Daniel, hay algo que tú no sabes y que me impide dar la vuelta y no volver —empecé, pero preferí callarme y que nadie se enterara de nuestro secreto. Abrí la puerta y salí de la

casa. Mientras bajaba las escaleras de la entrada, Daniel corrió para colocarse a mi lado después de haber cogido su chaqueta e ir colocándosela.

—¿Cuéntame qué es eso que te impide dejar a Juan! ¿Te ha hecho algo? ¿Te ha amenazado con algo?

Frené en seco mis pasos y me lo quedé mirando con cara de asombro y extrañeza.

—¿Me hablas en serio? ¿Tú crees que él sería capaz de tener amenazada a una chica para que no le dejara?

—Tuvo más de un año a su ex mujer así —me confirmó.

—Esa no es la información que yo tengo —le contesté.

—Te invito a un café y te cuento su verdadera historia. Si quieres, claro.

Emprendimos de nuevo la marcha y nos dirigimos a una cafetería cercana.

La historia que Juan me había contado sobre su ex mujer difería un tanto de la que me estaba contando Juan. Su ex mujer se había querido separar de él mucho antes de lo que lo hicieron, pero él no quería darle la razón a todos aquellos que habían vaticinado el fracaso en esa pareja, y la obligó a quedarse a su lado un tiempo más, permitiéndole todo tipo de lujos, viajes, compras... En cierta manera se puede decir que la compró durante un año para guardar las apariencias, a pesar de que no hacían vida de casados; no convivían a penas, no dormían juntos, y por supuesto, no mantenían relaciones, por eso Juan empezó a buscarse una amiga tras otra, y ella hacía lo propio en su vida. Todo terminó el día en que su padre lo pilló con otra chica en el antiguo piso de la calle Princesa, en el que vivía ahora mismo, cuando su padre se presentó por sorpresa a buscar unos papeles.

—¿Pero por qué se acabó el amor entre ellos si eran felices, si querían tener hijos juntos? —le pregunté intentando averiguar algo más.

—Precisamente ese fue uno de los mayores problemas. Pasaron un año muy duro de médicos para arriba y para abajo, y finalmente ella se enteró de que él era estéril, que nunca se podría quedar embarazada con su esperma, y para no herirlo, decidió callarse esta

información. Guardar secretos acababa matando. Yo lo sé porque se lo contó a Marina, con ella se llevaba bastante bien, y un día le confesó qué era lo que tanto daño les estaba haciendo en la relación.

Aquella información me cayó como un jarro de agua fría. ¿Cómo que era estéril? ¿De verdad su esperma no valía? Y él no lo sabía, claro. Entonces..., él no podía ser el padre de mi bebé. Entonces, era Daniel, la persona que ahora mismo estaba frente a mí tomando un café, explicándome los detalles de la vida de mi pareja que desconocía. Ese chico por el que había estado suspirando tanto tiempo y que finalmente se iba a casar con su novia de toda la vida en tan solo unos meses. Él conocía el secreto de Juan, y su novia también. Quizás, incluso alguien más en la familia. No podía aparecer embarazada de alguien que era estéril ante gente que lo sabía, quedaría como una estafadora, y ahora ya era demasiado tarde para callar.

—¿Te pasa algo? ¿Te has quedado impresionada con la noticia? — me preguntó al ver mi cara palidecer.

Y de repente empezaron a brotar las lágrimas de mis ojos sin ningún control y sin poder frenarlas. Un nudo en mi garganta me impedía hablar, mi cuerpo entero empezó a temblar.

—Pero ¿qué te pasa? — me preguntó preocupado colocándose frente a mí y cogiendo mi cara con ambas manos mientras yo intentaba agacharla lo máximo posible para ocultar mi vergüenza, tristeza y angustia.

—Creo que tengo un problema bastante grande, un problema que se ha complicado porque en él se ven implicadas muchas personas, empezando por mí y por Juan, mi padre, incluso tú también — dije entre sollozos sin poder controlarme.

—¿Yo también? — preguntó Daniel asombrado.

Le pedí que pagáramos y nos marcháramos de aquella cafetería, no quería dar el espectáculo, prefería contarle mi secreto, algo que a él también le incumbía, y mucho, paseando por algún bonito parque de la ciudad en aquella mañana tan atípicamente soleada en ese país.

Nos dirigimos hacia Hyde Park dando un paseo. Teníamos una

buena tirada, pero ninguno de los dos teníamos prisa y lo que le tenía que contar nos iba a dar para largo y tendido.

—Me tienes en ascuas, Marta. ¡Cuéntamelo ya por favor!

Le ofrecí sentarse en un banco frente al lago mientras mi cabeza seguía dándole vueltas a cómo afrontar aquella conversación. Podría haberme inventado a un tercero en discordia, pero no quería seguir mintiéndole a nadie ni mintiéndome a mí, prefería que él supiera la verdad y que juntos, como adultos, decidiéramos qué hacer con la situación, ya que con su vida ya tenía claro qué era lo que iba a hacer, y yo con la mía posiblemente también.

—Es muy difícil para mí tener esta conversación, pero creo que después de lo que me has contado de Juan, es necesario que te lo cuente para que conozcas la verdad. —Hice una larga pausa, inspiré aire y continué—: estoy embarazada.

Daniel me miró con ojos como platos, parpadeando lentamente mientras intentaba procesar la información.

—Pero... pero... —prosiguió— Juan no puede tener hijos. ¡Claro!, eso lo has sabido ahora, y claro... él no lo sabe, por eso no te ha podido decir que no es suyo, y si... y si no es suyo..., pues... es de otro, ¡claro!, y ese otro..., pues... ¿quién es? —Estaba nervioso y obviamente era porque conocía la respuesta a su pregunta, pero prefería que yo la verbalizara.

—En estos últimos meses solo he estado con Juan... y contigo. No te dije nada antes, porque no quería ni llegar a imaginar que el bebé fuera tuyo.

—¿Habíais decidido tenerlo? ¿Sí, no? —preguntó sin hacer referencia a mi respuesta.

—Pues sí, pero no es suyo, tú lo sabes, tu novia también lo sabe, quizás alguien más de su familia lo sabe...

—Y tú lo sabes —concluyó.

—Y yo lo sé. Pero ahora ¿cómo se lo hago saber también a él?

Se había quedado mudo, hipnotizado mirando el reflejo del sol en el lago, solo roto por el contoneo de los patos al pasar nadando sobre él.

—No sé qué decirte, Marta. No sé qué decirte, ni qué hacer, ni cómo reaccionar ante esta noticia que te mentiría si te dijera que

me alegra —me confesó preocupado.

—Lo sé, Daniel, no tienes por qué alegrarte, ni mucho menos. Tampoco te pido que hagas nada, simplemente tengo un problema. Mi padre conoce a Juan, y sabe que estoy embarazada. ¿Cómo le digo a él también ahora que él no es el padre? ¿Qué va a pensar mi padre de mí? ¿Qué hago con mi vida? —Hundí la cara entre las manos apretándome la frente con la punta de los dedos.

No esperaba ninguna reacción diferente por su parte, entendía que no podía llegar una mañana en Londres y cambiarle la vida, aunque también lo que me pasara a mí fuera responsabilidad suya.

Entre unas cosas y otras nos habían dado las 10 de la mañana. Mi cuerpo me pedía descansar sin falta, así que me levanté del banco y le pedí que me acompañara a la estación de metro más cercana, no podía seguir caminando con aquellos zapatos y aquel cansancio ni un minuto más. Nos dirigimos al hotel y al entrar por la puerta le pregunté al recepcionista si Juan había vuelto ya. Para comprobarlo, telefoneó a la habitación, y allí estaba. Debía de haber llegado antes de las ocho que era cuando había habido cambio de turno de personal. En el ascensor, Daniel me apretó la mano muy fuerte, me la besó y me deseó suerte.

—Hagas lo que hagas, voy a estar a tu lado.

Joaquín también me había dicho esas palabras, había sentido el mismo estremecimiento en el cuerpo en ese momento que en los que Joaquín me había acompañado y ayudado.

Seguía teniendo a mi padre sentado en el asiento de al lado, conduciendo concentrado, mirando la carretera, ajeno a mis pensamientos y mis recuerdos. Giramos la esquina y nos metimos en el garaje.

—He pensado que mejor estarías en casa conmigo que no en tu casa sola, además allí no tienes de nada. Aquí podemos cenar tranquilos y si quieres, echar un vistazo a todas las cosas que te trajiste.

Yo también necesitaba estar acompañada, me sentía como una niña pequeña indefensa. Me abalancé sobre mi padre, lo abracé y reposé mi cabeza en su pecho notando su respiración. Él también me abrazó fuerte, y permanecimos inmóviles en el coche abrazados

dentro del garaje por unos cinco minutos. Después subimos a casa, me enseñó dónde estaban las cajas con mis cosas y se dirigió a la cocina para hacer una tortilla. También me apetecía darme una ducha caliente, ponerme un pijama y la bata de estar por casa y sentirme cómoda. Como aquella mañana.

Cuando entré por la puerta de la habitación, Juan salía del baño. No lo noté ni un poco molesto siquiera.

—¿Te lo has pasado bien esta noche eh? Yo también, la verdad.

—La única diferencia es que no creo que hayamos hecho las mismas cosas —le contesté algo enfurecida por la información oculta que aquella frase contenía.

—¡Obviamente! Seguro que tu noche ha sido más divertida que la mía.

—¿Me tomas por boba, Juan?! —exploté al fin—. Sé que has pasado la noche con una «amiga».

La expresión de su cara no cambió en absoluto, pero su tono se volvió irónico, rozando el tono burlesco.

—Supongo que te lo ha contado Daniel. Tendría la necesidad de hacerlo si quería conquistarte. ¿Lo ha hecho? ¿Por eso llegas tan tarde? ¿Has pasado la noche con él? Yo sí que la he pasado con Danielle, y ha sido una buena noche, aunque algo breve para lo que me gusta, ya sabes —dijo mientras me guiñaba un ojo. Su frialdad no había hecho nada más que encenderme por dentro y desear no haberlo conocido nunca.

—Pero ¿tú por quién me has tomado a mí? Creo que debemos dejar aquí esta discusión, y de hecho debemos dejar aquí esta relación. Olvídate de mí y olvídate del embarazo; olvídate de cualquier plan que pudiéramos haber hecho para el futuro porque no me vas a volver a ver más.

Cogí la maleta bien fuerte, tiré de ella arrastrándola por la habitación entre el espacio de la cama y la puerta de salida, que cerré tras de mí dando un portazo. Me dirigí al ascensor a toda prisa, casi corriendo por el pasillo, y me metí en él. Las piernas y el cuerpo entero me temblaban. Abrí la maleta rápidamente, saqué unas zapatillas de deporte, me las cambié por los zapatos de tacón, y salí por la puerta tan rápido como pude. Me sentí como en la

película de *Novia a la fuga*. Atravesé el puente de Westminster hasta encontrarme bajo el Big Ben. Alcé la vista, exhausta, me faltaba el aire, y de repente me entró la risa. Solté una larga y sonora carcajada en medio de la calle, sola, pero rodeada de cientos de personas. Tiré la maleta al suelo y me senté sobre ella. ¿Y ahora qué?, pensé. Me buscaría un hostel para pasar la noche y para poder descansar algo. Comería cualquier cosa en un restaurante de comida rápida y pasearía mucho, disfrutaría de Londres, que era lo que había planeado hacer aquel fin de semana.

Y así lo hice. Me hospedé en un hostel cerca de la estación de Victoria, aproveché que la zona estaba llena de restaurantes y me comí un sandwich. Me di una ducha, descansé un buen rato y después me volví a vestir. Unos vaqueros y un jersey cómodos, mis zapatillas y vuelta a la calle, metro arriba metro abajo, visitando cada uno de los edificios emblemáticos y monumentos que tenía pensado visitar. De vuelta al hostel, pasé por delante de un pub que estaba abarrotado. En la pantalla, el partido del Manchester United contra el Liverpool, sin duda un partidazo. En aquellos momentos hubiera estado en casa de algún amigo de Juan disfrutando de él, pero no valía la pena pensar en ello, debía dejar en el pasado lo que pertenecía al pasado y nunca más formaría parte de mi presente o de mi futuro. Por eso, en aquel mismo momento, decidí que no volvería a trabajar en la revista *Encore*. De hecho, en cuanto llegara a casa redactaría mi carta de dimisión para no tener que volver el lunes. Renunciaría a mi finiquito, pero acabaría con los malos ratos que me podría llevar en el caso de tener que volver por allí.

Salí de la ducha, me puse el pijama y me acerqué a la cocina.

—¿Has encontrado algo que te sirva? —me preguntó mi padre.

—No he empezado a mirar nada, prefería darme una ducha y cambiarme de ropa. He recordado algo más. Ya no trabajo en la revista, ¿verdad?

—No, hija, hace ya tiempo que no trabajas en la revista.

—Me alegro —le contesté. Me alegraba de veras de haber tomado aquella decisión aquel sábado por la tarde en Londres y

haberla cumplido.

Después de una cena casera preparada con mucho amor, cogí la caja que me había indicado mi padre, me senté con él en el sofá, y fuimos investigando juntos. Cosas de poca importancia en principio: cajas con bisutería, botes de colonia, una plancha de pelo, unas velas de olor, un jarrón con una margarita de tallo largo, unos CDs de música y un marco de fotos con una fotografía en la que aparecíamos Daniel y yo. Yo tenía una considerable tripa, y ambos sonreíamos frente al Templo de Debod.

—¿Qué significa esta fotografía, papá?

No la recordaba, ni recordaba el motivo por el cual Daniel y yo podíamos estar posando tan alegres, tan unidos, para aquella foto. Pero por mis últimos recuerdos, podía llegar a imaginar qué había pasado, y de nuevo las lágrimas brotaron de mis ojos.

—No llores, hija mía, esta fotografía es un recuerdo feliz, piénsalo.

—¿Sabes que Juan no era el padre, verdad?

—Lo sé, hija.

—¿Dónde está mi bebé, papá? No recuerdo nada de él. ¿Es niño? ¿Es niña? Quiero estar con él. En esta fotografía debía estar de unos 6 meses, es verano.

—Te queda muy poco para acabar recordándolo todo. Ven y abrázame, hija, que eres lo mejor que me ha pasado en la vida. — En esta ocasión fue mi padre el que empezó a llorar silenciosamente.

No recuerdo en qué momento me dormí, pero amanecí entre mis sábanas con olor a suavizante, en mi cama, arropada con ternura. Los tímidos rayos de sol que se colaban entre los agujeros de la persiana iluminaban la habitación y podía ver mis peluches sobre la banqueta, mi escritorio y mis libros en su estantería, la foto con mamá sobre la mesilla de noche y un par de cajas de plástico translúcido con ropa dentro en el suelo. Las motas de polvo bailaban desacompañadas sobre mi cabeza. «Un ratito más», pensé, pero entonces recordé cuál era mi misión ese día: debía ir a la clínica y averiguar qué vínculos tenía conmigo.

Hurgué en las cajas de ropa y en mi armario y encontré algo cómodo que ponerme. Unos vaqueros grises y un jersey rojo, me calcé mis zapatillas, me lavé la cara, me peiné y salí al salón. Mi padre se estaba tomando un café sentado en la butaca del mirador, observando el cielo desde ese tercer piso de altura. Se sorprendió al oír el parqué crujir bajo mis pies y se giró sobresaltado.

—¡Qué alegría amanecer contigo en casa, hija!

—Ya estoy lista, papá, cuando quieras salimos para la clínica.

Algo me decía que mi padre no quería que me fuera de su lado, que no quería que fuera a descubrir lo que tuviera que descubrir allí, pero yo necesitaba seguir buscando mi pasado porque tenía ganas de seguir con mi presente.

Volvimos a montarnos en el coche, en esta ocasión cogimos el BMW que era de mamá. Creía que ya no estaría en el garaje, que se lo habría llevado mi hermano, pero estaba claro que mi padre quería seguir conservándolo.

—Hacía mucho tiempo que no montaba en este coche —le dije.

—¿Te acuerdas cuando mamá os llevaba al colegio? ¿Y de cuando se empeñaba en coger ella su coche para salir a cualquier sitio pero después me hacía a mí sacarlo del garaje porque decía que ella no podía con tanta columna?

—Sí, papá, me acuerdo mucho de ella. Gracias a Dios, sus

recuerdos no se han borrado..

Condujo entre los millones de coches que se mueven cada mañana por Madrid durante más de una hora, y finalmente aparecimos en un lugar que no me sonaba de nada, adentrados ya en Pozuelo de Alarcón. Aparcamos en la puerta, y atravesamos un bonito arco de entrada para encontrarnos con un enorme jardín lleno de altísimos árboles, preciosos parterres de flores, a pesar de que por la época solo lucían unas cuantas, bancos de piedra y hasta un estanque con pececillos. Nada me resultaba familiar, pero el caso es que la casa que se encontraba al fondo creía haberla visto en uno de mis sueños.

—Subiremos estas escaleras y esperaremos en el descansillo a que nos venga a atender la doctora Lorena.

¿Doctora? ¿Había dicho doctora? No podía tratarse de otra cosa que no fuera una enfermedad y empecé a asustarme de veras. Me temblaban las piernas, y mi padre intentó calmarme frenándomelas con su robusta mano. De repente, noté el bolso vibrar. Metí la mano precipitadamente para sacar el móvil. Joaquín me había escrito un mensaje: «Buenos días, Marta. Espero que hayas pasado buena noche. Si quieres, llámame o escíbeme después. Supongo que hoy estarás liada con el tema de la clínica, pero sabes que puedes contar conmigo para lo que haga falta. Un beso».

Había recibido un mensaje así cuando llegué a España de mi viaje a Londres. Había mantenido el móvil apagado durante mi estancia porque no iba a pagar ni un céntimo por las llamadas que me hicieran. Llamé a mi padre para decirle que estaba bien desde una cabina del hostel el sábado por la tarde, como ya hubiera hecho al llegar al aeropuerto. Lo encendí en cuanto hube llegado a casa. Deshice el equipaje, puse una lavadora, me puse cómoda y me senté frente al ordenador para redactar mi carta de dimisión. El móvil empezó a vibrar una y otra vez. Un par de mensajes de publicidad de mi compañía telefónica dándome la bienvenida a Inglaterra y después a España, llamadas desde un número extranjero, posiblemente desde el hotel de Juan, y un mensaje de texto de Daniel.

«Quizás no he sido demasiado consciente del problema que tienes cuando has hablado conmigo, creo que me he centrado más en cómo ese problema me afectaba a mí, pero quiero que sepas que me tienes para lo que haga falta, que solo tienes que decirme qué quieres hacer, y yo te ayudaré. Un beso».

No necesitaba ni que él ni que Juan me ayudaran en nada, necesitaba tomar las riendas de mi vida y empezar a actuar.

Redacté una carta de dimisión en la que argumentaba un cambio de etapa en mi vida, la necesidad de mejorar laboralmente y dejar de ser la ayudante de tercera en el departamento de Recursos Humanos de una empresa. Hice un par de llamadas a mis antiguos compañeros y amigos para ofrecirme para cualquier trabajo, llamé también a Lucía para contarle todo lo sucedido con pelos y señales, y esa misma noche quedamos a cenar. Llamé también a mi padre para explicarle lo sucedido, tenía derecho a saberlo, y yo tenía la obligación de contárselo por lo que pudiera pasar. Me ofreció su casa como refugio, pero necesitaba quedarme en la mía, sola, y afrontar los problemas de cara. Mi padre se había comprometido a hablar con el departamento de Recursos Humanos de su bufete para conseguirme aunque fuera un puesto de ayudante como el que tenía en la revista, y a unas malas, ese sería mi nuevo puesto hasta que lograra encontrar algo mejor. Empecé a trabajar con él ese mismo lunes por la tarde. Me citaron para conocer a mi jefa de departamento y a mis nuevos compañeros. Aunque todo el mundo sabía allí quién era y por qué había conseguido ese puesto de trabajo que no era necesario, no me importaba en absoluto, solo necesitaba subsistir.

Juan me llamaba insistentemente cada día, me escribía emails que desechaba a la papelera del ordenador sin haberlos abierto, y me escribía mensajes que borraba también sin abrir.

Cada mañana cuando salía de casa, lo hacía mirando a un lado y a otro por si me lo encontraba esperándome, y hacía lo propio también por la tarde a mi regreso. Mi jornada era algo más larga que en la revista y podría haber coincidido con el horario de Juan, pero, gracias a Dios, no me tuve que enfrentar a él, al menos cara a cara.

Estando ya casi cerca de los cinco meses, o cinco meses recién cumplidos, mi padre me acompañó una tarde al médico. Yo tenía muy claro que ya no podía abortar. Había tenido una conversación muy seria con mi padre, había pedido consejo a Lucía también como parte de mi familia que la consideraba, y había decidido que seguiría adelante con mi embarazo, que sería madre soltera y que nunca nos faltaría de nada porque mi padre siempre me ayudaría en todo lo que necesitásemos. Todo estaba perfecto, el niño se desarrollaba perfectamente y yo no tenía ningún problema. Sí, era un niño, así que podría llamarle Alberto, como mi padre, que después de todo sería también como el suyo. No le pudo hacer más ilusión la noticia. Al llegar a casa, nos esperaba el portero con cara de preocupación. Me había llegado una carta certificada, una carta de un abogado. Mi padre se la arrebató de las manos mientras nos la tendía, sin darme tiempo siquiera a mirar quién era el remitente. Abrió el sobre desgarrando su solapa y sacó el papel de dentro de forma violenta. Le echó un vistazo en diagonal, me agarró del brazo y tiró de mí hacia el ascensor, despidiéndose a toda prisa del portero.

—Hija, ¿tú has hablado con Juan de que el hijo no es suyo?

—Yo le dije que no volvería a saber de nosotros, pero no le llegué a decir que el hijo no fuera suyo porque si no...

—¡Pero, hija! —gritó mi padre mientras se desplomaba en la butaca—. ¿Cómo no le has informado de algo así? ¡Normal que te haya denunciado!

—¿Que me ha denunciado? ¿Por qué?

—¿Tú qué crees, Marta? Te denuncia porque hace un mes que no sabe nada de ti y te niegas a informarle sobre el estado de tu embarazo de SU hijo.

—Madre mía, papá, y ahora ¿qué hacemos?

—¿Qué hacemos? —repitió con sorna—. Yo nada, hija, esto se soluciona fácilmente. En cuanto hables con él y le cuentes la verdad.

Habíamos estado esperando a la tal doctora Lorena unos 15 minutos en la sala de espera. A su llegada, mi padre se levantó apresurado y se lanzó hacia ella tendiéndole la mano, casi

besándosela.

—Buenos días, doctora. Aquí estamos.

—Buenos días, don Alberto. Buenos días Marta —dijo dirigiéndose a mí.

—Buenos días —le devolví gentilmente, pero sin tener idea de quién se trataba.

—Acompañadme a mi despacho si queréis y hablamos tranquilamente.

No sabía de qué tenía que hablar con ella, pero simplemente con averiguar qué vinculación tenía yo con aquel lugar, ya me valía.

Atravesamos un largo pasillo en el que parecía haber otros tantos despachos, y cada uno contaba con su placa identificativa. Todos ellos pertenecían a doctores y doctoras, pero en ninguno de ellos constaba su especialidad, aunque, tratándose de una clínica de ese estilo, no creí en ningún momento que se tratara de cirujanos plásticos.

La doctora nos invitó muy amablemente a entrar en su despacho. Paredes blancas, sillas de paciente de lona verde, mesa de madera lacada en blanco, un par de muebles archivadores de metal blancos, cortinas de lamas sobre unos grandes ventanales, y unos títulos colgando de su pared. En uno de ellos rezaba su título en Medicina, y en el otro, una master en psiquiatría.

—Bueno, Marta, no sé si te preguntarás qué haces aquí. Me gustaría saber qué pasa por tu cabeza. Ya me ha comentado tu padre que tienes algunas lagunas, y que vas recordando cosas de los últimos años poquito a poco —empezó diciendo, y yo lo confirmé.

—Tengo una laguna de unos dos años actualmente, he ido recordando poco a poco.

—¿En qué momento has empezado a hilar recuerdos y hasta qué momento recuerdas?

Le conté todo lo vivido desde el jueves por la noche, y muy resumidamente, cómo había ido recordando momentos importantes de mi vida hasta el episodio de la denuncia de Juan.

—Es decir —empezó parafraseando mi historia—, que de lo acontecido hasta llegar a esa casa en la que te despertaste el jueves

por la noche, desde la denuncia que te puso Juan, no recuerdas nada. —Asentí con la cabeza.

—¿Y cuáles son las preguntas que más te atormentan ahora mismo?

—¡Está claro! —contesté casi ofendida por la pregunta—. Quiero saber dónde está mi hijo, y por qué tengo una foto embarazada de mucho, abrazada con Daniel.

Mi padre, que se había mantenido con la mirada al frente en todo momento, giró la cabeza y me miró con tristeza mientras se humedecía los labios con la punta de la lengua.

—¿Alguna cosa más que te gustaría saber? —preguntó muy tranquila.

—Muchas más, pero esas son las más importantes.

—No te cortes, verbaliza tus dudas en voz alta.

—Querría saber qué tengo yo que ver con esta clínica, por qué saqué todas las cosas de mi casa, cómo llegué a parar a aquella fiesta y quién es ese tal Manuel que me acompañó hasta allí; qué es lo que él no fue capaz de hacer y si yo sí que fui capaz de hacerlo. Dónde trabajo, dónde vivo y, sobre todo, ¿por qué narices no recuerdo los dos últimos años y me ha costado tanto volver a reconstruir los recuerdos de mi vida!?

—Me gusta que te preguntes todas esas cuestiones —dijo después de una pausa y con cara de satisfacción—, pero...

—No va a ayudarme, ¿verdad? —la interrumpí.

—No necesitas de mi ayuda, ni de la de nadie, solo tú tienes las respuestas a esas preguntas, guardadas en un parte de tu memoria que has cerrado con llave por X motivos. Tú tienes que encontrar esa llave, abrir ese cajón, e ir sacando los recuerdos uno a uno para examinarlos y ordenandos, como estás haciendo estos últimos días.

—Pero, una vez los haya sacado y ordenado uno a uno como usted me dice, ¿volveré a guardarlos en ese cajón, volveré a esconder la llave y tendré que volver a empezar otro día con el mismo proceso?

—Eso solo depende de ti —intervino mi padre, y la doctora asintió con la cabeza.

—Entonces, ¿me estáis diciendo que tengo una especie de

alzhéimer?

—No se trata de eso, el alzhéimer, desgraciadamente, es irreversible, pero tú no tienes nada irreversible.

Me quedé pensando durante unos segundos, con la mirada fija en el suelo, acariciándome suavemente la cara con la yema de los dedos de la mano izquierda.

—¿Puede ser que esté sufriendo amnesia disociativa por algún suceso traumático vivido? ¿Algo que tenga que ver con mi hijo? ¿Puede ser que esté viviendo aquí mientras me recupero del trauma y esté asistiendo a terapia? Pero, entonces, ¿qué hacía en aquella casa en una fiesta? Quizás ese tal Manuel viva aquí conmigo, los chicos de la casa dijeron que estaba loco.

—No es bueno que supongas cosas, necesitas recordarlas.

Algo me decía que no andaba desencaminada, pero la doctora tenía razón, debía hacer un esfuerzo para seguir recordando y averiguar, y si realmente se trataba de una amnesia disociativa, trabajar mi mente para no volver a olvidar.

Salimos del despacho y papá me pidió que esperara un segundo en el jardín mientras él hablaba con la doctora. Crucé la puerta observando todo a mi alrededor con mucha atención; puertas, sillas, paneles informativos, el jardín... Avancé por un camino de tierra rodeado de jardines verdes dónde se alzaban diferentes árboles que en esa época del año lucían pelados sus protuberantes ramas. Un pequeño gorrión parecía acompañarme por el camino, saltando de rama en rama hasta llegar a la puerta de entrada. Frente a ella, me topé con el BMW de mamá aparcado. De repente, una sensación incómoda me invadió. Cerré los ojos para intentar recordar, y una mano en el hombro me sobresaltó. Me giré de un salto para encontrarme con la cara de mi padre.

—Soy yo, hija, ¡vaya susto te has pegado!

—¿Por qué hemos venido en el coche de mamá? ¿Debo recordar algo relacionado con él?

—Tienes que recordar muchas cosas, hija, ya has oído a la doctora, pero nosotros no podemos ayudarte. Tú haz el esfuerzo por recordar y no olvidar, aunque quieras.

Nos montamos en el coche y le pedí que por favor me llevara a la

dirección que le iba a facilitar, que era la dirección de la oficina del banco de Joaquín. Me apetecía verlo y estar con él, explicarle qué había descubierto desde la tarde anterior. Le escribí un mensaje y le dije que le esperaba en el bar donde habíamos comido el viernes.

Mientras esperaba tomándome un refresco durante algo más de media hora, intenté pensar en diferentes estrategias para poder acelerar el proceso para recuperar mis recuerdos. Pedí un bolígrafo a uno de los camareros y empecé a anotar ideas en una servilleta de papel. Cuando Joaquín apareció por la puerta, después de explicarle mi experiencia revolviendo cajas y en la clínica, le mostré la servilleta con mis anotaciones.

—Creo que la mejor idea que he tenido ha sido la de acercarme a la revista a ver si logro hablar con alguno de los dos, o con los dos, y ver si con eso le doy luz por ejemplo al hecho de no tener sus números guardados.

—No me parece mala idea —empezó Joaquín—, pero si no tienes sus números, puede ser porque algo realmente desagradable te haya pasado con ellos y te encuentres con una situación muy incómoda que preferirías haber evitado.

Estaba en lo cierto, no creía que lo mío con Juan hubiera acabado bien después de la denuncia, pero, de cualquier manera, debía recordar lo que me había pasado con Daniel después de darle la noticia, fuera desagradable o no.

En aquel momento, un joven al móvil pasó por nuestro lado. Iba vociferando con la persona que se encontraba al otro lado, y soltó un fuerte: «¡No me jodas!», que me hizo volver a sentir ese fuerte pinchazo en la boca del estómago. Dejé en el plato el tenedor con el que me estaba comiendo los espaguetis, me volví a mirarlo, y de pronto recordé algo más.

Después de recibir la notificación de la denuncia por parte de Juan, mi padre me obligó a mantener una conversación con él antes de emprender ninguna acción legal. Yo tenía todas las de ganar, simplemente con una prueba de paternidad se aclararía todo, pero no quería llegar a ese extremo y, aunque muy a mi pesar, cogí el teléfono y marqué su número.

—¡Hombre! Por fin te dignas a contestar a mis llamadas —fue lo

primero que dijo Juan nada más descolgar el aparato.

—Hola, Juan. Te llamo porque he recibido una notificación de tu abogado.

—¿Y solo por eso me llamas? ¡Me he vuelto loco desde la vuelta de Londres! ¡No puedes desaparecer así de mi vida!

—Te equivocas, Juan, sí que puedo, porque no existe nada que me una a ti.

—¿Estas loca o qué? ¿Cómo que no hay nada que me una a ti? ¿Y nuestro hijo?

—No, Juan, no existe un «nuestro hijo», solo existe un «mi hijo», mío y de alguien más, pero que no eres tú.

—¡Vamos, no me jodas! ¿Qué tontería estás diciendo? Ese hijo es tan tuyo como mío, no inventes historias ahora.

—No invento, Juan, no me gusta tener que ser yo la que te diga esto, pero lo veo necesario, Tú eres estéril. Puedes hacerte las pruebas, puedes preguntarle a tu exmujer, puedes preguntarle a tu prima si quieres, pero tú no puedes tener hijos.

—¿Qué coño me estás contando?

—Te estoy contando la verdad. Yo no quise engañarte, ni mucho menos. Creí que el hijo sería tuyo, pero había la posibilidad de que fuera de otra persona. Creo que esta parte de la historia no te dolerá demasiado sabiendo cómo opinabas tú de nuestra relación. Pero estando en Londres me enteré de que eres estéril, por lo tanto, este hijo no es tuyo, y si mi hijo no es tuyo, no tengo porqué seguir contigo, cuando me has demostrado que no te importo nada.

—Eso que me estás contando tendrás que demostrarlo. No voy a aceptar que inventes historias para quitarme algo que es mío.

—Yo no tengo que demostrar nada Juan, el que tiene que demostrar que este hijo es tuyo eres tú. Si no crees lo que he dicho, hazte una prueba de fertilidad y preséntala en el juicio. Si sale positiva, haremos las pruebas de ADN, no te preocupes, pero si salen los resultados como te he dicho, por favor, te agradecería que retiraras la denuncia y no saber nada más de ti. Gracias —dije y colgué el teléfono con un temblor en el cuerpo que me dejó completamente sin fuerzas. Tuve que dejarme caer en el sofá, tragar saliva bien fuerte un par de veces, agarrarme las frías

manos e intentar calentarlas y calmarlas frotándolas durante unos segundos. Había pasado de sacarme un billete a Londres para darle una sorpresa e intentar afianzar nuestra relación como pareja, a tener que decirle esas palabras tan duras por teléfono para no volver a saber nada más de él. Había estado ciega y no me había dado cuenta de que aquel chico no me convenía, pero egoístamente había permanecido a su lado e intentado formar una familia con él. —¿Entonces qué? ¿Te llevo a las oficinas de tu revista? —me preguntó Joaquín, que posiblemente me había comentado algo anteriormente pero yo no había conseguido oírlo.

—No, lo he pensado mejor. Tienes razón, hay cosas que mejor no remover.

—¿Has recordado algo que no te ha gustado?

—Se podría decir que he recordado por qué puede ser que no tenga el teléfono de Juan, y prefiero que siga así y no remover esa parte del pasado.

Seguimos comiendo y, para variar, en lugar de hablar de mi vida y de mi pasado, hablamos algo más de su vida. Le pregunté por sus recuerdos de la infancia, pero no por aquellos de los que ya me había hablado, la parte oscura de su infancia y de su familia, sino por aquellos bonitos recuerdos que todo niño debe tener, aquellos momentos que le gustaría explicar a su hija: su primer amor, su primer beso, su primera novia, salidas con los amigos, la vida universitaria.

—¿No echas de menos a tu mujer? —le pregunté entonces. Se hizo un silencio incómodo.

—La he echado mucho de menos, durante mucho tiempo. Nunca imaginé que nuestra relación acabara de esa manera. Cuando me casé con ella, yo lo hice para toda la vida. La amaba. Mucho. Y te mentiría si te dijera que ya no la amo. Es la madre de mi hija, y siempre lo será. Quizás en esto soy igual de tonto que lo es mi madre, que a pesar del mucho daño que le ha hecho mi padre, ella sigue a su lado y sigue queriéndole. Pues a mí me pasa un poco lo mismo.

—¿Has perdido la esperanza de que recapacite y vuelva a vuestro lado?

—¡Uf!, ya hace mucho tiempo que perdí esa esperanza, y mi hija también. Ya nunca pregunta por ella, y eso me da mucha pena, pero si alguna vez me vuelve a preguntar por ella, yo nunca le hablaré mal de su madre, y si alguna vez quiere encontrarla, yo haré todo lo que esté en mi mano para encontrarla y que mi hija pueda verla.

—¿Y si por casualidad eso ocurriera y en ese momento ella sintiera ganas de volver a mantener contacto con tu hija?

—No se lo impediría. Jamás —concluyó rotundamente.

Habíamos acabado de comer hacía mucho rato, nos habíamos tomado el café y nos habíamos quedado solos en el restaurante. Decidimos salir y dirigirnos hacia el coche, pero sin un rumbo fijo, nos habíamos quedado apoyados en éste charlando, fumando un cigarro tras otro.

—Se nos ha hecho bastante tarde, ¿no? —le pregunté.

—La verdad es que se me ha pasado el rato volando. He estado muy a gusto.

Fue entonces cuando giró la cabeza hacia su derecha, dónde yo me encontraba, y la ladeó lo suficiente para robarme un beso con esos tiernos labios. No era lo que me esperaba después de la conversación que habíamos tenido, no era lo que me esperaba sin saber en qué punto se encontraba mi vida, pero sí que era lo que deseaba. Al no resistirme, se fue colocando lentamente frente a mí, y me rodeó con sus brazos bien fuerte. Sus dedos me masajearon la espalda hasta enredarse entre mi pelo. Con un sonoro suspiro y su mejilla reposando junto a la mía dimos por finalizado el beso. No era capaz de despegarme de él, no era capaz de decir nada, no sabía qué decir, me sentía como una adolescente a la que le dan su primer beso y no sabe cómo reaccionar después.

—Se me ha hecho tarde. Debería volver a casa —me atreví a decir.

—No hay problema, yo te acerco. ¿A tu casa o a casa de tu padre?

De buena gana le hubiera dicho que me llevara a mi casa, que se quedara conmigo, que le necesitaba, pero no podía decírselo, no debía.

—A casa de mi padre, por favor.

El viaje fue algo incómodo, silencio absoluto que aprovechamos para poner música, a pesar de que mis pensamientos no me dejaron escuchar ni una sola nota.

Nos despedimos mientras me apresuraba a bajar del coche. Quedamos en mantenernos en contacto, pero no volvimos a repetir el beso, aunque no por falta de ganas.

Podía sentir las famosas mariposas bailando dentro de mi estómago, esas mariposas que los más románticos dicen sentir cuando experimentan el amor verdadero, esas mariposas que ya había sentido en algún otro momento de mi vida, y acababa de recordar cuándo había sido.

Había quedado con Lucía para que me acompañara a comprar ropita para el bebé. Mi padre estaba muy pesado con el tema de tener todo preparado cuanto antes por si se adelantaba la fecha, que estaba prevista para septiembre. Había comprado revistas de decoración con páginas dedicadas a las habitaciones infantiles, había comprado números especiales de revistas de moda dedicadas a la moda infantil..., no se podía decir que no se estuviera preocupando por su nieto, a pesar del miedo inicial que tuve cuando le comuniqué que su nieto no iba a tener padre.

La esperaba junto a la boca del metro de la parada de Goya. Una primera bandada de gente subiendo las escaleras, entre los que no se encontraba Lucía. Otra bandada un escaso minuto más tarde. Tampoco encontré a Lucía entre ellos. De repente, una llamada en el móvil. Descolgué sin mirar su procedencia, totalmente segura de que se trataba de Lucía avisándome de su tardanza.

—Hola, Marta. —Una voz masculina entre el jaleo proveniente de la calle.

—¿Hola? ¿Quién es?

—Marta —volvió a repetir la voz—, soy Daniel, ¿me oyes?

Le oía, claro que le había oído, pero me quedé paralizada, no fui capaz de articular palabra. Dejé de mirar hacia la boca del metro, me aparté de ella y me dirigí hacia el escaparate más cercano, no para mirar la ropa, sino para observar mi reflejo.

—Supongo que te sorprenderá mi llamada, pero tengo algo muy importante que decirte. No me gustaría que fuera por teléfono. ¿Te

importaría si quedásemos esta noche para cenar? Podemos quedar en algún sitio concreto, o te puedo pasar a buscar, o podemos cenar en tu casa si prefieres. ¿Sigues viviendo en la calle Hermosilla?

Aquello no estaba siendo una conversación, sino un monólogo. Reaccioné de repente al ver llegar por mi espalda a Lucía reflejada en el escaparate. Parpadeé, cambié la expresión de mi cara, y me giré para encontrarme con ella con una gran sonrisa dibujada en mis labios.

—Está bien, puedes pasar a buscarme a las 9 y ya decidimos dónde vamos. Sigo viviendo en Hermosilla, allí te espero.

—¿Con quién hablabas? —preguntó Lucía.

—No te lo creerás, pero era Daniel. —Sus ojos se abrieron como platos con una expresión de incredulidad.

—¿Y has quedado esta noche con él? —preguntó mirando su reloj—. Pero ¿no se va a casar con la pija esa de la revista?

—Sí, pero me ha dicho que tiene algo importante que decirme. Tendré que escucharlo.

—O no —me dijo—. No dejes que te cuente más mentiras ni que te embauque.

—¡No! Seguramente quiera contarme algo de Juan.

—Bueno, yo te advierto que ahora no estás para disgustos, que tienes que cuidar de mi garbancito —me dijo mientras me acariciaba la tripa.

Me entretuve más de la cuenta con Lucía, y entre unas cosas otras nos dieron las 9. Salíamos de la última tienda cuando nos cerraban la persiana en nuestras narices y tuvimos que agacharnos para conseguir escapar. La abracé bien fuerte y nos despedimos rápido para poder acudir a mi cita con Daniel. Por muy rápido que anduve, no llegué a mi casa hasta las nueve y cuarto. Cuando vi su cuerpo apoyado en la fachada, sentí unas cosquillas en el estómago tan fuertes que hasta el niño me dio una patada. Su mirada se iluminó como había hecho otras veces al verme, y presentí que algo bueno iba a pasar en mi vida. Lo primero que hizo cuando me acerqué a él fue mirar mi barriga.

—¡Vaya barriga tienes ya!

—¡Claro!, ya estoy de cinco meses.

—¡Cinco meses! ¿Sabes ya lo que es?

—Sí, es un niño.

Apretó sus labios fuertemente entre los dientes y empezó a mover levemente su cabeza de un lado a otro.

—No sabes cuánto siento haberme perdido esto. Pero no quiero perdérmelo más. He roto con Marina. Hemos roto nuestro compromiso y tengo muy claro lo que quiero en mi vida, a quién quiero a mi lado, siempre que tú estés dispuesta a ello.

Me sorprendió tanto lo que me dijo que no fui capaz de articular una palabra durante unos largos segundos. Me sudaban las manos, me latía el corazón a cien por horas por la proposición que me acababa de hacer. De mi decisión en ese momento dependía el resto de mi vida, o al menos, podía hacerlo.

—No te lo voy a poner tan fácil —decidí responder finalmente—. Me has hecho mucho daño, he sentido muchas veces que jugabas con mis sentimientos, he tenido un último año muy complicado, y aunque tú seas el padre de este bebé —dije acariciándome la tripa —todavía no te mereces ese título. Te lo vas a tener que ganar.

—Y yo voy a hacer todo lo posible para ganármelo. Ya te he dicho que tengo muy claro lo que quiero. He dejado el trabajo en la revista también, con los contactos que hice en Londres he conseguido trabajo en la sede española de una famosa revista inglesa. Me he vuelto a mudar a casa de mis padres, obviamente, y viviré allí hasta que tú quieras vivir conmigo.

Parecía muy convencido de lo que decía, había hecho cambios en su vida, al igual que yo los había hecho en la mía, y parecía dispuesto a seguir adelante con ese proyecto a mi lado.

Fuimos a cenar a un restaurante cercano, le puse al día de mi trabajo, de mis visitas al médico, de mi vida en general, de cómo mi padre estaba obsesionado con la decoración de la habitación de su nieto, en su casa, claro, yo no tenía más habitaciones que decorar que la mía propia, y cuáles eran mis planes en ese momento: dejar el piso y trasladarme definitivamente a casa de mi padre.

—O mirar un piso conmigo y mudarnos allí los tres —añadió socarrón.

— Eso ya lo veremos —dije muriéndome de ganas de aceptar la

propuesta.

—¿Estás recordando algo ahora mismo? —me preguntó mi padre agachando se cabeza y colocándola frente a la mía mientras cenábamos sentados a la mesa.

—No, ahora simplemente pensaba. He recordado a Daniel, y me preguntaba por qué no está aquí conmigo. Simplemente estaba haciendo conjeturas, ya sabes, lo que me dijo la doctora que no hiciera. Pero es que si Daniel sigue en mi vida, creo que lo que ha pasado esta tarde no debería haber pasado.

—No te entiendo hija. ¿Ha pasado algo que yo debiera saber?

—¿Estaría mal que me enamorara ahora de alguien?

—¿Hablas de Joaquín?

—Creo que es obvio.

—No creo que en estos momentos debas enamorarte de nadie, esa es mi opinión, pero también sé que el amor es caprichoso y no entiende de momentos. Lo que no comparto es que él se está metiendo en tu vida sabiendo que antes y, principalmente, debes resolver qué te pasa.

—Entiendo lo que me dices, papá, pero yo solo quiero saber si Daniel sigue formando parte de mi vida —insistí.

Dando un golpe en la mesa con el puño cerrado como nunca antes había visto hacer a mi padre ante ninguna situación, ni siquiera cuando mi hermano pasó por aquellos momentos de rebeldía tras la muerte de mi madre, retiró la silla hacia atrás, se levantó dando un respingo y me dijo:

—Marta, ¡céntrate en ti! ¡Olvida a Joaquín e intenta recordar por qué Daniel ni tu hijo están hoy aquí con nosotros! ¡Supéralo y volverás a recuperar tu vida, tendrás tiempo de volver a enamorarte si es lo que quieres o de hacer lo que te de la real gana!

Quizás había hecho perder a mi padre la paciencia con tanto problema, pero yo me estaba esforzando por recordar, me estaba esforzando por seguir adelante con mi vida a pesar de la angustia que sentía por seguir teniendo lagunas tan importantes que necesitaba aclarar, y sin darse cuenta, mi padre acababa de ayudarme mucho. Me quedé sentada a la mesa, sola, con los platos a medio acabar, cubiertos, vasos, pan y bebida sobre ella. Apoyé el

codo y apreté mis sienes con el dedo corazón y con el pulgar de la misma mano. Me dolía la cabeza. Me parecía estar atrapada en una pesadilla de la que no iba a salir nunca porque no encontraba la escapatoria, y cuanto más me esforzaba en encontrarla, más difícil se me hacía, más imposible me parecía recordar. De repente, ese golpe en la mesa de mi padre, ese ruido estrepitoso me golpeó en la sien. Una vez, otra. En el pecho, en el estómago. Grité. Mi padre acudió rápido en mi auxilio.

—Siento dolor, papá, algo me golpea dentro, muy fuerte.

Me abrazó muy fuerte, consolándome, pidiéndome perdón por lo sucedido. Pero no tenía nada que perdonarle, solo podía agradecerle el haber despertado en mí ese recuerdo.

Después de aquella cena con Daniel, un día tras otro recibía llamadas suyas, me venía a buscar al trabajo, me acompañaba de compras, me invitaba a comer, se interesaba por mi estado, me hacía regalos... No se podía decir que no se estuviera tomando en serio la reconquista. No hubieran hecho falta la mitad de sus actos para volverme a enamorar, porque desde hacía mucho que mi corazón tenía solo un dueño y ese era él, a pesar de que nuestras vidas hubieran tomado caminos separados y hubiera intentado olvidarle, pero el hecho de volver a tenerlo cerca me había devuelto la alegría de vivir.

Necesité solo un par de semanas para darle un escarmiento y finalmente aceptar su proposición, y fue así como iniciamos una relación.

Me mudé de nuevo a mi casa, aunque aquello le causara mucha tristeza a mi padre, se había hecho a la idea de vivir con su nieto bajo el mismo techo. Daniel se vino a vivir conmigo y la felicidad que sentíamos desbordaba por todos los poros de nuestra piel. Muchas veces, sentada a su lado, me preguntaba por qué nuestra historia no había empezado así, por qué teníamos que haber pasado tanto hasta llegar a ese punto; pero conseguir la felicidad plena no es un camino fácil, te encuentras con muchos obstáculos que si no eres capaz de salvar, te impedirán conseguirla; y en nuestro caso, gracias a Dios, lo habíamos conseguido, aunque no duraría demasiado.

El día que anunciaron que sería Londres la ciudad dónde se celebrarían los Juegos Olímpicos de 2012 el redactor jefe de la revista donde Daniel trabajaba le anunció que debía coger un vuelo esa misma noche para cubrir la noticia. Le hacía tanta ilusión ese viaje a Londres, que quiso compartirlo conmigo, quería disfrutar de aquel momento y de aquella ciudad de la que no habíamos podido disfrutar la anterior vez que estuvimos allí juntos, así que le pidió a su jefe que me consiguiera a mí también un billete. Primero se cercioró de que en mi avanzado estado pudiera volar poniéndose en contacto con mi ginecólogo, y una vez lo hubo hecho, apareció en casa con dos billetes. Preparamos la maleta con mucha alegría, para él era un viaje de trabajo muy emocionante, y para mí, un viaje juntos a la ciudad donde le anuncié que sería padre y que demostraba sus ganas de estar a mi lado. Recordaba mi último viaje a Londres como una pesadilla lejana que prefería olvidar. Aquel sería nuestro primer y último viaje juntos como pareja, ya que en breve nacería nuestro hijo y no volveríamos a ser dos nunca más.

Salimos hacia el aeropuerto muy temprano por la mañana. Cargamos las maletas en el taxi y nos dirigimos hacia la terminal 1 desde la que salía nuestro avión a las 4.30.

Al llegar a Heathrow nos esperaba un chofer de la revista que nos trasladaría al hotel que nos habían reservado en Woburn Place, un hotel modesto comparado con el que le habían reservado la anterior vez que había volado a Londres por trabajo, pero lo suficientemente cerca de las oficinas de la revista como para poder trasladarse andando. Dejamos las maletas en la recepción del hotel y nos dispusimos a desayunar en la cafetería de este, todavía no estaba lista nuestra habitación y nos pidieron que esperáramos una hora, así que decidimos quedarnos allí. Los huevos con bacon y el café con leche del desayuno típico inglés no me sentaron demasiado bien, así que en lugar de andar los 15 minutos que separaban las oficinas del hotel, decidimos desplazarnos en autobús, así también tendríamos la oportunidad de disfrutar de un trayecto en Double Decker Bus. En la calle se respiraba un ambiente de tensión y nervios que no éramos capaces de descifrar, todo el mundo parecía

tener prisa, ir acelerado y con miedo, pero nosotros estábamos felices y no nos dejamos contagiarnos por esa sensación. Esperamos menos de cinco minutos en la parada, y nos montamos en un autobús hasta arriba de viajeros. Una chica muy amable, se levantó de su asiento para cederme su sitio, y Daniel se colocó al final de este. Unos minutos más tarde, todo voló por los aires. Un estruendo, una explosión, golpes, sangre y cristales rotos por todos lados. No recuerdo qué pasó durante los siguientes minutos. Yo solo quería moverme para acercarme a donde estaba Daniel, pero había salido despedida y me había quedado atrapada bajo un amasijo de hierros y plásticos rotos. Llantos, gritos de desesperación entre los cuales yo intentaba alzar mi voz llamando a Daniel, pero no lo oía. De repente, sirenas, gente desde el exterior golpeando los cristales para intentar sacarnos. Yo me acariciaba la tripa y gritaba. Y lloraba. Llamaba a Daniel, pero no lo oía, no oía su voz. Nadie gritaba mi nombre. Llegaron los bomberos y la policía, nos fueron sacando, cortando hierros con la radial, yo les gritaba: «I'm pregnant», y me sacaron de las primeras. Me subieron en una camilla y me metieron en una ambulancia junto con otras dos chicas. Cerraron las puertas y nos trasladaron rápidamente al Hospital más cercano. Antes de emprender la marcha, pude ver desde fuera la magnitud del desastre. El techo del autobús había saltado por los aires y, sobre todo, la parte trasera del autobús, estaba reventada. «My boyfriend is inside», le repetía sin cesar al paramédico mientras me tomaba las constantes vitales, me ataba a la camilla y me empezaba a limpiar la sangre que corría por mi cara y por mis extremidades. Las calles estaban tomadas por la policía y de camino al hospital me enteré de que había habido otra serie de atentados en el metro tan solo unos minutos antes del autobús. Habíamos vivido un atentado. Llevaba el móvil metido en la mochila que llevaba colgada a mi espalda y que el paramédico había colocado sobre mis piernas. Al ver que nadie era capaz de responderme cuando preguntaba por Daniel, que aquella ambulancia era un caos al igual que lo eran las calles de la ciudad, mi único objetivo era el de alcanzar la mochila para sacar el móvil e intentar localizar a Daniel, pero cada vez que intentaba

incorporarme, un paramédico o enfermera me volvía a tumbar en la camilla impidiéndomelo.

Al llegar al hospital, todo fue un ir y venir de gente corriendo, llorando, gritando, ambulancias llegando y soltando a gente ensangrentada, inconscientes, con trozos de cristal, plástico y metal clavados por diferentes partes de su cuerpo. Las imágenes eran dantescas, yo tenía ganas de vomitar, todo mi cuerpo temblaba y en un momento dado perdí la consciencia.

Desperté en una cama de un box al lado de otras dos chicas. Una de ellas lloraba en silencio, la otra seguía dormida. Lo primero que hice fue buscar con la mirada dónde estaba mi mochila, quería recuperarla para poder localizar a Daniel. Cuando la chica que estaba despierta vio que yo también lo estaba, sus sollozos se convirtieron en llanto, y alargando los brazos hacia mí repetía sin cesar: «My baby, my baby». Levanté la sábana que me cubría la tripa y las piernas, ya no tenía sangre por ningún lado, me palpé la barriga y noté que mi hijo ya no se movía. Los nervios se apoderaron de mí y empecé a gritar para que alguien viniera a ayudarme. Una enfermera apareció corriendo de detrás de las cortinas del box, y al verla aparecer, la otra chica extendió los brazos hacia ella repitiendo de nuevo: «My baby, my baby», frase que yo también decidí reproducir: «My baby, my baby». Ella intentó calmarnos explicándonos algo tan deprisa que fui incapaz de entender. «I don't understand you», le decía, y ella seguía hablando y hablando, tan rápido como antes. Volvió a salir del box tan deprisa como había entrado, y entre tanto ruido también la otra chica se despertó. «My baby!», seguía gritando la primera, y de repente vi mi mochila sobre una silla. Como pude, entre mucho dolor, me incorporé, me bajé de la cama y me acerqué hasta la silla casi reptando. Cogí la mochila y me senté en esa misma silla. La coloqué sobre mí y abrí la cremallera para buscar el móvil en su interior. Cuando ya lo tuve en la mano, apareció de nuevo de detrás de las cortinas la enfermera que rápidamente se acercó a mí, me cogió por el brazo y me obligó a meterme en la cama de nuevo. Apareció de repente un doctor que hablaba en español y que me cogió del otro brazo para ayudarme también. La enfermera se

quedó hablando con las otras dos chicas, y el doctor se quedó a mi lado.

—Hola, ¿cómo te llamas? —me preguntó.

—Me llamo Marta Navarrete, ¿qué ha pasado?

—Has vivido un ataque terrorista, uno de los muchos que se han vivido hoy en Londres.

—¿Uno como los de las torres de Nueva York? —le pregunté.

—Eso parece.

—Estoy embarazada, ¿está bien el bebé? Mi novio iba conmigo en el autobús, ¿dónde está? ¿Cómo está? Se llama Daniel.

—Tranquila, Marta, no te puedo decir dónde está tu novio, están llevando a la gente a diferentes hospitales, puede estar en otro, aquí no me suena ningún otro español. Con respecto a tu bebé, tengo una mala noticia que darte...

Mientras las palabras salían de su boca, empecé a notar una sensación de vértigo. Todo daba vueltas a mi alrededor, la voz del doctor cada vez se hacía más lejana y solo veía destellos de luz.

Cuando volví a despertar, reanimada por la enfermera y el doctor, mi propio llanto me ahogaba, el dolor que sentía en mi interior era más intenso que el que sentía debido a los golpes y las heridas. Les pedí que me dejaran llamar a mi novio, que necesitaba saber de él, necesitaba tenerlo a mi lado en esos momentos. Me acercaron el móvil a las manos, y no era capaz de atinar para marcar su número. Temblaba y mi cabeza no era capaz de procesar los números, así que la enfermera decidió ayudarme buscando ella misma el nombre en el listado de contactos. La línea estaba apagada. Le pedí que lo volviera a intentar, pero no había comunicación posible. El doctor me intentó tranquilizar diciendo que las líneas estaban todas ocupadas, pero algo me decía que no iba a recibir buenas noticias. Tuve entonces la idea de llamar a mi padre, seguramente habría visto la noticia del atentado en televisión y estaría muy preocupado por mí. Le pedí de nuevo a la enfermera que me ayudara a buscar su número y en esta ocasión conseguimos establecer contacto.

—¡Hija! —gritó él a través del aparato nada más descolgar—. Estaba preocupadísimo por ti, gracias a Dios que has llamado,

¿estás bien?

—Estoy en el hospital, papá. Estaba en el autobús. Estábamos en el autobús los dos cuando ha explotado. —Y no pude contener el llanto para seguir hablando.

—Pero ¿estás bien. hija? ¿Estáis bien?

—No sé dónde está Daniel papá, y yo... y yo... —Era incapaz de acabar la frase.

—¿Cómo estás, hija? ¡No me asustes! —me gritó con tono angustiado y de preocupación.

—Yo he perdido el bebé. Papá, mi niño ha muerto... —No me podía creer que aquellas palabras estuvieran saliendo de mi boca. Me hubiera gustado despertar y que todo hubiera sido la peor y más terrible pesadilla que jamás hubiera tenido en mi vida, pero no despertaba, porque aquello no era ninguna pesadilla, aquello era la vida real que me golpeaba sin piedad.

Las siguientes palabras de mi padre las recuerdo borrosas, escuché algo de un vuelo, me preguntó por el nombre del hospital, pero yo no tenía ni idea de dónde estaba, se lo pregunté a una de mis compañeras de box que me informó de que estábamos en el Great Ormond.

—Por favor, papá, intenta localizar a Daniel en algún hospital. Su móvil está apagado. Ponte en contacto con sus padres y moveos para encontrarlo. —Le di la dirección de sus padres para que se pusiera en contacto con ellos lo antes posible. Los había conocido tan solo unas semanas antes del viaje. Para ellos había supuesto una gran tristeza que después de tantos años su hijo rompiera con una chica que era tan buen partido y con la que llevaba tantos años; ellos la adoraban, pero lo que realmente les pareció una locura fue que dejara su trabajo y que de repente apareciera con una chica embarazada diciendo que se iba a vivir con ella. Su madre le preguntaba si se había vuelto loco, su padre le decía que era un inconsciente, sus amigos alucinaban por que hubiera mantenido algo así en secreto, los compañeros de la oficina, cuando se enteraron, no se lo podían creer, y su ex le llamaba y le lloraba sin cesar preguntándole por qué. No tenía a nadie en su favor, mejor dicho, yo no tenía nadie a mi favor, pero él les insistió a sus

padres en que debían conocerme, iba a ser la madre de su nieto y se arrepentirían el resto de sus vidas si no me aceptaban.

Hubiera preferido no tener que enfrentarme a una situación como aquella, a unas caras largas, a largos silencios mirando el plato y moviendo el cubierto de un lado al otro, conversaciones a tres, intentando Daniel meterme en ellas sin éxito. Me vi obligada a presentarme en aquella casa, era el día de su cumpleaños, aunque sabía que no iba a sentirme aceptada ni querida. Fue aquel día el que nos tomamos la fotografía frente al templo de Debod, felices de sabernos unidos a pesar de las adversidades.

Me tuvieron unos días ingresada en el hospital, vigilada cada dos por tres por el médico que hablaba en español que se mantuvo al pie del cañón trabajando sin descanso, al igual que el resto del personal. Mi padre se plantó en el hospital al día siguiente, y no lo hizo el mismo día porque no encontró vuelo para ello, si no lo hubiera hecho. Llegó a Londres acompañado de los padres de Daniel, pero ellos no vinieron a verme al hospital, habían venido para emprender la búsqueda de Daniel de hospital en hospital y de comisaría en comisaría. Su móvil seguía apagado y yo no hacía más que llorar. Se habían dado los teléfonos para que en caso de que averiguaran algo nos llamaran y nos lo hicieran saber. Yo tuve que pasar cerca de una semana en el hospital, estuve en observación por parte del equipo de ginecología y también por parte del equipo de traumatología. Además me visitaba una psicóloga para hablar de lo sucedido, superar la pérdida y aceptar el suceso traumático por el que acababa de pasar. Allí no teníamos televisión, no nos dejaban ver las noticias, y mi padre tampoco quería traerme los periódicos que yo sabía que compraba cada mañana cuando salía a desayunar. Durante todos esos días, no recibimos noticias de Daniel, y a pesar de que nosotros llamábamos a sus padres, no nos cogían el teléfono. El móvil de Daniel nunca volvió a dar señal.

El día que me dieron el alta, se me ocurrió llamar al teléfono que nos habían facilitado sus padres desde una cabina, pero tampoco así obtuvimos respuesta, así que le pedí a mi padre que hiciera algo por mí de nuevo.

—Papá, no me puedo ir de Londres sin saber si él sigue en algún

hospital ingresado o si ya está bien y ha vuelto a España, por eso te pido que reserves dos noches de hotel, solo dos, y que me ayudes a buscarlo de hospital en hospital. Si sus padres no quieren cogernos el teléfono, no quieren que yo sepa nada más de él, seré yo la que lo busque y la que lo encuentre. No me quiero ni imaginar que sus padres le hayan podido decir que me ha pasado algo, o que no he querido ocuparme de él o cualquier cosa y que él esté pasándolo fatal por ello.

En aquellos momentos, mi padre no podía negarme nada, e hizo lo que le pedí. Reservó dos noches en un hotel muy cerca de Candem y empezamos nuestra peregrinación de hospital en hospital. Empezamos por el University College London, seguimos por el Princess Grace, y fue en el Saint Mary, al tercero, donde nos dieron la noticia. Caí desplomada al suelo, sin darle a mi padre tiempo a reaccionar. Una vez reanimada entre unas enfermeras y mi padre, me sentaron en una silla de la salita de espera, y con mi cabeza completamente metida entre mis rodillas y agarrando las piernas con ambos brazos, no era capaz de respirar, me ahogaba en mi llanto.

Había fallecido en el acto, no había sufrido. Habían trasladado su cadáver el mismo día a ese hospital, y no habían conseguido ponerse en contacto con nadie porque no consiguieron averiguar quién era. No hallaron sus objetos personales, ni cartera, ni móvil..., nada. Todo desapareció con la explosión. Sus padres tuvieron que reconocer varios cadáveres, según les habían contado, antes de dar con él.

—¡Seguro que no era él! —gritaba yo desconsolada, con la esperanza de que sus padres se hubieran equivocado, o, cansados de buscar, hubieran decidido por fin que ese cadáver era el de su hijo—. Yo también quiero verlo, tengo derecho, es el padre de mi hijo —repetía esa frase hasta la saciedad inconscientemente, sin recordar que también había perdido a mi hijo en aquel autobús.

—El cuerpo ya fue repatriado hace días. Se contrastó el ADN antes de hacerlo. Lo siento mucho.

—¿Cómo que el cuerpo ya fue repatriado hace días? ¿No está aquí? ¿Se lo llevaron sus padres? —No podía creerme que hubiera

hecho algo así sin avisar.

Cogí del brazo a mi padre, tiré de él y le pedí salir a toda prisa hacia Madrid, necesitaba llegar a tiempo para su entierro, yo quería verlo, necesitaba verlo para creer que aquello hubiera sucedido de verdad.

No fuimos capaces de encontrar un vuelo para aquel mismo día, así que mi padre se puso en contacto con la embajada española, cuyo delegado había venido a visitarme al hospital y le había dicho a mi padre que contactara con él en caso de necesitar cualquier ayuda. Su secretaria nos encontró un vuelo sin problema para aquella misma tarde, nos vinieron a buscar al hotel en coche oficial, y a las siete ya estábamos en Madrid. Allí también nos recogió otro coche oficial en el que nos esperaba un representante del gobierno ofreciéndome cualquier tipo de ayuda. Yo no era capaz de descifrar nada de lo que decía, simplemente pensaba en llegar cuanto antes a casa de los padres de Daniel y que no fuera demasiado tarde.

Apenas hubo parado el coche frente a la puerta de su casa, salté de este y salí corriendo hacia el telefonillo. Presioné el dedo durante unos largos segundos, hasta que una voz muy profunda contestó. Mi voz era incapaz de producirse, las cuerdas vocales se quedaron atascadas y era incapaz de articular palabra. Entonces mi padre apareció por detrás e informó de nuestra llegada. Tardaron unos largos y silenciosos segundos en abrirnos la puerta. Cuando aparecí en aquel salón de muebles y suelo oscuro, con las persianas a medio bajar en unas ventanas cubiertas por las cortinas, sillones tapizados de flores en los que se hallaban sus padres sentados, cada uno en uno, separados por apenas dos palmos pero con una distancia emocional muy grande; entendí por sus caras que ya no había nada que hacer. Me arrodillé en el suelo y apoyé la frente en el frío suelo de gres. No iba a volver a ver a Daniel nunca más. Jamás. Como tampoco jamás le vería la cara a mi hijo, a nuestro hijo.

Tenía la cara completamente empapada en lágrimas, incluso la camiseta y el pantalón del pijama se habían calado. Entendía el enfado de mi padre. No podía estar pensando en volverme a

enamorar después de algo así, después de haber perdido al amor de mi vida y a mi futuro hijo de esa manera tan trágica. Apareció en silencio y se sentó a mi lado, muy cerca, y me pasó el brazo por los hombros. Apoyé la cabeza en su pecho y seguí llorando en silencio mientras, con apenas un hilo de voz, le daba las gracias por todo. Apoyó sus labios en mi cabeza, besándome y dejándome dos lágrimas en el cuero cabelludo, y así permanecimos toda la noche, en silencio.

No llegamos a tiempo a su funeral, de hecho, lo incineraron, así que tampoco tenía ningún sitio a donde ir a visitarlo. Sus padres decidieron no avisarnos porque no querían hacerme sufrir más en la distancia y, en cualquier caso, tampoco hubiera llegado a tiempo. Eso fue lo que nos dijeron, y eso fue lo que tuvimos que fingir que nos creímos. Al funeral sí que pudo acudir Marina y su familia, Juan incluido, y nuestros antiguos compañeros de la revista. Todos ellos se habían enterado de nuestra historia, Daniel se la había contado a un excompañero, y este a su vez a otro y este a otro; hasta que llegó a los oídos de Marina y ella se encargó de contárselo a Juan. A pesar de ello, estuvieron en su crematorio y pudieron despedirse de él, cosa que yo no pude hacer.

Pasé los siguientes dos meses acudiendo a hospitales para que me trataran tanto física como psicológicamente. Me instalé de nuevo en casa de papá y tuve el apoyo incondicional de mi hermano, Lucía y otros amigos que reaparecieron en mi vida, además del de mi padre; pero yo no veía la luz al final del túnel. Cada día me sentía más deprimida y más culpable por lo sucedido. No dejaba de pensar en que si yo no hubiera decidido ir en autobús en lugar de andando, tanto él como mi hijo seguirían vivos. El sentimiento de culpa no me dejaba vivir, dejé de comer, no podía dormir, deambulaba por la casa, por la calle, sin rumbo.

Una mañana de octubre de 2005, me levanté de la cama con una intención muy clara; debía volver a Londres. Esperé a que mi padre volviera del trabajo, y cuando se hubo dormido, le cogí la cartera de la chaqueta, me conecté a Internet, e investigué cómo para poder comprarme un billete online. En cuanto mi padre saliera por la puerta el lunes, prepararía la maleta, llamaría un taxi y me

plantaría en el aeropuerto. Volaría a Londres, y una vez allí, solo esperaba que mi cabeza se aclarara y poder seguir con mi vida. Me hospedaría en un hostel. Necesitaba dinero en metálico, así que decidí vender algunas joyas de poco valor de mi madre; una cadena de oro con un medallón de una virgen, una pulsera que mi padre le había regalado en un cumpleaños, un par de anillos y unos pendientes. Entre todo conseguí casi dos mil euros. Con ese dinero tendría suficiente.

Con el transfer del aeropuerto llegué a la estación cercana a Percy Circus, que casualmente se encontraba cerca del lugar donde había sucedido todo, y por allí mismo empecé a buscar un hostel. Encontré alojamiento en uno de Tavistock Place, y allí me instalé con las cuatro cosas que me había llevado. En ningún momento avisé a nadie de dónde me iba, ni siquiera les dije que me iba. Apagué el teléfono móvil y empecé a vivir mi locura particular.

Cada mañana seguía la misma rutina; me acercaba hasta el hotel donde habíamos estado hospedados Daniel y yo y recorría andando el trayecto entre este y las oficinas de la revista. Me plantaba frente a estas, me sentaba en un banco y veía a la gente entrar y salir durante horas. Después volvía al punto de inicio, y desde este, andaba hasta Tavistock square, esperaba el autobús, me subía en él y bajaba cuando la ansiedad se apoderaba de mí. Los primeros días tan solo aguantaba algo más de un par de minutos montada, pero poco a poco fui aguantando más hasta que llegué al que hubiera sido nuestro destino. Cuando llegaba por la noche al hostel, me metía en la cama y lloraba el resto de la noche. No dormía y no cenaba, simplemente me castigaba una y otra vez por lo sucedido.

De pronto, un día de los que iba caminando hacia las oficinas, mi mente se quedó en blanco. No tenía ni idea de adónde me dirigía, ni siquiera dónde estaba ni qué hacía allí. Me senté en un banco de un pequeño jardín, observando todo lo que sucedía a mi alrededor e intentando entender qué estaba pasando. Tardé algo más de una hora en ubicarme y empezar a recordar. Una vez recordé lo sucedido, empecé a llorar de nuevo y di media vuelta hacia el hostel.

Al día siguiente, me vi en la misma situación, pero en esa ocasión me ocurrió dentro del autobús. De repente no sabía dónde estaba ni que hacía allí, ni cómo ni cuándo me había subido a aquel autobús. Por vergüenza, me bajé en la última parada y estuve vagando por la zona de Angel durante horas. Entré en un pub y me pedí una pinta. El alcohol no me ayudó para nada a recordar y empecé a sufrir un terrible dolor de cabeza. Me asusté muchísimo y salí del local en busca de ayuda. Encontré a una pareja de policías paseando por Duncan Terrace Gardens, y aunque en un primer momento me tomaron por una borracha desorientada, pronto empezaron a preocuparse también por mi estado mental y me acercaron al Saint Bartholomew's Hospital. A su vez, ellos se encargaron de localizar a mis familiares en España, que obviamente estaban muy preocupados por mí porque hacía ya 15 días que no tenían noticias mías.

Después de examinarme en el Hospital y descansar unas cuantas horas gracias a una pastilla, me dieron el alta, y ya recordando dónde me hospedaba, me dirigí al hostel. Mi padre se presentó en recepción junto con la policía tan solo unas horas más tarde, no le había dado tiempo a recogerme en el hospital, pero igualmente estuvo allí para recoger el informe.

Después de abrazarme bien fuerte, besarme y llorar conmigo compartiendo nuestra tristeza por la situación, él por mi estado de locura y yo por la desesperación que estaba viviendo por mis pérdidas, sin mediar palabra empaquetamos todas mis cosas, saldamos la cuenta en la recepción, y emprendimos la vuelta hacia Madrid. En el hospital le habían recomendado a mi padre mi ingreso temporal en una clínica psiquiátrica para tratar mis problemas de sueño, de memoria y de culpabilidad por lo sucedido. Lo que me estaba sucediendo era algo muy normal después de pasar por una situación tan traumática. Me costó un par de días aceptar la idea de ingresar en una clínica, pero hasta yo misma me estaba dando cuenta de que algo no funcionaba correctamente en mi cabeza, y a pesar de que cuando había sufrido las pérdidas de memoria, había sido de manera transitoria, no estaba segura de que aquellos episodios no volvieran a repetirse de manera más

continuada, incluso de manera perpetua. Por ello, en noviembre de 2005 ingresé en la Clínica Palomar. Los primeros meses fueron muy duros, recibía la visita de mi padre cada tarde; mi hermano, su novia y Lucía venían cada fin de semana, pero no tenía ningún otro tipo de relación con el exterior. Por ello, en lugar de mejorar, cada vez le daba más vueltas a la cabeza, y lo único que me ayudaba a estar tranquila y a dormir era la medicación. En principio la idea era que me quedara un par de meses, pero viendo que después del cambio de año en lugar de mejorar yo seguía empeorando, mi padre decidió que solo me quedaría en la clínica si veía que había algún tipo de cambio en mi tratamiento. Fue entonces cuando la doctora Lorena empezó a hacerse cargo de mi caso. Estaba especializada en casos de pérdida de memoria debido a sucesos traumático, o conocida en el mundo de la psicología, la neurología y la psiquiatría como amnesia disociativa, amnesia funcional o amnesia psicógena.

El primer mes seguimos sin notar ninguna mejora y, de hecho, al cambiar el tratamiento y dejar de tomar las pastillas, poco a poco dejé de dormir de nuevo y tuve nuevos episodios de pérdida de memoria y en algunas ocasiones me duraron hasta un par de días. Mi padre tenía que recogerme y llevarme a casa en alguna ocasión porque era incapaz de quedarme en la clínica, estaba desorientada y me ponía peor. Con el nuevo tratamiento de fármacos y la terapia con la doctora, sobre el mes de mayo empecé notar mejoría. No pensaba tanto en el tema, me apetecía salir de la clínica, pasar el fin de semana con mi familia y con Lucía, ir de compras, incluso me atreví a volver a casa. Desde que ingresé en la clínica, mi padre había sido el que se había encargado de traerme todo lo que le pedía, pero nunca le había acompañado a mi casa a recoger yo misma lo que necesitaba, simplemente porque no me había sentido con fuerzas todavía teniendo en cuenta que en mi casa encontraría muchas cosas de Daniel y también la ropita, peluches y demás detalles para el bebé.

El primer día que me atreví a pisar ese piso de nuevo, en principio lo hice porque mi padre me había pedido que lo vaciáramos y que dejáramos de pagarlo, pero yo todavía no estaba

segura. Me encontraba mucho mejor, y quería salir de la clínica cuanto antes. Volver a casa con papá sería la primera opción, pero no la definitiva, en algún momento debería volver a mi casa y retomar mi vida, con un nuevo trabajo y nuevas oportunidades para ser feliz. Por ello, aquel fin de semana lo dediqué a empaquetar objetos que pudieran ser de valor o de interés para los padres de Daniel y se los acerqué a su casa. No tenían ni idea de mi situación, y tampoco quise contársela, pero supongo que se dieron cuenta de cuán afligida estaba, al igual que yo me di cuenta de la tristeza que se respiraba en aquella casa. Me agradecieron de corazón que les hubiera llevado todos aquellos objetos; cámara de fotos, ropa, colonia, libros, sus diplomas universitarios y demás. Del resto de objetos de la casa, fotos y demás recuerdos, hice una selección, y aquellos más significativos los metí en una caja y los llevé a casa de mi padre. La ropita y complementos del bebé se la di a Lucía para que se la entregara a la hermana de su chica, que estaba embarazada y seguro que les sacaría provecho.

Seguí con mi terapia en la clínica, mejorando poco a poco. Tenía ganas de volver a una vida ordenada, a un trabajo, volver a tener vida social, y por ello me esforzaba mucho con la doctora.

La semana que se cumplía el año del atentado, la doctora pidió verme en un horario extraordinario. Quería cerciorarse de que me encontraba en perfectas condiciones para poder salir de la clínica durante un mes e irme de vacaciones con mi padre y algunos amigos suyos a la casa de la playa. Allí podría desconectar y disfrutar del verano como me merecía. Me personé en el despacho de la doctora algo antes de la hora a la que me había citado. Me senté en las butacas que había en el descansillo, cogí una revista de la mesita y la empecé a ojear de atrás a adelante, como suelo hacer cuando algo no me interesa demasiado lo que leo. De pronto, un chico se sentó a mi lado. Me dio los buenos días, le contesté sin apenas mirarle y seguí a lo mío, pero en menos de un minuto, él ya me había dado conversación.

—¿Esperas a la doctora también?

Me extrañó la pregunta porque la doctora solía pasar con cada paciente una media hora, no creía que se hubiera olvidado de mí y

nos hubiera citado a dos a la vez.

—Sí —respondía escuetamente sin comentarle lo que pensaba.

—Pues nunca te había visto por aquí. Hace ya un par de años que no estoy ingresado en la clínica, pero vengo muy a menudo a hablar con ella. Tuve un accidente hace tres años en el coche en el que viajaba con mi novia, yo conducía, iba borracho y ella murió.

No sabía qué responder. Me había contado su historia con total naturalidad, como si me conociera de toda la vida, y no sabía si esperaba que le contara yo también mis problemas, pero obviamente no lo iba a hacer.

—Lo siento mucho —le dije, y seguí ojeando la revista.

—Todos estamos aquí para limpiar nuestra culpa de algo, pero ese sentimiento de culpa nunca se borra, por más que la doctora se empeñe o nos infle a drogas. Yo creo que hasta el día que muera, no volverá mi cabeza a descansar en paz.

Aquella conversación me estaba incomodando. Miré el reloj. Eran las 10.25 y la doctora me había citado a las diez y media. Si todo iba bien, no debería aguantarlo más de cinco minutos.

—Perdona, no me he presentado. Me llamo Manuel.

—Hola, yo me llamo Marta.

—Hola, Marta, encantado. —Me agarró fuerte de la mano, tiró de mí hacia él y me plantó dos fuertes besos en las mejillas.

—Sigo pensando en mi novia cada minuto de mi vida, ¿sabes? Esta terapia no me ha servido de nada. En cuanto abandonas la clínica y te enfrentas a la puta realidad, te das cuenta de que te has llevado por delante la vida de la persona que más querías en el mundo y que nunca más volverá a estar junto a ti porque una noche quisiste beber más de la cuenta y te creíste el tío más listo del mundo y cogiste el coche. ¿Tú por qué estás aquí?

Volví a mirar el reloj. Quería deshacerme de él a toda costa.

—Perdona, voy a picar un momento a la puerta, porque tenía cita a las diez y media y no sé si la doctora está con otro paciente o me está esperando.

Piqué a la puerta y esperé. Se abrió la puerta tras unos segundos y la doctora asomó la cabeza.

—¡Marta! Bienvenida. Pasa, te estaba esperando.

Al abrir la puerta, se dio cuenta de que había otra persona esperando en las butacas, y asomó el cuerpo.

—¡Manuel! ¿Teníamos cita hoy? —preguntó sorprendida.

—No, doctora, simplemente quería decirle que he tomado una decisión para acabar con mi problema.

Ella abrió los ojos muy sorprendida, y sin preguntar nada, esperó a que él le dijera cuál había sido esa decisión que había tomado.

—Creo que acabar con mi vida sería lo que acabaría con mis problemas.

Apresuradamente, salió del despacho y se sentó en la butaca en la que había estado yo sentada tan solo unos minutos antes. Lo cogió de la mano.

—¡Pero, Manuel!, ¿qué tonterías dices? La vida es demasiado bella para acabar con ella.

—Te ha salido un pareado —dije yo para aliviar la tensión del momento.

La doctora no reparó en mi comentario, pero Manuel me miró y sonrió.

—Me has caído bien, Marta —me dijo.

Entonces la doctora se levantó, me miró, y con ojos de culpabilidad me preguntó si no me importaba aplazar nuestra cita para algo más tarde, y entró con él en el despacho.

Estaba deseando poder hablar con ella, hacer mi equipaje e irme a la playa con mi familia, pero no me quedó más remedio que esperar. Salí al jardín a pasear bajo la sombra de las moreras. Anduve a paso muy lento, sin reparar en el calor que hacía, ni en la gente que había, ni en las plantas o flores que veía y que por desgracia ya tenía muy vistas. Simplemente anduve reflexionando sobre lo que Manuel había dicho, la idea de que el sentimiento de culpabilidad nunca iba a desaparecer. Esa sensación de que si no hubiera ido a Londres con él, él jamás hubiera subido en aquel autobús, seguiría vivo a mi lado y junto a nuestro hijo, que tampoco hubiera muerto. Me senté en un banco abrazando mi tripa con la mano derecha, apoyando mi cabeza en la mano izquierda y a su vez, este brazo en la tripa también. Tan abstraída estaba en mis pensamientos que no me di cuenta de que alguien se sentó a mi

lado. De pronto, este alguien empezó a hablarme. Giré la cabeza y di un salto sobresaltada encontrándome a mi lado de nuevo con Manuel.

—¿Otra vez tú? —le pregunté de malas maneras. Me había molestado su presencia en la consulta de la doctora, por su culpa había perdido mi cita, me había hecho darle de nuevo vueltas a la cabeza, y ahora volvía a perturbar mis pensamientos con su presencia.

—¡Vaya!, creí que te había caído bien.

—Ni me has caído bien, ni me has caído mal, no me caes, no te conozco y estás empezando a molestarme un poco.

—Pues lo siento. Solo quería decirte que la doctora Lorena ya está libre, por si quieres pasarte ya por allí. —Se levantó del banco y se alejó. Mientras lo hacía, pensé en su reflexión sobre la vida, y quizás, si la doctora le había estado convenciendo durante más de una hora de que la vida sí que valía la pena, yo, con mi bordería, le había vuelto a dar motivos para creer que la vida era una puta mierda.

—¡Oye, Manuel! —le grité—. Perdona, no quería ser borde. —Me levanté del banco y me acerqué al lugar en dónde se había quedado parado.

—No pasa nada, te entiendo —me dijo él con una sonrisa dibujada en su boca—. A veces puedo resultar irritante. No me doy cuenta de que aunque a mí la vida me importe una mierda, no puedo ir por la vida contando mis penas intentando que todo el mundo me entienda.

—No te preocupes, yo también entiendo tu punto de vista. No te creas que a mí la vida no me parece una mierda ahora mismo si la comparo con la vida que tenía hace algo más de un año.

De pronto, me vi sentada en un banco en los jardines de la clínica, explicándole a Manuel por qué estaba allí, cosa que no había hecho con nadie más que con la doctora hasta ese momento. Inconscientemente, me vi reflejada en su manera de ver la vida, en sus problemas y en la manera en la que afrontaba el futuro y sentí que mi historia conectaba con la suya. A partir de aquel momento, nos hicimos inseparables y su compañía influyó en mi recuperación.

A la vuelta del verano, en el que, a pesar de no haber tenido contacto con él, yo había pensado mucho en sus palabras, afectándome hasta el punto de sufrir de nuevo una crisis nerviosa que borró de nuevo mi memoria durante unos días en los que mi padre tuvo que ingresarme en el hospital de San Juan en Alicante, volví a retomar nuestra relación. Mi padre decidió que era necesario que siguiera ingresada después del episodio del verano, y Manuel no solo venía a sus citas con la doctora, sino que también pasaba muchos momentos conmigo. Se había apuntado a mi grupo de terapia, pero, por alguna razón lógica, la doctora había decidido que no podía formar parte de ese grupo.

Hablábamos de muchas cosas: música, libros, trabajo..., pero sobre todo hablábamos de nuestro sentimiento de culpa, recordábamos a nuestras respectivas parejas y nos retroalimentábamos la amargura. Yo sabía que él no buscaba nada más allá de mi compañía y un hombro en el que llorar que le comprendiera como yo lo hacía. Además, encontró en mí la horma de su zapato. En aquella clínica todo el mundo se quería curar, menos nosotros.

Pasaban los meses y tanto mi familia como en la clínica veían que, a pesar de la terapia y de la medicación, yo no estaba haciendo el esfuerzo por mejorar. En diciembre tuve un episodio de amnesia bestial en la que ni siquiera era capaz de recordar a mi padre ni a mi hermano, y como vieron que me era imposible salir del bucle del olvido por mí misma, en aquella ocasión me trasladaron a la planta de psiquiatría del Hospital López Ibor y me mantuvieron ingresada en observación durante aproximadamente 15 días.

Cuando me dieron el alta y me mandaron de vuelta a mi clínica, la doctora pidió una cita urgente con mi padre, algo no estaba funcionando conmigo, ni la terapia individual ni la terapia grupal, ni siquiera la medicación; de hecho, había vuelto a dejar de comer e incluso la endocrina de la clínica había tenido que empezar a tratarme también. Ninguno de ellos sabía de mi relación tóxica con Manuel, ninguno de ellos sabía que había tenido un output tan negativo contrarrestando todo el trabajo que estaban haciendo por mí en la clínica. Por ello, la doctora creyó conveniente que se me

trasladara a otra clínica. Yo me negué en rotundo, no estaba dispuesta a volver a empezar una nueva terapia en otro lugar, a volver a explicar mi historia a más médicos ni delante de más compañeros, no quería que la gente me volviera a mirar con lástima por haber sufrido un atentado, que más desconocidos supieran de mis sentimientos. Pero mi padre lo único que quería era recuperar a su hija, que volviera a ser feliz, que no volviera a sufrir más, que empezara a superar, porque aquel suceso nunca lo podría olvidar; así que me trasladó a una nueva clínica fuera de Madrid. Las primeras semanas fueron muy duras, yo me había cerrado en banda cual niña con rabieta que no quiere comer ni respirar hasta que se satisfagan sus caprichos; pero tras esas semanas de adaptación, poco a poco empecé a responder a la nueva terapia. La doctora Lorena se mantenía en contacto con mi nuevo doctor, el Doctor Ramiro López-Marsellá, una eminencia en psiquiatría, y estaba al tanto de mi evolución. Manuel se puso en contacto un par de veces conmigo por teléfono, pero simplemente mantuvimos breves conversaciones sobre temas banales, quizás al enterarse de mi traslado pensó que en la distancia sería mucho más difícil mantener conversaciones tan trascendentales como las que manteníamos por los jardines de la Clínica Palomar.

Mi recuperación fue evidente en unos meses, y en verano, el doctor, consensuando su decisión con la doctora Lorena, decidió darme el alta temporal, permitiéndome de nuevo pasar las vacaciones junto a mi familia. Había perdido el contacto con todas mis amistades, excepto Lucía, así que volver a la realidad significaba para mí volver a empezar de nuevo, recuperar todo lo que había perdido durante ese tiempo, y en algunos aspectos, construir una nueva vida. Mi idea era la de volver a mi piso, buscar un trabajo, volver a hacer amigos, salir y recuperar el tiempo perdido, enamorarme, ¿por qué no?, no entraba en mis planes principales, pero no iba a cerrarme al amor, estaba dispuesta a demostrarle al mundo que ese 7 de julio de 2005 no iba a acabar conmigo ni con mi futuro.

Los principios no fueron fáciles. Volver a mi casa suponía para mí recuperar las cajas de casa de mi padre, reencontrarme con esos

recuerdos y enfrentarme a ellos. Como no me veía lo suficientemente preparada, preferí en principio instalarme en casa de mi padre. En su bufete fueron muy amables y retomamos el contrato que tenía antes de lo sucedido. Volví a tener un horario, unos compañeros con los que hablar, porque aunque no quedara con ellos para tener una vida fuera del despacho, su simple compañía, sus conversaciones en la cafetería, sus historias de amor y desamor, sus críticas a otros compañeros... alimentaban mi vida y me daban energía para seguir adelante.

Cada semana acudía a mi cita con la doctora Lorena. Con ella hablaba de mi día a día, de mi evolución, de mis inquietudes y de mis sentimientos. Me volvía a sentir feliz, cada día pensaba menos en lo sucedido; y aunque había días en los que me apetecía ir a visitar a los padres de Daniel, saber cómo habían superado ellos esa pérdida y llorar junto a ellos, lo olvidaba pensando en el futuro, no volviendo atrás la vista al pasado que ya no tenía solución.

A finales de noviembre de 2007 mi vida ya llevaba unos meses encarrilada: había vuelto a salir con amigos, un grupo de gente muy maja en el que Lucía me había integrado, me habían dado más responsabilidades en el trabajo, se habían espaciado más mis visitas a la doctora porque me encontraba en un punto cercano al alta definitiva. Mis problemas de sueño y de apetito habían mejorado, y ya casi no pensaba en lo ocurrido. A pesar de ello, cada vez que una noticia de un nuevo atentado aparecía en la televisión, el corazón me daba un vuelco, por ello, había decidido dejar de ver las noticias, no por falta de interés, sino por mis ganas de recuperarme y dejar de lado el pasado.

Los viernes por la tarde, un compañero de trabajo había instaurado en la oficina los *afterwork*; un momento de distensión del estrés de ese bufete, momento de risas, conversaciones acerca de nuestras vidas, copas y diversión que solían alargarse hasta la madrugada. Poco a poco, cada vez se unía más gente a aquellos momentos que para mí se convertían en una terapia social magnífica. Al último al que asistí, el 24 de noviembre de 2007, se presentó alguien a quién no me esperaba encontrar, y menos en un lugar como aquel. Aquellos *afterworks* se celebraban en un local del Paseo de la Castellana rodeado de oficinas y bufetes al que solo acudían trabajadores de la zona. Por ello, cuando me topé con Manuel en la puerta del aseo, me quedé petrificada. Hacía mucho que no sabía de él, y con el tiempo había entendido el daño que me había hecho su amistad, cuán negativa había sido su influencia y el tiempo que había perdido por seguirle en sus delirios.

—¡Madre mía, Marta, cuánto tiempo!

—Desde luego. ¿Qué haces aquí?

—He venido con unos amigos.

—Me alegro de que estés mejor y salgas por ahí con los amigos.

Yo lo estoy.

—¿Tú crees que estás recuperada?

—Pues no sé si estoy recuperada del todo, pero estoy mucho mejor. La vida sigue.

—Ya —me respondió muy poco convencido.

—Oye, me he cambiado de número de teléfono. ¿Te lo apuntas y quedamos un día para tomar algo?

A pesar de que no me apetecía nada volver a llamarlo para quedar con él, preferí no explicarle lo que me pasaba por la cabeza en aquel momento y simplemente apuntar su nuevo número. Saqué el móvil del bolso y me metí en el apartado de contactos. Él, que asomaba su cabeza por encima del móvil, vio que todavía tenía el número de Daniel grabado y tiró de mi mano hasta que tuvo el móvil frente a su cara.

—¿De verdad? ¿Este es el número de TU Daniel o es otro?

Me sentí tan avergonzada que tuve que mentir.

—¡Nooo! Es el número de un compañero de trabajo. Su número ya lo borré hace tiempo.

—Eso espero —me dijo, y después introdujo él mismo su nuevo número.

Aquella conversación me estropeó el resto de la noche, y me hizo estar dándole vueltas al tema. Me daba rabia pensar que cada vez que aparecía este personaje en mi vida, me la volvía del revés y deshacía todas las mejoras que había conseguido con mucho esfuerzo y trabajo en tan solo unos minutos.

Metida ya en la cama, me pasé horas mirando la pantalla del móvil. El nombre de Daniel brillaba en la oscuridad mientras yo me preguntaba si era buena idea o no borrarlo. Algo me impedía hacerlo cada vez que aparecía en la pantalla: «¿Está seguro de que desea borrar el contacto de Daniel?». No. No estaba segura. Mi cabeza me decía que lo borrara, que ya no servía para nada, que nunca más contestaría; pero mi corazón decía que si lo borraba, estaba borrando el último contacto que me quedaba con él. Y así, con esa confusión, me quedé dormida.

La siguiente semana, volví a notar ese martilleo incesante en mi cabeza, esa sensación de soledad y de tristeza que hacía tiempo que no sentía. Me sentí más cansada porque no dormí con la misma tranquilidad que lo había hecho los últimos meses. Ese viernes ya

no me apeteció asistir a mi cita del afterwork como llevaba también haciendo unos meses. Me quedé en casa, viendo la televisión, con la excusa de mi cansancio y mi dolor de cabeza. Mi padre notó enseguida que algo me sucedía y no quiso dejarme sola en ningún momento, a pesar de que esa noche él tenía una cena con amigos. Pedimos pizza, hicimos palomitas de maíz, vimos juntos mi serie favorita y se encargó de que me tomara una pastilla para descansar mejor, pero a pesar de ello, a pesar de dormir profundamente aquel viernes noche, mi encuentro con Manuel había despertado algo en mí que, lejos de haber desaparecido como pensaba, simplemente estaba así, dormido.

A mediados de la siguiente semana, la ansiedad que sentía no me dejó seguir adelante si no hablaba con él. ¿Qué necesitaba contarle? ¿Por qué necesitaba hablar con él si mi vida me había ido de maravilla sin estar en contacto con él? No lo llegaba a entender. Lo más fácil y correcto hubiera sido que me pusiera en contacto con la doctora Lorena y le hubiera hablado de esa ansiedad, hubiéramos solucionado el problema rápidamente, pero en lugar de eso, seguí mis instintos y lo llamé. Necesitaba verlo, y él parecía haber estado esperando mi llamada desde nuestro encuentro en la puerta de aquel baño.

Quedamos el jueves a las siete de la tarde en un bar, coincidiendo con el puente de la Constitución. Nos tomamos una Coca-Cola. Nuestra conversación empezó siendo muy normal: trabajo, familia y amigos. Tras la primera Coca-Cola, pasamos a la cerveza. Hacía mucho tiempo que yo no bebía alcohol ya que era incompatible con mi medicación. A pesar de que en aquel momento ya no tomaba la misma medicación que me habían recetado inicialmente, esa última semana había tenido que utilizar las pastillas para poder dormir, y aun sabiendo que aquello podría ser peligroso, no rechacé ni la primera, ni la segunda, ni tampoco la tercera. La conversación fue transformándose hasta acabar hablando de nuevo de nuestros traumas y de nuestra incapacidad por superar nuestras pérdidas, de nuevo me vi hablando de mi sentimiento de culpabilidad, llorando desconsoladamente casi sin poder articular palabra, en parte debido a la pena, en parte debido

al alcohol y también en parte debido a una extraña sensación de retroceso que no me gustaba.

—Me han invitado a una fiesta en casa de unos tíos que son amigos de un amigo. Yo no les conozco, pero me han dicho que las lían gordas ¿Vamos?

Asentí con la cabeza, ya que apenas era capaz de hablar.

Nos dirigimos a la fiesta, y antes de entrar en el portal, un ataque de lucidez me hizo dirigirme al supermercado 24 horas cercano y comprar todo tipo de comida basura para que esta empapara el alcohol ingerido y recuperarme lo antes posible.

En la fiesta no conocía a nadie, y la verdad es que él tampoco. Me senté en el sofá mientras me preparaba una copa. Unos minutos más tarde, se sentó en el apoyabrazos a mi lado, se inclinó sobre mi cuerpo y me empezó a hablar al oído para que solo yo pudiera escuchar lo que me estaba diciendo.

—¿Te das cuenta de qué asco de vida viven todos estos de nuestro alrededor?

—¿Asco de vida? ¿Por qué? Se lo están pasando bien.

—¡Bah! ¡Qué va! Quieren aparentar eso, pero es solo apariencia. Esta vida es una mierda para todos, aunque para algunos como tú y yo, todavía más. No vale la pena seguir aquí.

—¿Nos vamos? —le pregunté.

—No me refiero a la fiesta, me refiero a la vida.

Me espabilé de repente incorporándome y recolocando mi espalda en el respaldo.

—Pero, ¿qué dices, Manuel? Hay muchas cosas que valen la pena en la vida: la familia, los amigos, el trabajo, las puestas de sol, la música, la literatura...

—Vaya, te has vuelto algo ñoña, ¿no? Pensaba que podría contar contigo para esto.

—¿Para qué?

—Para mezclar todo este alcohol con una buena dosis de pastillas y reunirnos con Daniel e Irene en el cielo, o en el infierno, ¿quién sabe? —me dijo guiñándome el ojo.

—¡No! —grité—. ¡Yo no quiero eso! Yo lo quería mucho, a él y a mi futuro hijo, pero también me quiero a mí, quiero seguir con mi

vida, quiero estar con mi familia y amigos, quiero volver a enamorarme, tener hijos y ser feliz. ¡Estás loco, Manuel!

—No esperaba esta respuesta —me dijo con cara de decepción—, por eso te había puesto unas cuantas pastillas en la copa.

Mi corazón empezó a latir a doscientos por hora, empecé a hiperventilar y a sufrir un ataque de ansiedad.

—Pero ¿qué has hecho, Manuel? ¿Qué has hecho?

—Yo también me he puesto unas cuantas...

—¡Me da igual lo que tú hagas con tu vida! —grité fuera de mí, y salí corriendo hacia el baño para vomitarlo todo. Encontrándome a la mitad del largo pasillo, todo empezó a darme vueltas, el pasillo parecía no tener fin, y cuando finalmente logré alcanzar el pomo de la puerta y utilicé todas las fuerzas que me quedaban para abrirla, caí redonda en el suelo. En ese momento, el miedo se apoderó de mi cuerpo, y pensé que nunca más volvería a despertar; pero, gracias a Dios, gracias quizás a todas esas patatas y golosinas que había comido antes de entrar en la fiesta, sí lo hice.

Me había quedado dormida en el sofá, agotada de tanto pensar, y amanecí tapada con una manta que seguramente mi padre me habría colocado por encima para que no cogiera frío. Me dolía muchísimo la cabeza, pero tenía que levantarme, contarle a mi padre que por fin lo había recordado todo, que había estado a punto de morir y no quería volver a pasar por ello. Necesitaba volver a la clínica y acabar de recuperarme, amén de denunciar a Manuel por lo que había hecho si hacía falta

Él ya conocía mi historia, de pe a pa, pero de lo que no tenía ni idea era de mi relación con Manuel, nunca le había hablado de él, nunca se había enterado de su influencia negativa hacia mí y mi recuperación, y, sobre todo, no se podía ni llegar a imaginar que ese jueves por la noche me hubiera pasado algo así.

—¿Estás segura, hija, de que él te puso pastillas en la bebida? ¿Estás segura de que intentó que te suicidaras con él? ¿Sabemos si él murió?

—Lo sé, tengo un mensaje suyo diciendo que no había sido capaz de hacerlo y que lo perdonara.

—Tenemos que dar con él, tenemos que averiguar dónde está, su

apellido y denunciarlo ante la policía.

La idea de la denuncia me convencía más en mi cabeza, una vez mi padre la hubo verbalizado, no estuve tan segura; quizás lo mejor era olvidar el tema, olvidarme de él e intentar recuperar mi vida. Me daba la sensación que en esos días uno de mis deseos para con mi nueva vida se estaba cumpliendo; había empezado a sentir algo por Joaquín y no quería verme inmersa en un caso de denuncia, juicios y demás problemas; ya tenía suficiente con los problemas que ya tenía.

—Papá, lo primero y más importante para mí es demostraros a todos las ganas que tengo de vivir, las ganas que tengo de seguir adelante y que nunca, nunca jamás, vuelva a olvidar nada.

—Te entiendo, hija, pero entiéndeme tú a mí también. Podría haberte perdido para siempre la semana pasada, por un acto de un tercero. Tú sabes perfectamente cuánto duele eso.

—Lo sé, papá, pero por eso mismo quiero que el pasado quede en el pasado por fin y poder empezar a vivir mi presente, que creo que ya me lo merezco.

—Te lo mereces todo, hija. Yo no quiero verte sufrir ni un minuto más, y por eso, se harán las cosas como tú me digas.

Después de esa conversación, sentí la necesidad de hablar con la siguiente persona que creía importante para poder empezar a vivir mi presente, y cogí el móvil para llamar a Joaquín. A pesar de estar trabajando, respondió a mi llamada, estuvimos hablando durante unos diez minutos en los que me dio tiempo a explicarle el final de mi historia, y, a pesar de que se podía haber desentendido en ese momento ya de mí, decidió seguir acompañándome en el camino a mi recuperación, empezando por acompañarme a la clínica ese mismo fin de semana.

Metí en mi maleta las cuatro cosas necesarias para volver a ingresar en la clínica ya que una vez hube hablado con la doctora, ella misma pudo advertir mis ganas de recuperarme, mi nueva alegría por vivir, y predijo que en poco tiempo podría darme el alta definitiva. Sé que habló con mi padre del tema de Manuel, pero nunca más volvimos a mentar ese nombre, que eliminé de mi agenda y que, por suerte, nunca más intentó ponerse en contacto

conmigo.

Joaquín venía a verme al menos una vez por semana, y aunque también recibía las visitas de mi padre y mi hermano, algún compañero de trabajo, y también de Lucía; la suya era la visita que más ilusión me hacía. La doctora me pedía que no me hiciera ilusiones con una posible relación con él, pero yo sabía que entre nosotros existía una química especial y que el día que me recuperara del todo, esa química fluiría. Hasta entonces, esa ilusión me daba la vida.

El día que me dieron el alta de la clínica, un sábado de marzo de 2008, en la puerta me esperaban todas esas personas que me habían acompañado durante esa última etapa en la clínica, demostrándome que yo era importante para ellos de la misma manera que ellos lo eran para mí. Aquél mismo día, fundiéndonos en un fuerte abrazo, Joaquín me susurró al oído: «Me importas tanto que no me imagino ya la vida sin ti».

Desde aquel momento caminamos juntos en la vida, compartimos nuestras penas y alegrías, mis sesiones de terapia para recuperarme al cien por cien, y también a nuestras familias. Tuve la oportunidad de poder conocer a su hija aquellas Navidades, que celebramos juntos por primera vez. Nos fuimos a vivir a su casa un año después, en abril de 2009, aprovechando las vacaciones de Semana Santa para hacer la mudanza y abandonar por fin aquel piso que durante tanto tiempo me había acompañado pero en el que tan poco tiempo había vivido.

En mayo de 2012 contrajimos matrimonio, después de que él obtuviera por fin el divorcio de su mujer. Tuvo que buscarla para conseguir que firmara los papeles, pero no le fue difícil convencerla, ya que ella también había rehecho su vida. Su miedo, lógicamente, era que ella decidiera retomar el contacto con su hija, con esa dulce pequeña que no le guardaba rencor a su madre por haberla abandonado, pero que tampoco tenía necesidad de verla; aunque si su padre se lo hubiera pedido, hubiera visitado a su madre o se hubiera reunido con ella donde fuera. Por suerte o por desgracia, esa mujer ya no sentía ningún apego por su hija ni por su anterior vida, de la que quería deshacerse cuanto antes.

La pedida de mano fue uno de los momentos más especiales de mi vida, junto con el de nuestra boda y con el nacimiento de nuestra hija Alba. Se arrodilló frente a mí con un brillo especial en su mirada mientras navegábamos el Danubio, con la ciudad de Viena iluminada de fondo. Su hija, nuestra hija para mí, fue testigo de aquel momento tan especial que sellamos con un beso y un abrazo los tres juntos. Ella fue la encargada de traernos los anillos el día de nuestra boda, y ya la felicidad fue completa cuando en el año 2013 nació Alba.

Todos estos años he seguido acudiendo a la clínica, pero como colaboradora en las terapias en casos similares al mío. Estudié un máster de neuropsicología que me ayudó tanto en el voluntariado como a la hora de focalizar mi carrera profesional. Dejé el bufete de abogados de mi padre para empezar a trabajar en un gabinete psicológico.

Como parte de mi terapia, me dediqué a escribir en diarios personales todas mis experiencias, para no volver a olvidar jamás por todo lo que había pasado, aunque sería muy difícil que recayera, considerando que no puedo tener una vida más plena y más feliz de la que tengo hoy en día.

Hace algo más de un año, Joaquín descubrió mis diarios, y le dejé que los leyera. Unos días más tarde, me dijo que las experiencias que en ellos narraba eran dignas de una novela y por ello me decidí a escribir este libro. Caí entonces en la cuenta de que yo conocía a alguien que podría ayudarme a publicarlo, y ese alguien era Juan. Hacía muchísimos años que no sabía nada de él, no tenía ni idea de dónde localizarlo, pero Joaquín se ofreció a ayudarme con la búsqueda. Empezamos por la revista, obviamente, pero hacía unos años que ya no trabajaba allí. Nos remitieron a una editorial del Reino Unido, pero antes de intentar ponernos en contacto con él allí, decidimos pasarnos por su casa. En ella, aunque aparecía él como propietario, vivía un matrimonio con dos hijos, así que finalmente optamos por intentar localizarlo en la editorial de Manchester buscando el número de teléfono en Internet. Antes de llamar, introduje su nombre en el buscador de una red social de contactos laborales, y en ella apareció su fotografía y su currículum

vitae. Seguía siendo igual de atractivo, y sí, efectivamente, trabajaba en esa editorial.

Cuando me preguntó su secretaria por mi nombre para anunciarle mi llamada, pensé que si se lo daba quizás no quisiera hablar conmigo, pero nada más lejos de la realidad; su voz sonó sorprendida a la vez que ilusionada.

—¿Marta? ¿Marta Navarrete?

—Hola, Juan, ¿qué tal estás?

—¡Por Dios, qué alegría!

—¿De veras?

—¡Of course! ¿Qué tal? ¿Cómo te va todo?

—Muy bien, la verdad, me va todo estupendamente.

—Me alegro muchísimo. Y esta sorpresa, ¿a qué se debe?

Entonces, sin tapujos, le expliqué el motivo de mi llamada. Precisamente, la siguiente semana tenía un viaje programado a Barcelona y no le importaba hacer una escapada relámpago a Madrid para recoger una copia del manuscrito.

Quedamos en la estación de Atocha. A la cita acudí yo sola ya que Joaquín consideró que quizás sería muy incómoda la situación si aparecíamos los dos.

Estuvimos charlando durante unos cincuenta minutos aproximadamente, no más porque iba a aprovechar su visita a Madrid para cenar con unos amigos. Muy amablemente aceptó leer mi texto y darme una respuesta lo antes posible. No me prometió nada, pero algo en mi interior me decía que iba a hacer todo lo que estuviera en su mano para colocar mi novela en alguna editorial.

Cuando me encontré con él de frente, pensé que todos mis recuerdos volverían a aflorar y que me afectarían de una manera o de otra; pero en cuanto me explicó cómo había sido su vida durante esos años, lo único que hice fue reafirmar cuán dichosa y afortunada era. Había cambiado de trabajo en 2007 para empezar a dedicarse al tema de los libros que era lo que realmente a él le gustaba. Cuando llevaba un par de años en esa editorial, lo ficharon en la que trabajaba actualmente porque se mudó a Manchester con una chica que había conocido. Se casó con ella, pero la cosa no funcionó, fue incapaz de serle fiel y ella lo pilló. A

pesar de ello, siguió trabajando allí, dónde por lo visto también trabajaba la chica con la que estaba saliendo en ese momento. Su vida había seguido siendo un tiovivo de emociones, una larga lista de chicas con las que había durado más bien poco tiempo, y un ir y venir de fiestas.

—¿Qué tal tu prima? —le pregunté por curiosidad.

—Mi prima bien. Tardó mucho tiempo en superar primero la ruptura, y después la muerte de Daniel, como supongo que te pasó a ti también, pero ya hace tiempo que conoció a un chico, se casó con él y tienen dos hijos. Le va bien.

—Me alegro —le dije de corazón—, yo nunca quise hacerle daño. Ni a ti tampoco.

—Aquí el único que hizo daño a alguien fui yo. No me porté bien contigo, pero te agradezco que fueras tan sincera conmigo, que tuvieras los ovarios que hay que tener para seguir a tu corazón y dejarme las cosas tan claras como me las dejaste. Tengo que decirte que me hice las pruebas, y efectivamente estabas en lo cierto. No sé por qué mi ex mujer, mi primera exmujer, nunca me lo contó; pero bueno, te agradezco que lo hicieras.

Nos despedimos con dos besos, y crucé los dedos para volver a tener noticias tuyas en breve.

Dos semanas más tarde, me llamó por teléfono.

—Buenos días, Marta, tengo una noticia para ti. Tengo a dos editoriales que se pegan por tu manuscrito. Ahora depende de ti dónde publicar. Escucha las dos ofertas, y yo te asesoro en lo que necesites.

—¿Estás de broma? ¿En serio me lo van a publicar y puedo hasta elegir editorial? —pregunté muy nerviosa, casi sin poderme creer lo que estaba escuchando.

—¿Lo dudabas? Has abierto tu corazón al mundo, el mundo solo te lo podrá agradecer leyendo tu libro, y estoy seguro de que lo harán, te lo digo yo que de eso entiendo un rato. A mí me ha encantado, me ha conmovido muchísimo toda tu historia, y me alegra mucho formar parte de ella.

En muchas ocasiones, a lo largos de esas últimas semanas, había pensado que Juan se podría haber sentido ofendido por lo que en

ese manuscrito se decía de él, pero al parecer, nada más lejos de la realidad, quizás con él pudo llegar a entender cuáles eran mis verdaderos sentimientos

Estas son las últimas palabras que añado a mi historia, una historia que en un mes se publica y que significa tanto para mí que vea la luz. El camino recorrido a lo largo de mi vida hasta ahora no ha sido fácil, pero por fin hallé la felicidad, renaciendo de mis cenizas.

FIN